
HARLEQUIN
Bianca
Kate Hewitt
Lazos duraderos
LAS ESPOSAS MARAKAIOS



Kate Hewitt

Lazos duraderos



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Lazos duraderos, n.º 112 —enero 2016
Título original: The Marakaios Baby
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-7666-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

TE casarás conmigo?

La pregunta pareció rebotar en las paredes de la habitación, con un eco que dejó asombrada a Marguerite Ferrars.

Miró al hombre que la había formulado y vio que sonreía y que sus cejas estaban algo arqueadas. Era su amante, Leónidas Marakaios. Sostenía una cajita de terciopelo negro, en cuyo interior brillaba un diamante de muchos quilates.

—¿Margo?

Su voz sonó irónica, como si pensara que guardaba silencio porque la había dejado desconcertada. Y era cierto. Estaba desconcertada; pero también horrorizada, y muerta de miedo.

Margo ni siquiera se había planteado la posibilidad de que el carismático y seductor Leo quisiera casarse con nadie. Además, le estaba pidiendo algo que no le podía dar. Ya había pasado por el trance de amar a una persona, comprometerse con ella y perderla a continuación. Y había sido una experiencia extraordinariamente dolorosa, de noches en vela y lágrimas solitarias. Una experiencia que no quería repetir.

El silencio posterior fue tan largo que empezó a ser incómodo, pero ella no dijo nada. No podía aceptar su ofrecimiento, pero tampoco lo podía rechazar. Leo Marakaios no era hombre que aceptara negativas.

De repente, él frunció el ceño, apartó la mano que sostenía la cajita del diamante y la posó en su regazo.

Margo estaba atrapada. ¿Cómo podía rechazar a un hombre tan increíblemente atractivo como arrogante? Pero no tenía otra opción, así que sacó fuerzas de flaqueza y acertó a decir, nerviosa:

—Leo...

—Me extraña que mi ofrecimiento te sorprenda —dijo él, con una voz que empezaba a perder su fondo cálido.

—Pues no sé por qué. La nuestra no es una relación de las que llevan a...

—¿De las que llevan a qué? —la interrumpió.

Ella notó su decepción y sintió una profunda tristeza. Nunca había querido que las cosas llegaran a ese punto. Pero no se podía casar con él. No podía volver a amar. No se podía arriesgar a vivir otro infierno.

—A alguna parte —respondió.

—Comprendo.

A Margo se le hizo un nudo en la garganta. Era consciente de que Leo merecía una respuesta clara, y de que esa respuesta solo podía ser una negativa. Pero no se atrevía a decirlo.

—Leo, nunca hemos hablado del futuro.

—Puede que no, pero llevamos juntos dos años —replicó él—. Y, obviamente, pensé que lo nuestro iba a alguna parte.

Ella no supo si reír o llorar. La actitud de Leo había cambiado radicalmente en cuestión de segundos. Primero, le había pedido matrimonio; y ahora, la miraba con frialdad y recriminación.

—Sí, ya han pasado dos años —dijo, intentando ser razonable—, pero no tenemos lo que la mayoría de la gente entiende por una relación normal. Nos encontramos en ciudades donde no nos conoce nadie, y nos vemos en restaurantes y hoteles que...

—Es lo que tú querías —le recordó.

—Igual que tú —afirmó ella—. Esto es una aventura, Leo. Nada más y nada menos que una aventura.

—Una aventura de dos años.

Ella se levantó del sofá y caminó hasta el balcón, desde el que se veía la Île de la Cité. La situación no podía ser más inquietante. Era la primera vez que Leo estaba en su piso; la primera vez que rompían la norma de citarse en sitios neutrales para hacer el amor.

Lo habían acordado así. Tenían una relación exclusivamente sexual, y Margo no le podía dar otra cosa. El riesgo de dejarse llevar era demasiado grande. Si se enamoraba, se expondría a la posibilidad de perderlo todo, empezando por su corazón. Y no iba a tropezar otra vez en la misma piedra.

Ni siquiera por Leo.

—Pareces nerviosa... —dijo él.

—Porque no me lo esperaba.

—A decir verdad, yo tampoco —le confesó.

Leo se levantó del mismo sofá adamascado del que ella se acababa de levantar. Su alta y delgada figura llenaba el espacio del minúsculo salón. Parecía el proverbial tigre encerrado en una jaula, y a Margo le pareció que estaba completamente fuera de lugar. Era demasiado grande, demasiado oscuro, demasiado potente.

—Tenía entendido que la mayoría de las mujeres se quieren casar —afirmó él.

Ella se giró y lo miró con enfado.

—Eso es un comentario tan sexista como ridículo. Y, aunque fuera verdad que lo quieren, yo no soy como la mayoría.

—No, no lo eres.

Los ojos de Leo se clavaron en Margo, que se quedó sin aliento.

Siempre había sido así. Se excitaban el uno al otro con cualquier cosa, al instante. Margo se acordó de la primera vez que lo vio, en el

bar de un hotel de Milán. Ella se estaba tomando una copa de vino blanco mientras tomaba notas para la reunión que tenía al día siguiente. Él se acercó a la barra y se sentó en el taburete contiguo. No hizo nada más, pero bastó para que se le erizara el vello de la nuca.

Aquella noche, se acostó con él en su habitación. No era algo a lo que estuviera acostumbrada. En sus veintinueve años de vida, solo había tenido dos amantes más, y las dos experiencias habían sido tan lamentables como poco memorables. Pero Leo no era como ellos. La estremecía de un modo que iba más allá de lo puramente físico.

Leo la devolvió a la vida. Llegó a lugares que, hasta entonces, Margo creía muertos o, por lo menos, dormidos. Y, a pesar de ser consciente de que se estaba arriesgando mucho, siguió con él porque la idea de perderlo era peor.

Sin embargo, Leo había roto el hechizo con su propuesta de matrimonio. La había obligado a ver una realidad que no quería, y para la que no estaba en modo alguno preparada. Pedía demasiado.

Y no se lo podía conceder.

Pero, al cabo de unos momentos, cuando avanzó hacia ella con aquel cuerpo ágil y potente que Margo conocía tan bien como el suyo, tuvo la terrible y excitante seguridad de que, esta vez, no iba a hablar de matrimonio.

Nerviosa, se pasó la lengua por los labios. Era como si la sangre le hirviera en las venas. Todo su cuerpo ansiaba su contacto.

—Leo...

—Me sorprendes, Margo.

Ella sacudió la cabeza.

—Eres tú quien me ha sorprendido a mí.

—Sí, eso es obvio. Pero pensé que te alegrarías... —comentó—. ¿Es que no te quieres casar?

Leo lo preguntó con tono de hombre razonable, pero Margo notó un fondo de manipulación en sus ojos que se confirmó al segundo siguiente, cuando le acarició un brazo y le puso la piel de gallina.

—No.

—¿Por qué no?

Leo no rompió el contacto. La siguió acariciando sin apartar la vista de ella.

—Soy una ejecutiva, Leo.

—Pero podrías ser una ejecutiva casada —replicó—. A fin de cuentas, ya no estamos en la Edad Media.

—¿Estás seguro de que podría? ¿Cómo, exactamente?

—No te entiendo..

—Vives en Grecia, y en mitad de ninguna parte —le recordó—. Yo no podría trabajar en Villa Marakaios.

Él la miró con algo parecido a una expresión de triunfo. Pero fue un

destello breve, que se apagó en un encogimiento de hombros.
—Podrías volar cuando hiciera falta. El vuelo de Atenas a París solo dura unas cuantas horas —dijo.
—¿Volar? ¿Me estás tomando el pelo?
—Oh, vamos, Margo... Si ese es el problema, estoy seguro de que podemos encontrar alguna solución.
Él lo dijo con actitud desafiante, y Margo supo lo que estaba haciendo. Leónidas era un hombre tan poderoso como persuasivo. Era el presidente de Marakaios Enterprises, una empresa que había empezado con unos cuantos olivares y se había convertido en una multinacional valorada en muchos miles de millones de dólares.
Leo estaba acostumbrado a salirse con la suya. Y ahora la quería a ella. Así que se dedicaba a atacar sus defensas, despreciar sus argumentos y crearle dudas.
Pero había algo peor: empezaba sentirse tentada.
Se apartó de Leo y le dio la espalda para respirar hondo sin que él se diera cuenta de lo alterada que estaba. En el cristal del balcón se reflejaba una mujer de ojos grandes, cara demasiado pálida y una larga melena de cabello castaño que le llegaba casi a la cintura.
Leo se había presentado sin previo aviso, y la había descubierto en chándal, con una camiseta desgastada, sin peinar y sin maquillaje. Era la primera vez que la veía en esas condiciones. Margo siempre se había asegurado de ofrecerle la imagen que quería dar: la de una mujer sexy, chic, ejecutiva, algo distante y algo fría. Pero ahora no estaban en la habitación de un hotel. No había tenido ocasión de prepararse.
—Margo, sé sincera conmigo —insistió Leo—. Dime la verdadera razón.
Ella respiró hondo, sintiéndose más vulnerable que nunca. Ni siquiera tenía la opción de ocultarse tras la máscara del maquillaje y la armadura de la ropa de diseño que se ponía cada vez que se encontraban.
—Ya te lo he dicho, Leo. No quiero ni el matrimonio ni lo que implica. No quiero ser un ama de casa. Me moriría de aburrimiento.
Margo se giró hacia él y casi se sobresaltó al ver la expresión de sus ojos. Era evidente que no lo había engañado.
—No te estoy pidiendo que te conviertas en un ama casa —replicó —. ¿Por quién me has tomado? No quiero que cambies tu forma de ser.
—Oh, Leo... Ni siquiera me conoces. Crees que sí, pero no es verdad.
Leo dio un paso hacia Margo, que se estremeció. Sin darse cuenta, lo había desafiado otra vez. Y, por supuesto, él iba a aceptar el desafío.
—¿Estás segura de eso?

—No me refiero al sexo —contestó.

Él arqueó una ceja.

—En ese caso, ¿qué es lo que no conozco? Dímelo.

—No es fácil.

—No lo es porque no quieres que lo sea. Pero te conozco, Margo. Sé que los pies se te quedan fríos por la noche y que los pones entre mis piernas para que entren en calor. Sé que te encanta el malvavisco, aunque juras y perjuras que no tomas dulces.

Margo estuvo a punto de reír, sorprendida. Efectivamente, adoraba el malvavisco. Era su pequeño secreto; una especie de rebeldía ante un mundo de mujeres perfectamente delgadas que, por lo visto, se tenían que alimentar de hojas de lechuga.

—¿Cómo sabes que me gusta?

Él se encogió de hombros.

—Lo sé porque, en cierta ocasión, vi que llevabas unos cuantos en el bolso.

Ella frunció el ceño.

—No deberías mirar mis cosas.

—Y no las miro. Abrí el bolso porque me pediste que sacara tus gafas de leer —se defendió.

Margo sacudió la cabeza, pero solo porque ese tipo de detalles personales demostraban que su relación era más íntima de lo que le habría gustado creer. Se había convencido de que la elegante y flemática Marguerite Ferrars se mantenía a una distancia tan prudencial como segura de Leónidas Marakaios. Y se había engañado a sí misma. Sin darse cuenta, había permitido que los sentimientos abrieran una brecha en su muralla.

Una muralla que corría peligro de derrumbarse.

Durante un segundo, estuvo a punto de aceptar su ofrecimiento. A punto de aceptar una vida que nunca había deseado. A punto de aceptar una felicidad que llevaba implícita el riesgo inaceptable de que le rompieran el corazón. A punto de dejarse seducir por las palabras y las promesas de Leo.

Pero solo fue eso, un segundo de duda.

—Olvídalo —dijo—. No me voy a casar contigo.

—¿Es tu última palabra?

Ella asintió.

—Lo es.

—¿Y no te parece que merezco algún tipo de explicación?

—No particularmente —respondió, intentando fingir indiferencia.

Leo la miró de arriba abajo y dijo:

—¿Sabes una cosa? Creo que me estás ocultando algo.

Ella soltó una carcajada irónica.

—Sí, ya lo sé...

—¿Qué significa eso?

Margo respondió con rapidez, espoleada por la indignación y el miedo.

—Que eres capaz de buscar cualquier excusa con tal de no admitir que te estoy rechazando. No lo puedes soportar. Tú, el hombre que ha poseído a la mitad de las mujeres europeas...

—No, no tanto. Solo al cuarenta por ciento —ironizó.

Ella sonrió a su pesar, pero no dio su brazo a torcer.

—Estás convencido de que ninguna mujer se puede resistir a tus encantos.

—Tú no te resististe... —le recordó.

—Porque quería una aventura. Sexo sin complicaciones.

—Nunca dijimos que lo nuestro fuera...

—Por supuesto que lo dijimos —lo interrumpió—. ¿O es que ya no te acuerdas de nuestra primera conversación? Establecimos una serie de normas.

El apretó los labios, consciente de que Margo estaba en lo cierto.

Aquella conversación había sido una especie de retorcido baile de palabras, con referencias veladas a otros lugares y otras personas y afirmaciones cuidadosas sobre lo que debía y no debía ser una relación. Y habían dejado bien claro que ni él ni ella pretendían otra cosa que divertirse un poco.

—Jamás habría imaginado que querrías casarte conmigo —continuó.

Leo se encogió de hombros.

—Ni yo.

Ella lo miró a los ojos. Siempre había pensado que hablaban el mismo lenguaje, y que ninguno de los dos creía en los cuentos de hadas. Pero, al parecer, había cometido un error.

—En cualquier caso, esa no era tu actitud cuando nos conocimos. Entonces no estabas interesado en las relaciones serias.

—La gente cambia, Margo. Tengo treinta y dos años, y tú tienes veintinueve... Edad suficiente para plantearse la posibilidad de tener una familia.

Margo se sintió como si hubiera estado sentada y alguien le hubiera quitado la silla de repente, empujándola al vacío.

—Puede que sea suficiente, pero no estoy en ese caso. No quiero tener hijos.

Él frunció el ceño.

—¿Nunca?

—Nunca.

Leo la miró durante unos momentos y, a continuación, afirmó:

—Estás asustada.

—Deja de decirme lo que siento o dejo de sentir —replicó, alzando

la voz—. No estoy asustada. Sencillamente, no quiero lo que me ofreces. No me quiero casar contigo. No estoy enamorada de ti.

Él se puso tenso, como si sus palabras le hubieran hecho daño. Pero se encogió de hombros una vez más.

—Yo tampoco estoy enamorado de ti.

—¿No? ¿Y por qué me has propuesto matrimonio?

—Porque, en materia de relaciones personales, hay cosas más importantes que el amor. Cosas más sólidas.

—¿Como por ejemplo?

—Los objetivos comunes.

—¡Qué romántico eres! —dijo con sarcasmo.

—¿Quieres que sea romántico? ¿Serviría de algo?

Ella sacudió la cabeza.

—No.

—En tal caso, me alegro de no haberte llevado a cenar al Gavroche, porque consideré la posibilidad de declararme allí, en público.

—Yo también me alegro.

Leo dio otro paso adelante, y se detuvo tan cerca que Margo notaba su aliento. Si se hubiera dejado llevar por lo que sentía, se habría abalanzado sobre él y lo habría besado. Pero sacó fuerzas de flaqueza y se contuvo.

—Entonces, ¿esto es todo? —preguntó él, mirándola con intensidad —. ¿Esto es una despedida?

—Sí.

Margo lo dijo con firmeza, pero Leo notó que no estaba tan convencida como intentaba aparentar, y le pasó un dedo por los labios.

—¿Estás completamente segura?

—Sí —repitió.

Leo bajó la mano, la cerró sobre uno de sus senos y le acarició el pezón con el pulgar. Ella se estremeció sin poder evitarlo. Siempre le había provocado ese efecto. Desde el principio. Una simple caricia, y se rendía a él.

—Pues no lo pareces... —dijo en voz baja.

Margo tuvo que hacer un esfuerzo para poder hablar. Lo deseaba tanto que no le salían las palabras.

—Es atracción sexual, Leo. Nada más.

—Sin embargo, el sexo es una fuerza muy poderosa...

Él le acarició la cintura y, acto seguido, las caderas.

—Pero no es suficiente —replicó ella.

—¿Ah, no? —la desafió.

—En absoluto.

—¿Qué quieres entonces? ¿Amor?

—Aunque lo quisiera, no lo buscaría en ti.

Leo se quedó rígido, y Margo hurgó en la herida a sabiendas de que le iba a hacer daño y de que, seguramente, no querría volver a saber nada de ella. Pero era la única forma de escapar. La única forma de impedir que destrozara sus defensas.

—No estoy enamorada de ti, y no lo estaré nunca —prosiguió, implacable—. Sinceramente, solo has sido un divertimento para mí, una forma de pasar el rato.

Él apartó la mano de sus caderas y ella soltó una carcajada que pretendía ser sarcástica.

—No me puedo creer que me hayas ofrecido el matrimonio. Es tan divertido…

—¿Divertido? —preguntó Leo, atónito.

—Sí, porque tenía intención de romper contigo la semana que viene, cuando nos encontráramos en Roma. Estoy saliendo con otro hombre.

Leo guardó silencio durante unos tensos segundos y, a continuación, dijo:

—¿Desde cuándo?

Ella se encogió de hombros.

—Desde hace un par de meses.

—¿Un par de meses?

—No manteníamos una relación exclusiva, Leo.

—¿Cómo? —preguntó, sin salir de su asombro—. Yo siempre te he sido fiel…

Margo se encogió de hombros una vez más.

—No lo dudo, pero nunca te pedí que lo fueras.

Margo no podía creer que lo estuviera engañando tan fácilmente. ¿Cómo era posible que no notara el temblor de su cuerpo? Su interpretación de mujer fría e implacable dejaba mucho que desear; pero, por lo visto, estaba funcionando.

—Vaya… Parece que esto es una despedida de verdad…

—En efecto.

Él sonrió de repente y, antes de que Margo pudiera reaccionar, la tomó entre sus brazos y la besó. Para ella fue tan inesperado como el delicioso escalofrío de placer que recorrió todo su cuerpo, mientras su mente intentaba resistirse. Pero nunca había podido resistirse a Leo, y esta vez fue peor, porque estaba implacablemente decidido a seducirla.

Al sentir el contacto de su lengua, Margo sintió una riada de sensaciones que avivaron su hambre de él. Era un deseo tan intenso que casi dolía, y tan arrebatador que dejó de luchar y se rindió al instante.

Leo le metió las manos por debajo de la camiseta y se la quitó. Luego, le bajó los pantalones del chándal y la siguió besando mientras

ella misma sacaba los pies y pateaba la prenda con desesperación, ansiosa por quedarse desnuda, sin el menor sentimiento de vergüenza o inseguridad.

Entonces, él se desabrochó la camisa y le lanzó una mirada de depredador que, sin embargo, no enfrió su deseo. ¿Esa era su forma de vengarse de ella? ¿Era algún tipo de castigo? ¿O solo intentaba demostrarle que lo deseaba tanto como siempre?

Margo no lo sabía, pero tampoco le importaba. Fuera lo que fuera, estaba decidida a seguir adelante. Porque tenía el convencimiento de que iba a ser la última vez que hiciera el amor con Leónidas Marakaios.

Momentos después, él se despojó de la camisa y ella clavó la mirada en sus abdominales perfectos y en la fina línea de vello oscuro que desaparecía abajo. Acto seguido, se desabrochó el cinturón y se quitó los vaqueros y los calzoncillos.

Ahora estaba tan desnudo como ella, y no menos excitado.

Rápidamente, le apretó la espalda contra el frío cristal del balcón y llevó las manos a sus nalgas. Margo se apoyó en ellas y cerró las piernas alrededor de su cintura. No quería esperar. No quería caricias ni palabras afectuosas. Quería sentirlo dentro y, cuando él la penetró, ella empujó para que llegara hasta el fondo.

Durante unos instantes, se sintió como flotando entre dos mundos, atrapada entre el deseo y la consciencia de lo que hacían. Luego, la tensión y la presión que iban creciendo en su interior formaron una especie de tornado que tomó el control de todo su ser. Y entonces, al borde del momento culminante, él la miró a los ojos y dijo, con firmeza:

—No me olvidarás.

Margo no se lo habría podido discutir. Era cierto. Pero el clímax, que los alcanzó a los dos casi al mismo tiempo, la dejó tan temblorosa y abrumada que ni siquiera fue capaz de hablar cuando él se apartó y se empezó a vestir.

Un minuto más tarde, Leo se dirigió a la salida.

No dijo nada. No volvió la cabeza. Sencillamente, salió de la habitación y la cerró sin hacer ruido.

Margo se deslizó hasta el suelo, sintiendo aún las últimas oleadas de placer.

Parecía imposible, pero Leo se había marchado.

Capítulo 2

AL llegar a la calle, Leo se llevó una mano al bolsillo, sacó la cajita forrada de terciopelo y la tiró en la papelera más cercana. Era un objeto demasiado valioso para tirarlo, pero no soportaba la idea de llevarlo consigo.

Respiró hondo y se pasó una mano por el pelo, intentando refrenar las emociones que habían estado a punto de hacerle perder el control. Todo el control. Pero Margo había salido para siempre de su vida, y no volvería a pensar en ella.

Además, ni siquiera podía decir que estuviera enamorado. No le había ofrecido el matrimonio por amor, sino porque había tomado la decisión de casarse y Marguerite Ferrars era la mejor candidata. A fin de cuentas, se llevaban muy bien.

Seis meses antes, cuando su hermano Antonios dimitió de su puesto de presidente de Marakaios Enterprises y le dejó la empresa a él, Leo se sintió el hombre más afortunado del mundo. Era lo que siempre había querido. Por fin tenía lo que su padre le había negado una y otra vez en favor de Antonios.

Sin embargo, eso ya no importaba. Su madre había fallecido recientemente, y su padre llevaba diez años muerto. Su familia se reducía ahora a sus hermanas y a Antonios, con quien había hecho las paces. Y, de repente, sintió la necesidad de sentar cabeza, casarse y fundar su propia dinastía.

Pero Margo no quería tener hijos.

Al pensar en ella, se sintió estúpido. Mientras él se dedicaba a hacer planes sobre un futuro común, Margo se dedicaba a acostarse con otro hombre. ¿Cómo era posible que hubiera sido tan desleal y desaprensiva? Casi no lo podía creer. Se veían todas las semanas, y sus encuentros amorosos eran tan increíblemente intensos que no parecía probable que necesitara más. Pero ella no tenía motivos para mentir. Si decía que estaba saliendo con otro, sería verdad.

Leo cerró los ojos, avergonzado.

Había hecho todo lo posible por convencerla de que se casara con él. La había intentado persuadir porque pensaba que solo estaba asustada. Se había mostrado comprensivo y razonable. Y ella lo había rechazado.

Sacudió la cabeza y se dijo que no se volvería a humillar de esa manera. No se casaría nunca; y, si se casaba, sería simplemente por ser

padre. Pero, sobre todo, no volvería a ver a la preciosa Margo de pies fríos y pasión por el malvavisco.

Tras unos segundos de angustia, recuperó el aplomo y empezó a caminar. La noche se cerraba sobre él.

Margo se llevó una mano al estómago, cerró los ojos y respiró hondo. Volvía a sentir náuseas. Era la tercera vez en lo que iba de mañana, y ya llevaba siete días así. Pero, afortunadamente, no pasaba de ser una sensación molesta.

—¿Te encuentras bien?

Margo alzó la cabeza y clavó la vista en Sophie, su compañera de trabajo en el departamento de compras de Achat, uno de los establecimientos más elegantes de París.

Llevaban seis años juntas. Sophie había llegado a la empresa por la puerta grande, tras terminar su carrera universitaria; ella, por la puerta pequeña del trabajo duro. Pero las dos habían ascendido por derecho propio, y ahora Margo estaba a cargo de las compras de la sección de Hogar y Sophie, de la sección de Accesorios.

—Sí, estoy bien, aunque un poco mareada...

Sophie arqueó una ceja y sonrió.

—Si no te conociera como te conozco, me preocuparía.

Margo la miró con irritación. Últimamente, perdía la calma con demasiada facilidad. Su humor se había agriado desde que Leo le hizo el amor y se marchó del piso, dejándola más sola y vacía que nunca.

Pero, por muy mal que se sintiera, estaba segura de haber hecho lo correcto.

—¿Qué significa eso? —preguntó.

—Que, si fueras otra mujer, pensaría que estás embarazada. Pero eso es imposible. No lo puedes estar.

—Por supuesto que no —dijo, tensa.

Sophie conocía su opinión sobre las relaciones amorosas y los hijos. Una noche, mientras tomaban unas copas, se habían confesado su mutuo deseo de seguir solteras y mantener su libertad. Aunque Margo sospechaba que su amiga no lo había dicho en serio.

—Estoy tomando la píldora —añadió.

Sophie frunció el ceño.

—¿Seguro? ¿No te has saltado ninguna toma?

—No, nunca.

Margo se giró hacia la pantalla del ordenador y miró los cojines de seda turca que estaba considerando comprar. Pero su mente no estaba allí, sino en la memorable y erótica despedida de Leo.

Estaba segura de que aquella mañana se había tomado la píldora. Y también lo estaba de que la había tomado al día siguiente.

—Será algún tipo de virus —dijo Sophie, restándole importancia.

Margo no la oyó. Su mente seguía en las horas posteriores al encuentro amoroso. Había tardado mucho en conciliar el sueño y, cuando por fin lo consiguió, estaba tan agotada que durmió más de la cuenta.

Aquel día se levantó poco antes de las once, lo cual significaba que se había tomado la píldora unas tres horas después de su costumbre habitual. Pero eso era irrelevante. Tenía que ser irrelevante. Era imposible que se hubiera quedado embarazada por un simple y vulgar retraso de tres horas.

Nerviosa, soltó una carcajada tan histérica que Sophie la miró con preocupación.

—¿Qué ocurre?

Margo sacudió la cabeza.

—Nada... Solo me he reído porque la idea de quedarme embarazada me resulta ridícula.

A partir de ese instante, Margo se concentró en el trabajo y no permitió que la duda de su amiga ocupara sus pensamientos. Pero, a la hora de comer, salió del despacho y bajó a toda prisa por los Campos Elíseos para buscar una farmacia que no estuviera demasiado cerca de la sede de Achat.

Se decidió por una que estaba a varias manzanas y, tras asegurarse de que no había ningún conocido, entró y compró una prueba de embarazo sin mirar siquiera a la dependienta. Luego, la metió en el bolso y volvió sobre sus pasos.

De vuelta en la oficina, se dirigió al cuarto de baño y se miró en el espejo, contenta con la imagen que proyectaba. Con su máscara. Su armadura. Carmín rojo, rímel y su habitual y elegante moño, que aquel día había combinado con una falda de tubo negra y una blusa de seda gris.

El tono de la blusa le recordó los ojos de Leo.

Pero no quería pensar en él.

Abrió el bolso, buscó la prueba de embarazo y se metió en uno de los cubículos. A continuación, leyó las instrucciones un par de veces e intentó concentrarse en los detalles sin pensar en la posibilidad que Sophie había dejado caer.

Tras hacer la prueba, se quedó mirando su reloj durante los tres minutos que indicaba el prospecto. Y, por fin, llegó el momento de la verdad.

Había dos líneas de color rosa.

El resultado era positivo.

Estaba embarazada de Leo Marakaios.

Margo se quedó atónita. No podía pensar ni respirar ni apenas ver. Era como si el mundo se hubiera cerrado angustiosamente a su

alrededor, en una tenaza de oscuridad. Pero la sensación pasó pronto, y ella salió del retrete, se lavó las manos y se retocó el maquillaje como si no ocurriera nada.

Ya se lo plantearía más tarde. Ahora no tenía fuerzas.

Volvió al despacho, hizo caso omiso de la mirada de curiosidad de Sophie, se acomodó en su asiento y trabajó de un tirón hasta las seis.

Durante esas horas, contestó llamadas telefónicas, asistió a una reunión y hasta charló y bromeó con varios compañeros. Sin embargo, los resultados de la prueba de embarazo regresaban insistentemente a su cabeza. Y se sentía como si estuviera fuera de sí misma, mirándose desde otro lugar.

Por desgracia, los hechos eran categóricos. Estaba esperando un hijo de Leo.

—¿Te apetece tomar algo? —preguntó Sophie a las seis.

—No, creo que...

Margo dejó la frase sin terminar. No le apetecía tomar nada, pero la idea de volver a su piso y quedarse sola en esas circunstancias le daba pánico, así que cambió de opinión y añadió, con tanta naturalidad como le fue posible:

—Sí, por qué no.

Era una cálida tarde de principios de septiembre, y el ancho bulevar de los Campos Elíseos estaba abarrotado de gente cuando salieron. Sophie la llevó a uno de sus locales preferidos, donde se sentaron.

—¿Qué te apetece? ¿Tinto? ¿O blanco? —preguntó su amiga.

Margo dudó un momento.

—Pensándolo bien, solo quiero agua con gas. Mi estómago sigue un poco revuelto.

Sophie clavó la vista en sus ojos, y Margo le sostuvo la mirada. No se sentía capaz de decirle lo que había pasado.

—Muy bien, como quieras.

Sophie se levantó de la mesa y se dirigió a la barra para pedir las bebidas. Margo se giró hacia la ventana que daba a la calle y se dedicó a mirar a los transeúntes. Eran personas normales, con vidas rutinarias; personas como ella o, por lo menos, como lo que ella había sido hasta unas horas antes, cuando vio las dos líneas rosas del test de embarazo.

Aquello lo cambiaba todo. Su fachada de mujer libre, segura y refinada se estaba derrumbando miserablemente.

—Bueno, ¿me lo vas a contar de una vez?

Sophie, que había vuelto a la mesa, le pasó su agua con gas.

—¿A qué te refieres? —dijo Margo.

—No disimules. Te has comportado de forma rara durante toda la tarde. Es como si estuvieras... no sé, aturdida.

—Será por el trabajo.

Sophie la miró con desconfianza, y Margo supo que no la había engañado. La conocía demasiado bien.

—No te creo. ¿Qué pasa? ¿Tienes algún problema?

A Margo le sorprendió que Sophie abandonara su ligereza habitual y adoptara una sinceridad tan flagrante. Nunca había tenido muchos amigos; tenía conocidos y colegas de trabajo, pero nadie a quien apreciara de verdad. Se alejaba de la gente por miedo a que le hicieran daño, y había rechazado a Leo por ese mismo motivo.

Quizás había llegado el momento de cambiar.

—¿Margo? —insistió Sophie.

Margo respiró hondo.

—Bueno, es que... Estoy embarazada.

—¿En serio? —preguntó Sophie, sorprendida—. Dijiste que estabas tomando la píldora... ¿Cómo es posible?

Margo se encogió de hombros.

—No lo sé, pero me he hecho una prueba de embarazo y dice que lo estoy.

Sophie sacudió la cabeza.

—Ni siquiera sabía que te estuvieras acostando con nadie.

—Porque no me estoy acostando con nadie —replicó—. Fue algo fortuito, con un hombre que vive en Grecia.

—¿Y se lo has contado?

Margo rio sin humor.

—¿Cómo voy a habérselo contado? Me acabo de hacer la prueba. Acabo de saberlo.

—Ah, comprendo —Sophie se echó hacia atrás y tomó un poco de vino—. Entonces, todavía lo estás procesando...

Margo se pasó una mano por la frente. Se sentía mejor después de habérselo dicho a Sophie; pero también era más consciente de que su embarazo era real, y de que no desaparecería por el simple hecho de negarse a pensar en él.

—¿Procesándolo? —dijo con humor—. Todavía no lo he asumido.

—¿Y qué vas a hacer? Siempre has dicho que no querías hijos.

—Y no los quería.

Sophie arqueó una ceja, pero no dijo nada.

—No sé... —continuó Margo—. Sinceramente, ya no sé lo que quiero.

—Pues tendrás que tomar una decisión, Margo. Y, si decides tenerlo, tendrás que hablar con su padre.

Margo tragó saliva. No podía hablar con Leo. Le había dicho que se estaba acostando con otro hombre, y ni siquiera creería que era hijo suyo.

—Es demasiado pronto. Ahora no puedo pensar en eso.

—¿Cómo es él? Has dicho que fue cosa de una noche, pero...

—Me temo que no he sido totalmente sincera contigo —le confesó—. Fuimos amantes durante dos años.

Sophie se quedó boquiabierta.

—¿Dos años? ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Porque solo era una aventura.

—¿Una aventura de dos años? —ironizó su amiga.

—Sí, supongo que es mucho tiempo… Pero, sea como sea, ya no estamos juntos.

Sophie sacudió la cabeza.

—Eso no cambia nada, Margo. Si quieres tener el niño, tendrás que hablar con él. Y, si prefieres abortar, será mejor que te decidas pronto.

—Lo sé —declaró, angustiada.

Sophie se inclinó hacia delante, le dio una palmadita en la mano y dijo:

—Bueno, aún tienes tiempo. Puedes pensarlo con calma.

—Así lo haré.

A pesar de su afirmación, Margo no dejó de dar vueltas al asunto hasta una hora más tarde, cuando dejó a Sophie y se marchó a su casa, que estaba en el último piso de un edificio antiguo de la Île de la Cité.

En cuanto entró en el vestíbulo y vio la mesita de mármol y el paragüero, se tranquilizó un poco. Aquel era su hogar, su refugio.

Llenó la bañera, echó sales y, a continuación, se desnudó y se metió en el agua, donde cerró los ojos e intentó olvidar sus preocupaciones. Pero no lo consiguió. Volvían una y otra vez a su cabeza.

¿Qué podía hacer?

Si se decidía a tener el niño, se encontraría en una situación muy problemática. Ser madre no era precisamente barato. Por supuesto, tenía derecho a una baja por maternidad; pero su sueldo no daba para mucho y, cuando volviera al trabajo, no podría pagar sus facturas y, además, a una niñera.

Pero, por graves que fueran sus problemas económicos, los emocionales le preocupaban más. Un niño no era un juguete. Era un ser humano; una persona que dependería completamente de ella, en todos los sentidos.

Una criatura a quien tendría que amar. Y a quien podía perder.

En cuanto a Leo, ni siquiera sabía si estaría dispuesto a escucharla. Y, aunque la escuchara y la creyera, ¿hasta qué punto se querría implicar? ¿Quién tendría la custodia? ¿Qué harían para evitar que su hijo creciera con un padre y una madre que se odiaban?

Agotada, salió de la bañera y se secó.

No tenía fuerzas para seguir pensando. Y, mucho menos, para tomar decisiones.

Los días pasaron, y se convirtieron en semanas. Margo era consciente de que debía tomar una decisión; tan consciente como de la mirada de Sophie, que le recordaba el dilema todos los días, aunque tuviera la delicadeza de no decir nada.

Y, por si eso fuera poco, sus náuseas habían empeorado. Ya no eran una molestia ocasional, sino algo horrendo que la empujaba a levantarse de la cama a toda prisa, arrastrarse hasta el cuarto de baño y vomitar. Algo que la hacía sentirse más sola que nunca, porque no tenía a nadie que la apoyara. Sophie quería ayudar, pero vivía tan sola como ella y sus recursos y tiempo eran bastante limitados.

Margo sabía perfectamente que el desastre siempre estaba a la vuelta de la esquina cuando no se tenía ni familia ni dinero. Era como caminar por una cuerda floja, pero sin red. Un riesgo demasiado alto en sus circunstancias. Si quería tener un hijo, no podía tenerlo sola.

Al final, las náuseas se volvieron tan insoportables que acudió al médico para que le diera algún tipo de medicación.

—Le resultará difícil de creer, pero es un buen síntoma —le explicó el hombre—. En general, significa que el embarazo va por buen camino.

Margo miró al médico y, de repente, se dio cuenta de que ya no le importaban las dificultades. Aquel niño era un regalo; uno que no esperaba recibir.

Había tomado la decisión de ser madre.

Y ahora, tendría que decírselo a Leo.

Capítulo 3

TIENE visita, señor.

Leo apartó la mirada de la pantalla del portátil y miró a su secretaria, que estaba en la puerta del despacho.

—¿Visita? ¿Quién es, Elena?

—Una mujer. No me ha querido dar su nombre, pero dice que es urgente.

Leo frunció el ceño. Las oficinas de la empresa estaban en Villa Marakaios, la propiedad de su familia; en mitad de ninguna parte, como Margo había dicho en cierta ocasión. Y nunca recibía visitas inesperadas.

—¡Qué curioso! —dijo, mientras se levantaba—. ¿Por qué no te ha querido dar su nombre?

—Lo desconozco. Pero lleva ropa elegante y habla como una mujer educada, así que he pensado que podría ser...

Elena se ruborizó y dejó la frase sin terminar. Sin embargo, Leo supo lo que había querido decir. Su secretaria creía que era una de sus amantes. Y se equivocaba, porque no había estado con ninguna mujer desde su ruptura con Margo.

Al pensar en ella, arrugó la nariz. Habían pasado cuatro meses desde el día en que salió de su piso con el anillo en el bolsillo; cuatro meses desde la última vez que se había preocupado por su antigua relación. Esa etapa de su vida estaba muerta y enterrada. Y, por supuesto, la posibilidad de que Margo hubiera viajado a Grecia le parecía tan absurda que ni siquiera se la planteó.

—Sea quien sea, me parece muy sospechoso que no te haya dado su nombre.

—Lo sé, pero ha insistido mucho...

Él suspiró.

—Está bien. Veré qué quiere.

Leo salió del despacho y se quedó helado al ver a la mujer que estaba esperando en el vestíbulo, de pie. Pero no tan helado como para no poder reaccionar con ira.

—Si llego a saber que eras tú, le habría dicho a Elena que te echara a patadas.

—Por favor, Leo... —rogó Margo.

No tenía muy buen aspecto. Llevaba un abrigo negro que enfatizaba la exagerada palidez de su rostro, y sus ojeras le daban un aire

enfermizo.

—¿Qué quieres? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Hablar contigo.

Margo lanzó una mirada a Elena, que había regresado a su mesa, y añadió:

—En privado.

Leo estuvo a punto de decirle que no tenían nada que hablar, pero se lo pensó mejor. Margo insistiría en cualquier caso, y no quería que su conversación llegara a oídos de nadie, empezando por su secretaria.

—Muy bien —dijo—. Acompáñame.

Él dio media vuelta y volvió sobre sus pasos sin esperar a Margo, que lo siguió rápidamente. Cuando ya estaban dentro, Leo cerró la puerta y dijo:

—¿Te encuentras bien? Pareces agotada.

Ella sonrió con debilidad.

—Porque lo estoy —replicó—. ¿Te importa que me siente?

—Por supuesto que no.

Leo la invitó a sentarse en uno de los dos sillones que estaban delante de la mesa.

—¿Y bien? ¿Qué haces aquí?

Margo lo miró con un destello de resignación que le sorprendió bastante, porque no era típico de ella. No estaba ante la mujer elegante y refinada que había sido amante suya durante dos años. Estaba ante una mujer distinta.

—Leo... Estoy embarazada.

Él parpadeó, atónito. Ella guardó silencio.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —preguntó él.

Margo lo miró a los ojos.

—Tiene que ver todo, porque el niño es tuyo.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Quieres que te recuerde lo que me dijiste hace meses?

Ella apartó la mirada.

—No, no es necesario... Sé que ese hombre no es el padre. Sé que es tuyo.

—¿Ah, sí? —dijo con sorna—. No lo puedes saber, Margo.

Margo suspiró.

—Te aseguro que lo sé —afirmó—. Pero estoy dispuesta a que hagamos un test de paternidad. Así no habrá la menor sombra de duda.

Leo frunció el ceño.

—Pensaba que no querías tener hijos.

—Y no quería.

—Entonces, ¿por qué lo vas a tener?

—¿Es que prefieres que aborte? —replicó.

—No, yo no he dicho eso. Pero me extraña que hayas venido a verme —dijo con desconfianza—. ¿Es que necesitas dinero?

—No particularmente.

Leo soltó una carcajada.

—¿No particularmente?

—Bueno, admito que ser madre soltera me costaría mucho, pero no he venido para pedirte apoyo económico. Solo he venido porque me pareció que tenías derecho a saberlo. A fin de cuentas, estoy embarazada de ti.

Leo se sentó y se pasó una mano por el pelo.

—Discúlpame, Margo, pero no sé qué decir. Es una noticia tan inesperada, tan...

—Lo sé. Yo he tardado tres meses en asumirlo.

—¿Tres meses? ¿Lo sabes desde hace tres meses y no me habías dicho nada? —preguntó con indignación.

Ella palideció un poco más.

—He estado enferma, Leo... Nada grave. Solo son náuseas, pero no me encontraba con fuerzas para venir.

—¿Y te estás medicando?

—Sí, claro —contestó—, pero eso carece de importancia en este momento. Como ya he dicho, solo he venido porque quería decírtelo en persona.

Él asintió y puso las manos en la mesa.

—Si es hijo mío, huelga decir que asumiré mis responsabilidades.

—Lo sé.

—Pero no me contentaré con verlo los fines de semana. No seré de la clase de padres que ven a sus hijos los sábados por la tarde.

—Me alegra que digas eso, porque estoy de acuerdo contigo.

—¿En serio?

Leo entrecerró los ojos. Seguía sin saber por qué estaba allí. Le parecía extraño que le hubiera sido desleal cuando eran amantes y que ahora, repentinamente, quisiera hacer lo justo en lo tocante al bebé.

—¿A qué viene esto, Margo? Tu interpretación de mujer honrada está muy bien, pero resulta poco creíble. Conociéndote, me sorprende que no le hayas endosado ese niño a tu otro amante.

—No tienes muy buena opinión de mí...

—¿Debería tenerla?

Ella volvió a suspirar.

—No, supongo que no... Pero, al contrario de lo que puedas creer, no carezco completamente de ética. Voy a tener el niño, y quiero que conozca a su padre y que tenga un hogar donde se sienta amado y seguro.

Leo la miró con intensidad.

—¿Un hogar? —preguntó—. ¿Qué me intentas decir?

Margo clavó la vista en sus ojos.
—Que quiero que te cases conmigo.

Si las circunstancias hubieran sido diferentes, Margo habría soltado una carcajada. La expresión de Leo era verdaderamente cómica en su sorpresa. Era obvio que no se esperaba una cosa así. ¿Cómo se lo iba a esperar? La última vez, había rechazado su oferta de matrimonio y se había inventado un amante imaginario para quitárselo de encima. Y ahora, se presentaba en Grecia y le pedía que se casaran.
—Estás de broma, ¿verdad? —dijo él.
—¿Crees que he hecho un viaje tan largo para gastarte una broma?
Leo se levantó de forma abrupta y se acercó a la ventana, desde la que se veían los olivares de Villa Marakaios.
—Tu propuesta es ofensiva, Margo.
—¿Por qué? No podría ser más sincera...
—Oh, venga ya —protestó—. Te pedí matrimonio y me dijiste que no te querías casar y que no querías tener hijos.
Ella se encogió de hombros.
—Sí, es cierto, pero las cosas han cambiado.
—No han cambiado nada. Al menos, para mí.
—¿Es que no quieres conocer a tu propio hijo?
—¿Quién ha dicho que no quiera? ¿Quién ha dicho que no esté dispuesto a luchar por su custodia? —replicó.
A Margo se le encogió el corazón, pero no se dejó amedrentar.
—¿Crees que eso sería lo mejor para nuestro hijo?
Él se volvió a sentar en el sillón y se pasó las manos por el pelo, inclinando la cabeza. Ella miró sus hombros súbitamente caídos y se sintió dolorosamente culpable.
—Lo siento, Leo. Soy consciente de que te he puesto en una situación muy difícil —se disculpó—. Pero he pensado mucho durante los últimos meses y he llegado a la conclusión de que nuestro hijo merece tener un hogar.
Leo la miró con expresión sombría.
—¿Un hogar? ¿Con dos padres que no se quieren? ¿Sometido a dos personas que no se respetan y que desconfían el uno del otro?
—Yo te respeto, Leo.
—Pues tienes una forma muy extraña de demostrarlo.
Margo pensó que debía ser sincera con él; que le debía decir que se había inventado lo de su otro amante. Era la única forma de conseguir que Leo volviera a confiar en ella. Pero tenía miedo de que no la creyera y hasta miedo de que la creyera; porque, en ese último caso, querría saber por qué le había mentido. Y no estaba preparada para eso.

Apretó los puños e intentó sobreponerse a otra oleada de náuseas. Ya no eran tan molestas como antes, aunque la dejaban sin fuerzas.

—Sé que tú no me respetas a mí —dijo ella—, y también sé que no confías en mí. Pero creo que, con el tiempo, podré recuperar tu respeto y tu confianza. Y, aunque no nos amemos, estoy segura de que los dos querremos a nuestro hijo... Desde mi punto de vista, el matrimonio es la mejor opción. La forma más fácil de ofrecerle un hogar estable.

—¿Me estás diciendo que te quieres condenar a una relación sin amor por el bien de un hijo que ni siquiera querías?

Ella contestó sin pestañear.

—Sí.

—No te creo.

—Entonces, ¿qué crees que hago aquí?

—No lo sé, pero es evidente que quieres algo —respondió—. ¿Tienes algún problema? ¿Necesitas dinero?

—No, no he venido a pedirte dinero.

—Sin embargo, has insinuado que tendrías dificultades para salir adelante como madre soltera —le recordó.

—Las tendría, pero no creo que fuera tan difícil. De hecho, consideré la posibilidad de criarlo sola... Incluso estuve a punto de no decirte nada.

—¿A punto de no decírmelo? ¿Y esperas que confíe en ti?

Margo suspiró.

—Al final te lo he dicho, ¿no? —dijo, intentando mantener la calma —. Comprendí que tenías derecho a saberlo, y que nuestro hijo merecía tener a sus padres.

—Puede tener a sus padres sin necesidad de que nos casemos — alegó él—. Cualquier cosa es preferible a someterlo a un hogar sin amor.

—Es posible, pero...

—¿Sí?

—Leo, yo no tengo familia. Estoy sola, y no quiero que el niño crezca en esas circunstancias. Necesita gente a su lado. Necesita que estés con él.

—Si es que yo soy su padre...

—Oh, por favor...

Ella cerró los ojos durante unos momentos. Estaba completamente agotada; en parte, por el largo viaje, y en parte, por las malditas náuseas. Pero sacó fuerzas de flaqueza y se obligó a continuar.

—No he venido a discutir contigo, Leo. He venido a pedirte matrimonio por el bien del bebé. Sé que te traté mal, y no espero que me ames... Ni siquiera espero que me seas leal —dijo, apartando la mirada—. Si necesitas satisfacer tus necesidades lejos de casa, lo

comprenderé perfectamente.

Leo se quedó en silencio, y Margo se preguntó si habría entendido lo que le intentaba decir. Pero sus palabras siguientes demostraron que lo había entendido a la perfección.

—¿Me estás dando permiso para acostarme con otras?

—Por supuesto. Sería un matrimonio de conveniencia.

—Pero un matrimonio de todas formas.

—Solo intento…

—¿Facilitarme las cosas? —la interrumpió—. ¿Endulzármelas un poco? Pues es curioso, porque no me sabe nada dulce. A decir verdad, tiene un sabor amargo.

—Por favor, Leo…

Margo era muy consciente de que su oferta de matrimonio distaba de ser razonable. No vivían en la Edad Media. Muchas parejas criaban a sus hijos sin estar casados y, si otros podían, ellos también podrían.

Pero tenía miedo de estar sola. Miedo de no tener nada que ofrecer a su bebé. Nada salvo su propia soledad.

—Si te casas conmigo, estoy dispuesta a vivir en Grecia.

Él arqueó una ceja.

—¿Aquí? ¿En mitad de ninguna parte, como dijiste una vez?

—He dejado mi trabajo en Achat —le informó—. Quiero dedicarme íntegramente al niño. Al menos, durante los primeros años.

—Me desconciertas, Margo. Dijiste que no estabas hecha para ser ama de casa.

—Pero ahora es distinto.

Él la miró con incredulidad.

—¿Vas a renunciar a tu independencia? ¿Ya no quieres ser libre?

Margo tragó saliva.

—Yo no he dicho eso. Sencillamente, estoy dispuesta a hacer ese sacrificio.

—Ah, vaya… Te ofreces al matrimonio como un mártir —ironizó Leo—. Es una idea de lo más tranquilizadora.

—Sí, bueno… Sé que también te estoy pidiendo un sacrificio a ti.

—Pues discúlpame, pero sigo sin entenderlo.

—¿Por qué? ¿Que tiene de extraño que esté dispuesta a sacrificarme por mi hijo? Muchas mujeres lo hacen.

—Pero tú no eres como la mayoría.

Margo cerró los ojos, sintiéndose mareada.

Leo se dio cuenta de que le pasaba algo y preguntó:

—¿Te encuentras bien?

Ella lo miró.

—Sí, solo son las náuseas y el cansancio.

—Ah…

—Comprendo que necesitas tiempo para pensar en lo que te he

dicho. Solo te pido que, cuando tomes una decisión, me lo hagas saber.

Leo frunció el ceño.

—¿Es que tienes intención de volver a París? No estás en condiciones de viajar.

—No me marcharé inmediatamente. Pasaré la noche en algún hotel de la zona y tomaré un avión por la mañana, en Atenas.

—De ninguna manera —dijo Leo, con voz implacable—. Te quedarás aquí y te daré una respuesta mañana mismo.

Margo se sintió como si fuera Sherezade, y se preguntó si le cortaría la cabeza al amanecer. Pero, por muy difícil que fuera la situación, estaba decidida a seguir adelante. Desde su punto de vista, era lo mejor para el niño. Necesitaba un hogar, y lo tendría. Aun a sabiendas de que el suyo no sería un matrimonio por amor.

Hasta se dijo que era preferible así. A fin de cuentas, el amor era un riesgo. Y, si no estaba enamorada de Leo, él no le haría daño.

Se levantó de la silla e intentó caminar, pero el mareo se lo impidió. Leo se acercó rápidamente y la tomó del brazo, para su sorpresa. No la había tocado desde la noche de su encuentro amoroso en París.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, solo un poco mareada.

—Me encargaré de que te acompañen a la habitación de invitados.

Leo estaba frunciendo el ceño, y Margo no supo si lo fruncía por la situación o porque le preocupaba su salud. Pero, en cualquier caso, supo que tenía razón: no podía viajar en ese estado.

Él alcanzó el teléfono, habló con alguien durante unos minutos y, cuando ya lo había organizado todo, se giró hacia ella y dijo:

—Te veré mañana.

Margo asintió. Lo conocía lo suficiente como para saber que su tono brusco llevaba implícita una despedida. La conversación había terminado, y quería que saliera de allí.

Capítulo 4

UN bebé. Si Margo le había dicho la verdad, iba a tener un bebé. Un niño que lo convertiría en padre.

Leo se bebió su tercer vaso de whisky y se quedó mirando el paisaje nocturno. Habían pasado ocho horas desde que su antigua amante se presentó en el despacho para darle una información que lo cambiaba todo, y aún no sabía qué pensar.

No la había visto desde entonces. Elena la había acompañado a la casa, donde los criados la habían llevado a su dormitorio. María, el ama de llaves, le había dicho que se había acostado al llegar y que había estado durmiendo casi toda la tarde. Por lo visto, le había llevado la cena; pero ni siquiera la había probado.

Al pensar en su salud, se estremeció. Mientras Margo estuviera bajo su techo, sería responsabilidad suya. No importaba si le había dicho la verdad o si había mentido. Y le preocupaba que estuviera tan pálida. Era como si le hubieran robado las fuerzas.

Se levantó del sillón de cuero y miró el despacho que había pertenecido a su difunto padre y, a continuación, a su hermano. Ahora le pertenecía a él. Llevaba seis meses en la presidencia de Marakaios Enterprises, y estaba tan decidido como el primer día a mejorar la empresa y aprovechar el poder que su padre y el propio Antonios le habían negado durante demasiado tiempo.

Había sido toda una vida de estar al margen, a la sombra de otros. Y le había dejado huella. Ya no confiaba en nadie y, mucho menos, en Margo; pero, si el niño era suyo, ¿por qué no aceptar un matrimonio de conveniencia? A fin de cuentas, le estaba ofreciendo lo mismo que le había ofrecido él, lo mismo que ella había rechazado: una relación útil para los dos, sin las complicaciones del enamoramiento.

Definitivamente, la propuesta de Margo tenía sentido. Pero Leo se resistía a admitirlo.

¿Cómo casarse con una mujer que le había sido desleal y que, ahora, después de tanto tiempo, se ofrecía a un matrimonio que ella misma veía como un sacrificio, una renuncia a todos sus sueños? Era una píldora demasiado amarga.

Sin embargo, no se le ocurría otra solución. Si se negaba y Margo le complicaba las cosas, no tendría más remedio que iniciar una batalla legal por la custodia de bebé, y no estaría tan involucrado en su vida como tenía intención.

Si es que el bebé era suyo, por supuesto.

Pero, si lo era, quería ser el padre que él no había tenido; un padre cariñoso, abierto, siempre dispuesto a ayudarle. Y quería tener una familia.

Pensándolo bien, Margo era una candidata magnífica al puesto de esposa. Ya no le interesaba y, en cualquier caso, estaba convencido de que sabría controlar los sentimientos que pudiera desarrollar hacia ella.

Aquel matrimonio podía funcionar.

Margo pensó que no podría pegar ojo, pero estaba tan increíblemente cansada que se sumió en un sueño profundo en cuanto el ama de llaves de Leo le enseñó su dormitorio y ella se tumbó en la cama.

Cuando despertó, ya se había hecho de noche. Intentó levantarse, pero estaba mareada. Y, tras unos segundos de silencio, oyó que alguien llamaba a la puerta con apremio, como si lo hubiera intentado antes.

Esta vez, se levantó de la cama y abrió.

Era María, el ama de llaves. Le llevaba una bandeja con pan, una ensalada y unas lentejas que olían maravillosamente bien; pero Margo tenía el estómago revuelto, y muy pocas ganas de comer.

—*Efjaristó*… —dijo, alargando los brazos para tomar la bandeja.

Pero María entró en la habitación y dejó la comida en una mesa. A continuación, María cerró las cortinas del balcón, arregló un poco la cama, encendió un par de lámparas y echó un vistazo a su alrededor, como satisfecha de su trabajo.

—*Efjaristó* —volvió a decir Margo.

—*Fae* —replicó María señalando la comida.

Margo no entendía el griego, pero supo que le estaba rogando que comiera. Sacudió la cabeza y le dedicó una sonrisa débil, para hacerle entender que no le apetecía. El ama de llaves asintió y la dejó a solas.

Para entonces, Margo ya se había despejado por completo; y recordaba dolorosamente bien la conversación que había mantenido con Leo. Recordaba su incredulidad, sus recriminaciones, sus sospechas y su ira. Y, por supuesto, también recordaba que ahora estaba atrapada allí, esperando a que le diera una respuesta.

Regresó a la cama y se tumbó de nuevo. No iba a retirar su oferta. Era demasiado importante para su hijo, y estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario por él. Incluso sacrificar su propia felicidad.

Volvió a quedarse dormida y, cuando despertó, la primera luz del alba se filtraba por las cortinas que María había corrido. Se sentía mejor que antes, así que se levantó y entró en el cuarto de baño con

intención de darse una ducha y de prepararse para su encuentro con Leo.

A las ocho en punto, María llamó a la puerta y entró con el desayuno. Margo no supo si sentirse tan mimada como una princesa o tan presionada como una prisionera. La bandeja de la cena ya no estaba donde la había dejado, lo cual significaba que había pasado a recogerla en algún momento de la noche.

—*Efjaristó* —dijo María, mirándola con preocupación—. *Fae*.

Margo sonrió a modo de disculpa.

—Lo siento, pero no tengo ganas de tomar nada. Cada vez que como, vomito.

María rio, aunque Margo supo que no la había entendido. De hecho, le sirvió un café y un zumo de naranja y le dejó unas tostadas, un tarro de mermelada y mantequilla para untar, además de un cuenco con yogur y miel.

Cuando María ya se había ido, Margo hizo un esfuerzo y tomó dos cucharadas de yogur, pero lo dejó enseguida y se puso a caminar de un lado a otro, preguntándose si debía salir a buscar a Leo o esperar a que él la llamara.

Estuvo así varios minutos, hasta que se dio cuenta de que su actitud era ridícula. ¿En qué momento había perdido su carácter? Podía estar cansada y asustada de lo que Leo pudiera decir, pero había pasado por situaciones más difíciles y había sobrevivido a ellas. Siempre se había enorgullecido de saber plantar cara a las adversidades.

Decidida, cruzó la estancia y abrió la puerta. Pero se detuvo en seco al ver que Leo acababa de llegar. Estaba devastadoramente atractivo con su camisa blanca, sus pantalones grises y su pelo húmedo, como si acabara de salir de la ducha.

—¿Vas a alguna parte? —se interesó él.

—Precisamente, iba a buscarte —contestó—. Necesito una respuesta, Leo. Mi vuelo a París sale a las dos de la tarde.

—En ese caso, cancélalo. No vas a volver a París.

Ella lo miró con asombro.

—¿Cómo?

Él apretó los labios y dijo, con brusquedad:

—¿Es que no has entendido lo que he dicho?

Margo lo miró con cara de pocos amigos. El día anterior, se había mostrado sumisa y hasta arrepentida, pero era evidente que Leo no se había quedado contento. La quería castigar. Y por un delito que ni siquiera había cometido.

—Lo he entendido perfectamente. Pero deberíamos hablar con más tranquilidad.

—Muy bien, como quieras. Si te parece bien, iremos a mi despacho.

—Excelente.

Margo lo siguió por el corredor y la escalera principal, que daba al enorme vestíbulo de la mansión. Hasta entonces, había estado tan preocupada y cansada que no había prestado demasiada atención al edificio; pero de repente cayó en la cuenta de que aquel lugar grandioso se podía convertir en su nuevo hogar.

Y no supo qué pensar al respecto.

Leo la llevó a un despacho desde el que se veían los jardines. Era noviembre, así que no había ningún arbusto en flor; pero Margo pensó que debía de ser verdaderamente precioso en primavera.

—Permíteme que me ahorre los preámbulos —dijo él.

Leo se había quedado de pie, detrás de una enorme mesa de caoba. En los dos años que habían estado juntos, Margo lo había visto reír y festejar la vida. Sin embargo, nunca lo había visto así, mirándola con frialdad, como si estuviera ante un cliente difícil.

Lejos de arredrarse, ella asintió y le devolvió una mirada similar. Al fin y al cabo, también sabía ser fría.

—Sí, por favor —replicó.

—Me casaré contigo, pero con algunas condiciones.

Margo respiró hondo.

—Te escucho.

—En primer lugar, viajaremos a Atenas esta misma tarde y haremos una prueba de paternidad —dijo.

—Me parece bien.

—En segundo, dejarás definitivamente tu trabajo y te quedaras a vivir aquí, en Grecia.

—Eso no será un problema.

—Y, en tercero, te someterás a los cuidados de un médico de mi elección.

Margo frunció el ceño.

—Leo, soy perfectamente capaz de elegir mis propios médicos.

Él arqueó una ceja.

—Permíteme que lo dude, porque tienes un aspecto espantoso.

—Gracias por el cumplido —ironizó ella—. Pero mi aspecto no tiene nada que ver con mi habilidad para elegir médico.

Margo casi se arrepintió de haberle propuesto matrimonio. Leo parecía decidido a meterse con ella todo el tiempo y por cualquier razón, algo que no cuadraba precisamente bien con su idea de ofrecer un hogar estable al bebé que estaba esperando.

Desgraciadamente, la alternativa era tan lúgubre que ni siquiera la podía tomar en consideración. No tenía padres, no tenía familiares y no contaba con más amiga que Sophie, a quien por otra parte no le gustaban demasiado los niños. Si elegía la opción de ser madre soltera, estaría sola. Tan sola como su hijo.

—Leo, esta negociación va a ser muy desagradable si te empeñas en

sacarle punta a cualquier cosa.
—Solo intentaba ser claro.
—Pues lo has sido. Incluso más de la cuenta.
Leo clavó en ella sus ojos grises, que ese momento le parecieron tan helados como el más frío de los inviernos.
—No he terminado de explicarte mis condiciones.
—Pues termina. ¿Qué más quieres?
—Que no trabajes durante tu embarazo ni durante los primeros años de nuestro hijo. Quiero que estés a su disposición.
—Ya te dije que había renunciado a mi trabajo —le recordó—. Y, además, teniendo en cuenta que voy a vivir en una propiedad que está en el campo, no creo que vaya a tener demasiadas ofertas profesionales.
—No, me temo que no.
—Lo suponía —dijo—. ¿Algo más?
—Sí, hay una cosa más. Cuando estés recuperada y hayas dado a luz, serás mi esposa en todos los sentidos.
—¿En todos los sentidos? ¿Qué significa eso?
—Que te querré en mi cama.
A ella se le encogió el corazón.
—Pero si no me soportas... —acertó a decir.
—Siempre nos hemos gustado, Margo. ¿Por qué voy a buscar sexo en otra parte si lo puedo encontrar en mi propia casa?
Margo volvió a fruncir el ceño.
—¿Es necesario que seas tan grosero?
—No intentaba ser grosero. Me limito a constatar un hecho —dijo—. Y, hablando de hechos, hay otro que debes tener bien claro: si me vuelves a engañar con otro, me divorciaré de ti inmediatamente y me quedaré con la custodia de nuestro hijo.
—¿Cómo? No, no... De ninguna manera...
—¿Qué significa eso? ¿Es que tienes intención de serme infiel? —preguntó, sorprendido.
—Te seré fiel —contestó Margo, haciendo un esfuerzo por mantener la compostura—. Pero, si me vuelves a amenazar con quitarme a mi hijo, te abandonaré y me iré tan lejos que no nos encontrarás a ninguno de los dos.
—No me amenaces —le advirtió.
—Has empezado tú.
Él entrecerró los ojos.
—Sinceramente, me extraña que te muestres tan protectora con el bebé. La última vez que hablamos, me dijiste que no querías tener hijos.
Margo se encogió de hombros.
—La gente cambia —afirmó.

—Es posible, pero no estoy seguro de que tú hayas cambiado.

Margo sacudió la cabeza y se sentó en un sillón.

—¿Hay alguna condición más?

—De momento, no.

—En ese caso, yo tengo algunas de cosecha propia.

Leo se quedó tan sorprendido que ella estuvo a punto de soltar una carcajada. Su cara era un poema. Quizá, porque la había tomado por una mujer débil que aceptaría sus condiciones sin rechistar y sin plantear objeción alguna. O quizá, porque él era consciente de la fortaleza de su posición.

A decir verdad, Margo también lo era. Sabía que no estaba de broma al afirmar que, si le era infiel, la llevaría a los tribunales y le quitaría la custodia de su hijo. Leónidas Marakaios no jugaba de farol. En cambio, ella había lanzado una amenaza vacía y sin base alguna, porque no tenía la menor posibilidad de escapar a sus garras.

Si lo abandonaba, no habría sitio en el mundo donde se pudiera esconder. Él la encontraría más tarde o más temprano.

—Muy bien. Dime tus condiciones —declaró Leo, cruzándose de brazos.

Ella lo miró con frialdad.

—En primer lugar, que nunca volverás a amenazarme.

—Yo no te estaba amenazando. Me he limitado a constatar un hecho.

—Llámalo como quieras.

Leo se encogió de hombros.

—¿Qué más?

—Me encargaré personalmente del cuidado de nuestro hijo. No quiero niñeras ni criadas que se encarguen de su crianza.

Él asintió.

—No podría estar más de acuerdo, Margo. Como ya he dicho, quiero que estés con él todo el tiempo.

—¿Aunque no me respetes ni confíes en mí?

Leo gruñó y dijo:

—Confío en que serás una buena madre.

La actitud de Leo no podía ser más arrogante e impositiva, pero Margo se tomó el comentario como un halago. Confiaba en sus habilidades como madre, y eso era mucho más de lo que ella misma podía decir. No estaba segura de poder serlo. Y, aunque quería serlo, se sentía terriblemente insegura en esa posición.

Su embarazo había despertado fantasmas que le daban pánico.

—¿Algo más? —preguntó Leo.

—Sí, que todas las decisiones que afecten a nuestro hijo serán de los dos, tuyas y mías, en conjunto.

—Me parece razonable.

Margo intentó encontrar más condiciones, pero no se le ocurrió ninguna. Todo aquello era nuevo para ella. Había entrado en un territorio desconocido, y ni siquiera sabía qué le depararía su matrimonio.

Pero, al menos, el niño estaría seguro.

—En ese caso, no tengo nada más que decir —declaró ella.

Leo inclinó la cabeza.

—Me alegra que hayamos llegado a un acuerdo. Iremos a Atenas esta tarde.

—Tendré que volver a Francia en algún momento —le advirtió Margo—. Recuerda que sigo teniendo un piso.

Margo tragó saliva. Era más consciente que nunca de que estaba abandonando su carrera profesional, a los pocos amigos que había hecho en París y la casa que, durante mucho tiempo, había sido su refugio.

Sin embargo, se dijo que merecía la pena. Que debía merecer la pena.

—Cuando estés completamente recuperada, podrás volver a Francia y arreglar todo lo que tengas que arreglar.

Leo lo dijo con un tono tan seco y cortante que Margo se enfadó. Hablaba como si se hubiera convertido en un objeto de su propiedad y no pudiera hacer nada sin tener previamente su permiso.

—¿Quién diablos crees que eres? ¿Cómo te atreves a hablarme así? He venido aquí por voluntad propia, Leo.

—¿Quieres que te diga quién soy? —declaró implacable—. Soy tu marido.

—Todavía no —le recordó—. Y como sigas por ese camino, no lo serás nunca.

Él dio un paso hacia ella y entrecerró los ojos.

—¿Crees que permitiría que te fueras ahora, cuando sé que estás embarazada de mí?

—Oh, basta ya, Leo...

—Está bien, Margo. Mañana sabremos si es cierto que yo soy el padre. Y, si lo soy, nos casaremos después.

Capítulo 5

FUERON tres horas de viaje, y no se dirigieron la palabra hasta el final.

En determinado momento, Leo lanzó una mirada subrepticia a Margo. Estaba inmóvil, con una mano sobre el tirador de la portezuela. Tenía mejor aspecto que el día anterior, aunque seguía pálida. Se había puesto un vestido de color magenta que se ajustaba maravillosamente bien a su figura, y Leo notó que, a pesar de estar embarazada, había perdido mucho peso desde sus días en París.

Al pensar en su embarazo, Leo se dijo que la prueba de paternidad sobraba. Por supuesto, insistiría en la necesidad de salir de dudas; pero era obvio que Margo no habría aceptado todas sus condiciones ni se habría puesto en esa situación si no decía la verdad.

El niño que esperaba era suyo. Pero ¿cómo lo podía saber?

Leo no había pensado mucho en el otro hombre con quien, supuestamente, se había estado acostando. Lo había expulsado de sus pensamientos como la había expulsado a ella, por no infligirse más dolor. Sin embargo, las cosas habían cambiado; y, de repente, necesitó saber algo más.

—¿Sigues saliendo con ese hombre? —le preguntó.

Margo se giró hacia él y sonrió con tristeza.

—¿Crees que estaría aquí si saliera con otro?

—No lo sé.

Ella suspiró.

—No, Leo. Ya no salgo con nadie.

—¿Cuándo rompiste con él?

Margo guardó silencio.

—¿Es que no vas a decir nada? —insistió Leo—. No es una pregunta tan difícil. Y necesito saber si ese tipo va a interferir en nuestras vidas, porque te aseguro que...

—Oh, esto es ridículo —dijo ella, cerrando momentáneamente los ojos—. No hay otro, Leo. Nunca lo hubo.

Él parpadeó, desconcertado.

—¿Y esperas que me lo crea?

—No, no lo espero. Pero es la verdad.

—Si fuera verdad, significaría que me mentiste —replicó Leo—. Y, si me mentiste, quiero saber por qué.

Ella respiró hondo y dijo:

—Te mentí porque era la única forma de que me dejaras en paz.

Leo no supo si sentirse aliviado o más insultado que nunca.

—¿Insinúas que mi propuesta de matrimonio te pareció tan repugnante que te inventaste una historia para librarte de mí?

—Lo estás poniendo de la peor manera posible, pero... Sí, supongo que sí.

Él apretó las manos sobre el volante.

—Pues no parece que tuviera mucho sentido, Margo. Porque al final resulta que nos vamos a casar.

Ella lo miró de nuevo.

—Sí, eso parece.

—Sinceramente, no te entiendo.

—Lo sé.

—Si la idea de casarte conmigo te resultaba tan desagradable, ¿por qué has vuelto? Hay muchos niños que crecen con padres divorciados o separados, y son felices —le recordó—. Además, estoy seguro de que saldrías adelante como madre soltera. No te verías obligada a casarte conmigo. No tendrías que renunciar a nada... Bastaría con llegar a algún tipo de acuerdo sobre la custodia del bebé.

—¿Eso es lo que quieres?

Él se encogió de hombros.

—No lo sé.

Leo fue sincero. Margo le había hecho mucho daño, más de lo que estaba dispuesto a admitir. Pero había vuelto. Le había ofrecido un espacio en su vida y en la vida del niño que llevaba en su vientre. Y, por otra parte, no podía negar que aún la deseaba.

Desgraciadamente, eso no había cambiado.

—Leo... ¿no podríamos encontrar la forma de ser amigos?

Margo le puso una mano en el brazo, y a él se le hizo un nudo en la garganta.

—Podemos ser amigos —continuó ella—. Un matrimonio de conveniencia no implica necesariamente una relación fría.

Él apartó el brazo como si su contacto le quemara. ¿Cómo ser amigo de una persona que lo había engañado y le había mentido de la peor manera posible para quitárselo de encima? ¿Cómo ser amigo de una persona que le ofrecía matrimonio cuando, al mismo tiempo, lo consideraba un sacrificio insoportable?

—No creo que podamos serlo. Es mejor que tratemos este asunto como si fuera un negocio —declaró.

—Y dime, ¿también será un negocio en la cama?

—No digas tonterías. Nunca tuvimos ningún problema en ese aspecto de nuestra relación. Y no lo tendremos cuando estemos casados.

Momentos más tarde, llegaron a las afueras de Atenas. Al fondo, en

el horizonte, se distinguía la silueta de la Acrópolis. Y no volvieron a hablar hasta que llegaron al piso de Leo, en el barrio de Kolonaki.

Margo nunca había estado en la casa de Leo, situada en el último piso de un antiguo edificio del centro de la capital. Era un lugar enorme y elegante, con un gran salón comedor donde había sofás de cuero blanco y negro y mesitas de metal y cristal.

No había más nota de color que los trazos verdes del cuadro que decoraba una de las paredes. Margo lo miró y pensó que probablemente le habría costado una fortuna, aunque parecía pintado por un niño de cinco años.

—Es una obra maestra de mi sobrino Timon —dijo él.

—Vaya, no sabía que tuvieras un sobrino...

En ese momento, Margo cayo en la cuenta de que sabía muy pocas cosas de su futuro marido. Sabía que era un gran amante, que le gustaba la música clásica, que tenía buen gusto con la comida, que se afeitaba con brocha y maquinilla y que usaba una loción con olor a limón. Pero eso era todo.

—Es el hijo de mi hermana.

—Y, por lo visto, quiere ser artista —observó, mirando el cuadro.

—Sí, bueno... Ten en cuenta que solo tiene tres años.

Margo soltó una carcajada.

—Y yo estaba pensando que te habría costado una fortuna y que parecía pintado por un niño de cinco...

—Por suerte para mí, no me costó nada. Mi diseñador de interiores me intentó convencer para que me gastara cien mil euros en una obra moderna, pero yo le dije que mi sobrino lo podía hacer mejor. Y lo hizo... A decir verdad, hasta me gusta un poco. Se supone que son los olivares de Villa Marakaios.

—A mí también me gusta. Bueno, me gusta ahora, cuando ya sé que es de tu sobrino... —le confesó.

Durante un momento, fue como si todo volviera a ser como antes de su separación. Estaban tranquilos, relajados. Leo sonrió, y Margo albergó la esperanza de que, a pesar de todo, pudieran ser amigos.

Pero solo fue eso, un momento.

—He llevado tus cosas a la habitación de invitados. Si te quieres asear, tienes el cuarto de baño a tu disposición. Después iremos a ver al médico.

La habitación de invitados era tan suntuosa y elegante como el resto de la casa. Tenía una cama digna de reyes, y una bañera tan gigantesca que Margo sintió la tentación de llenarla y olvidarse de todo lo demás. Pero sabía que Leo estaría esperando, y que vigilaría cada uno de sus movimientos.

Al final, se contentó con lavarse las manos y la cara, retocarse el maquillaje y volver a pintarse los labios.

—¿Has comido hoy? —preguntó Leo desde el otro lado de la puerta —. María me dijo que anoche no probaste bocado, y que hiciste lo mismo con el desayuno.

Margo frunció el ceño. Al parecer, el ama de llaves de Villa Marakaios era también su espía.

—No tengo estómago para comer demasiado —replicó.

Tras respirar hondo, abrió la puerta. Leo estaba delante, mirándola con intensidad.

—Tienes que comer, Margo. Tienes que recuperar tus fuerzas.

—Comería si pudiera, pero lo vomito todo...

—¿No dijiste que te estabas medicando?

—Sí, pero sigo con las mismas molestias —contestó, intentando sonreír—. Además, tomo tostadas. Es lo único que mi cuerpo puede aguantar.

—¿Tostadas?

Margo se encogió de hombros.

—Bueno, mi médico aseguró que me sentiría bien en poco tiempo.

—Ya —dijo Leo—. ¿De cuántos meses estás? Porque no recuerdo que lo hayas mencionado...

—De diecisiete semanas. Teóricamente, daré a luz a finales de abril.

Leo la miró con sorpresa, y Margo tuvo la sensación de que, al oír la fecha posible del parto, se había vuelto más real para él.

Sin embargo, se limitó a decir:

—¿Nos vamos?

—Por supuesto. Solo me tengo que poner el abrigo.

La consulta del médico estaba a pocas manzanas de distancia, pero Leo se empeñó en ir en coche porque, desde su punto de vista, Margo tenía un aspecto tan débil que cualquier ráfaga de viento se la podía llevar.

El médico, que resultó ser una mujer de cabello oscuro, los recibió en cuanto llegaron. Tras saludarlos y presentarse a Margo como la doctora Tallos, le pidió que se tumbara en la camilla. Margo obedeció, pero se sintió tan insegura como expuesta por la presencia de Leo, que se había quedado de pie, mirándola.

—¿Prefiere que la examine a solas? —preguntó la doctora, dándose cuenta de lo que pasaba.

—No es necesario, pero... ¿Podrías sentarte, Leo? Me estás poniendo nerviosa.

Leo pareció sorprendido, aunque se sentó.

—Bueno, tengo entendido que está de diecisiete semanas.

—Sí, así es.

—¿Le han hecho alguna ecografía?

—Aún no. Tenía que hacerme una más adelante.
—Pues, si le parece bien, se la haremos ahora —dijo la doctora Tallos—. Así nos aseguraremos de que todo va bien.
—Me parece perfecto.
—¿Y cuándo vamos a hacer la prueba de paternidad? —intervino Leo.
La doctora arqueó una ceja.
—La prueba de paternidad es muy sencilla. Solo hay que hacer un análisis de sangre —le informó—. Pero prefiero que empecemos por lo más urgente, que es asegurarnos de que el bebé se encuentra bien... Si no tiene ninguna objeción, por supuesto.
Leo se ruborizó un poco, y a Margo le dio pena. Obviamente, la doctora no conocía los detalles de su intempestiva relación.
—Por supuesto que no —acertó a decir él.
En ese momento, apareció una enfermera con el ecógrafo. La doctora pidió permiso a Margo para levantarle el vestido, y se lo subió hasta hasta la línea de los senos.
—Notará algo frío, pero no se preocupe.
Tallos le puso una crema helada en el vientre. Margo se estremeció, y Leo saltó en su defensa.
—Le está haciendo daño...
—No, en absoluto. Esto puede resultar un poco incómodo, pero le aseguro que no hace daño.
—No te preocupes, Leo —dijo Margo—. Estoy bien.
La doctora le indicó que mirara la pantalla de un ordenador, donde vio una silueta que se parecía lejanamente a un bebé.
—Mire. Eso es la cabeza, la tripita y los deditos...
Margo se quedó como hechizada con la imagen. Le parecía absolutamente increíble que pudiera ver a su bebé.
—Patalea como un loco —dijo la doctora, sonriendo—. ¿No lo nota?
Margo sacudió la cabeza.
—No, todavía no.
—Descuide, seguro que lo notará dentro de unas semanas. Pero deje que suba el volumen de la máquina... así podrá oír los latidos de su corazón.
La doctora subió el volumen, y los latidos llenaron la estancia con la fuerza de un caballo al galope.
—Dios mío. Nunca había oído algo así —declaró Leo.
—Ni yo... —dijo Margo.
La doctora pulsó unos cuantos botones, comprobó unas cuantas cosas y anunció:
—Parece que está perfectamente. Es pronto para saber si será niño o niña, pero le haremos otra ecografía cuando esté de veinte semanas... Ahora, le daré unos pañuelos para que se limpie y, a continuación, si

lo creen necesario, procederé a realizar la prueba de paternidad.

—Sí, es necesario —dijo Margo.

—Como quieran.

Quince minutos más tarde, Margo y Leo salieron de la consulta del médico con la promesa de que tendrían los resultados de la prueba al día siguiente. Ella tenía una profunda sensación de irrealidad, que se hizo más fuerte cuando empezaron a caminar entre cafés y boutiques, como si no pasara nada.

Momentos después, Leo le pidió que lo esperara y entró en una tienda, de donde salió con una bolsa en la mano.

—¿Qué es eso? —preguntó ella.

—Tostadas. Como dijiste que te sentaban bien...

Los ojos de Margo se llenaron de lágrimas.

—¿Qué ocurre? —preguntó él, preocupado.

Ella sacudió la cabeza.

—Nada... Es por culpa del embarazo. Me emociono con cualquier tontería —le explicó—. Y ahora, tras haber oído los latidos de su corazón...

Leo frunció el ceño.

—Pero es algo bueno, ¿no? La doctora ha dicho que se encuentra bien.

—Sí, por supuesto que es bueno.

Margo sabía que debía estar contenta. Al fin y al cabo, el bebé tenía una salud de hierro. Pero tenía miedo de que la próxima vez que le hicieran una ecografía no encontraran nada salvo un silencio mortal.

Ya le había pasado. Y no quería volver a sufrirlo.

—Anda, come un poco. Te sentirás mejor.

La amabilidad de Leo no hizo que se sintiera mejor, sino mucho peor. Le recordaba todo lo que habían perdido, cómo podrían haber sido las cosas si ella hubiera sido valiente y hubiera aceptado su oferta de matrimonio en París.

Pero se dijo que ya era tarde para arrepentirse. Había tomado una decisión y no la podía cambiar. Así que tomó una tostada y empezó a comérsela obedientemente.

Leo la observó mientras se comía una tostada. Estaba un poco encogida, porque soplaba un viento frío; y, a pesar de que ya se había tranquilizado, sus ojos oscuros aún tenían un destello de lágrimas.

No quería que Margo se sintiera mal. Se había alarmado cuando se estremeció en la consulta, y se había sentido aún peor al ver sus lágrimas. Era evidente que aún sentía algo por ella; algo que ni esperaba ni deseaba sentir: el verdadero motivo por el que había aceptado su propuesta de matrimonio.

Durante los cuatro meses anteriores, había hecho todo lo posible por no pensar en ella. Y lo había conseguido. Pero habían bastado veinticuatro horas para que todo su aplomo y su frialdad se derrumbaran.

Deseaba a Margo. Ya no se podía engañar. La castigaba con desprecios o comentarios sarcásticos porque era menos comprometido que tomarla por los hombros y besarla hasta dejarla sin aliento.

Además, ¿qué importaba que lo hubiera rechazado? ¿Qué importaba que le hubiera mentido? Ahora estaba allí, y eso era lo único importante.

Quizá había llegado el momento de cambiar de actitud; aunque solo fuera porque cabía la posibilidad de que hubiera dicho la verdad cuando afirmó que no había estado saliendo con nadie más. Quizá se había equivocado al castigarla. Y, en cualquier caso, podía y debía ser amable con ella.

—Será mejor que volvamos a mi casa. Necesitas descansar —dijo—. Y yo tengo que organizar la boda.

Margo frunció el ceño.

—¿La boda? ¿Tan pronto?

—Nos casaremos mañana, en Atenas. Si los resultados de la prueba de paternidad confirman que es hijo mío, por supuesto.

Ella no dijo nada.

—Será una ceremonia civil —continuó él—. Además, supongo que en estas circunstancias no querrías casarte por la iglesia y vestida de blanco...

—¿Por la iglesia y de blanco? No sabía que fueras tan anticuado, Leo.

—Bueno, de todas formas carece de importancia. A fin de cuentas, no nos vamos a casar por amor, sino por el bien de nuestro hijo.

—Sí, claro —dijo ella con amargura.

—No te lo tomes a mal, Margo. Me estoy limitando a constatar un hecho. Me ofreciste un matrimonio de conveniencia, y eso es lo que va a ser.

—Lo sé —replicó, herida—. Lo sé perfectamente.

Margo tiró el resto de la tostada en una papelera y empezó a caminar hacia el coche.

Capítulo 6

MARGO no podía dormir. Había dado vueltas y más vueltas y, al cabo de varias horas, lo dio por imposible y se levantó.

No era un problema de la cama. De hecho, era una de las camas más cómodas en las que había estado nunca. Y tampoco se debía a su estado físico, porque estaba tan cansada que habría podido dormir varios días.

Pero su estado mental no podía ser peor. Sus dudas e inseguridades la asaltaban constantemente, así que decidió prepararse una infusión para relajarse un poco.

Entró en el vestidor, buscó entre sus pertenencias y sacó la caja de infusión de jengibre que había metido en el equipaje; una de las pocas cosas que su estómago podía aguantar. Después, salió de puntillas para no molestar a Leo y se dirigió a la cocina.

El día anterior había sido bastante tranquilo. Tras volver del médico, ella se dio un baño y se echó una siesta mientras él trabajaba en su despacho. Luego, a la hora de cenar, Leo llamó a la puerta de la habitación para informarle de que iba a pedir comida y preguntarle si le apetecía algo en particular.

Margo se acordó de sus fines de semana en habitaciones de hotel, cuando se dedicaban a beber champán, pedir comida y hacer el amor. Largos sábados y domingos que la hacían sentirse más libre y más viva que nunca.

Pero aquella cena no tuvo nada de romántica. Comieron en la enorme mesa del comedor, cada uno en un extremo, y Margo se dedicó a disfrutar de un plato de pasta mientras él se comía su *souvlaki* y respondía mensajes en el teléfono móvil.

Casi no se dirigieron la palabra. Y ella supo que su vida iba a ser así a partir de entonces. Cenas en silencio y ambientes cargados de tensión.

Al pensarlo ahora, se preguntó si las cosas habrían sido distintas de haber aceptado su propuesta original de matrimonio. ¿Habrían seguido como antes? ¿O habrían terminado de la misma forma, teniendo en cuenta que no estaban enamorados? O, por lo menos, que Leo no estaba enamorado; porque ella empezaba a sentir algo cálido y profundo que iba más allá de la simple atracción sexual.

Sin embargo, sus circunstancias personales habían arrancado esos sentimientos de raíz. No se había atrevido a amar a Leo. Amar

implicaba el riesgo de perder. Y ya había perdido a demasiada gente: su madre, sus padres adoptivos y su hermana.

Cerró los ojos y se sobrepuso a dolor de sus recuerdos. A fin de cuentas, Leo no la dejaría en la estacada. Su sentido del honor se lo impedía. Y, en cuanto al niño que llevaba en su vientre, solo podía esperar que creciera fuerte y sano.

Se preparó la infusión, la sirvió en una taza y se sentó junto a uno de los balcones del salón. Era muy tarde, y los anchos bulevares y las estrechas calles laterales de Kolonaki no tenían más iluminación que la procedente de las farolas y la luna creciente. A lo lejos, se veía la Acrópolis; parecía un faro en mitad de la ciudad.

Tomó un poco de infusión e intentó controlar la deriva de sus pensamientos, pero eran como hojas en un vendaval y, cada vez que frenaba uno, aparecía otro.

En su angustia, cerró los ojos y apoyó la frente en el marco del balcón.

—¿Va todo bien?

Margo abrió los ojos al instante. Leo estaba en el umbral, sin más ropa que unos pantalones de pijama.

Al ver su pecho desnudo y la línea de vello que desaparecía bajo la prenda, se quedó sin aire. Recordaba la textura de su piel. Se acordaba perfectamente de la sensación de estar abrazada a Leo, sintiendo su pecho contra los senos y sus piernas contra sus muslos.

—Sí... —respondió con voz quebrada—. No podía dormir, así que me he preparado una infusión. Siento haberte despertado.

Él se encogió de hombros y se sentó junto a ella.

—Yo tampoco podía dormir. Pero ¿a qué se debe tu desvelo?

Margo no le quería dar explicaciones sobre su estado emocional, de modo que respondió a su pregunta con otra.

—¿Y el tuyo?

—Bueno, supongo que se debe a que han pasado muchas cosas en muy poco tiempo —contestó él—. La noticia de tu embarazo, la propuesta de matrimonio... Son cosas muy importantes, y difíciles de asimilar.

—Tienes razón.

Leo se dio cuenta de que estaba descalza y, sin pedirle permiso, se inclinó y le empezó a dar un masaje en los pies.

—Los tienes helados... —dijo.

Margo se quedó en silencio, completamente rígida. No podía hacer nada, salvo disfrutar del contacto de sus dedos.

—¿Cuándo descubriste que estabas embarazada? ¿Cómo te sentiste al saberlo? —preguntó Leo con suavidad.

Margo se puso tensa, creyendo que sería algún tipo de trampa.

—¿Por qué lo preguntas?

—Por simple curiosidad. Me habría gustado estar contigo cuando lo supiste. Ahora tengo la sensación de haberme perdido una parte crucial.

Margo se sintió aliviada. No era ninguna trampa. La sinceridad de su tono de voz había eliminado cualquier sombra de duda.

—Solo han pasado cuatro meses, Leo. No es para tanto.

—Si tú lo dices...

—De todas formas, no hay mucho que contar. Como sabes, estaba tomando la píldora. Y no me salté ninguna.

—Entonces, ¿cómo es posible que te quedaras embarazada?

Ella se ruborizó.

—Al día siguiente de que te marcharas, me levanté bastante tarde... Me tomé la píldora tres horas después de lo que tenía por costumbre.

—¿Y te quedaste embarazada por eso?

Margo se encogió de hombros.

—Al parecer, sí. Por lo visto, ese modelo de píldora se tiene que tomar a la misma hora, sin tardanza.

—Debió de ser toda una sorpresa para ti...

—¿Una sorpresa? Estaba muerta de miedo. No sabía qué hacer —le confesó.

Leo asintió.

—Es comprensible...

—Así que, durante una temporada, no hice nada. Y luego me sentí tan enferma que no tenía fuerzas —continuó Margo—. Hasta que fui al doctor por lo de las náuseas y me dijo que era síntoma de que el bebé estaba bien... En ese momento, comprendí que era real; que no iba a desaparecer. Y también comprendí que me había negado a enfrentarme a la situación por simple y puro miedo.

Leo frunció el ceño.

—¿Miedo? ¿De que tenías miedo?

—De lo que el futuro pudiera deparar. De cómo saldría adelante. De cuál sería tu reacción cuando lo supieras.

—Y, a pesar de ello, tomaste la decisión de pedirme matrimonio —observó él—. Discúlpame, pero no te entiendo.

Ella tragó saliva.

—Yo crecí sin padre, y no quería lo mismo para mi hijo.

Leo la miró con detenimiento y dijo:

—Ahora que lo pienso, no sé casi nada de tu infancia.

—Es normal. No se puede decir que habláramos mucho durante nuestra...

—¿Aventura? —preguntó él.

—Sí.

Leo no había dejado de masajearle los pies, pero Margo los notó tan fríos como al principio. Quizá porque el recordatorio de su antigua

relación enfatizaba amargamente lo que habían tenido y lo que tenían ahora.

—Entonces, quieres este bebé.

—Así es.

—Debió de ser difícil para ti tomar la decisión, teniendo en cuenta que no querías ser madre.

Ella respiró hondo.

—Lo fue. Tenía miedo de ser madre porque me aterra la idea de amar a alguien y perderlo a continuación —le confesó—. Además, es una responsabilidad tremenda. Seguramente, la mayor que existe.

—¿Y ahora te sientes preparada?

—Si me ayudas, sí.

Leo asintió una vez más.

—Por supuesto que te ayudaré. Saldremos adelante. Juntos.

Margo sonrió, aunque sus ojos se habían llenado de lágrimas. Deseaba creer a Leo. Y casi le había creído.

—Espero que la infusión te ayude a dormir —dijo él, cambiando de tema.

Margo supo que estaba a punto de irse, y se dio cuenta de que no quería que se fuera.

—Leo, yo...

—¿Sí?

—Gracias.

Él, que ya se había levantado, la miró con sorpresa.

—¿Por qué me das las gracias?

—Por haber sido tan amable.

Leo soltó una especie de bufido, cercano a la risa.

—No creo que haya sido precisamente amable contigo, Margo.

—Sé que estabas enfadado. Creías que te había engañado cuando estuvimos juntos, y es posible que lo sigas creyendo... Pero has aceptado mi oferta de matrimonio y me has tratado con consideración. Te lo agradezco mucho.

—No es para tanto.

—Aun así, te lo agradezco.

Leo la miró con si estuviera a punto de decir algo más, algo importante, y Margo contuvo la respiración.

Pero, al final, se limitó a despedirse de ella y a decir, antes de irse:

—Que duermas bien.

Leo estaba tumbado en la cama, mirando el techo. Se había despejado del todo, lo cual no tenía nada de particular. A fin de cuentas, había sido un día lleno de momentos intensos e inquietantes, que habían espoleado su inseguridad.

Si no se andaba con cuidado, se enamoraría de Marguerite. Y se arriesgaría a que le partiera el corazón una vez más.

Margo había roto su relación por algún motivo y, fuera cual fuera, seguía estando allí. Pero aquella noche sabía algo más. Gracias a su conversación, había descubierto la parte vulnerable que se escondía bajo la fachada refinada de una ejecutiva. Se había dado cuenta de que la mujer con quien había mantenido una aventura apasionada, la mujer con quien se iba a casar a la mañana siguiente, albergaba una profunda tristeza.

Los resultados de la prueba de paternidad eran una formalidad perfectamente sobrante. Ya sabía que el bebé era suyo. Y, con un niño y un matrimonio, estaba seguro de que podrían superar sus desavenencias y crear algo juntos; algo que tal vez no se parecería al amor verdadero, pero que podía ser bueno y real.

Justo entonces se acordó de que Margo le había confesado que el matrimonio iba a ser un sacrificio para ella, y se preguntó si sería capaz de construir algo a partir de una base tan endeble.

Había luchado mucho por ganarse la confianza y el afecto de otras personas. De niño, habría hecho cualquier cosa por conseguir que su padre se fijara en él y lo quisiera; pero Evangelos Marakaios solo se preocupaba por su negocio, que pensaba dejar a su hijo mayor, Antonios. Desde su punto de vista, Leo no era más que una molestia; un ser innecesario, del todo irrelevante.

Cuando su padre murió, albergó la esperanza de que su hermano le dejara participar en la dirección de la empresa y formara con él un equipo. Pero Antonios se portó tan mal como su difunto padre y lo mantuvo en puestos sin importancia hasta que, al cabo de un tiempo, le contó el verdadero motivo de su actitud.

Por lo visto, Evangelos había pedido préstamos que no podía devolver y había hecho inversiones ruinosas y frecuentemente ilegales que habían llevado la empresa al borde del desastre total. Antonios lo había guardado en secreto porque Evangelos se lo había pedido en su lecho de muerte; y lo había alejado de la dirección de la empresa porque no quería que se enterara.

Leo se alegró de saber por fin la verdad, pero eso no alivió el dolor acumulado durante tantos años de sentirse rechazado por su padre y por su hermano, por dos de las personas que más quería. Le habían mentido. No habían confiado en él. Y ya no podía creer que lo hubieran querido en algún momento.

Suspiró y cerró los ojos, deseando que el sueño lo alcanzara. Estaba harto de pensar en esas cosas. No tenía ningún sentido. No podía hacer nada salvo seguir adelante, afrontar los problemas cuando surgieran e intentar hacer lo posible para que Margo no le rompiera el corazón.

Su matrimonio sería lo que habían decidido que fuera: un contrato conveniente para los dos, un acuerdo amistoso.

Pero nada más.

Capítulo 7

ERA el día de su boda, pero Margo no se sentía ni radiante ni particularmente contenta. Aún tenía mal aspecto, y su indumentaria no iba a contribuir a mejorarlo. Solo tenía la ropa que había llevado en la maleta, de modo que se vería obligada a casarse con pantalones vaqueros o un vulgar vestido de lana.

Tras recogerse el pelo, salió de la habitación y se dirigió a la cocina. Leo ya estaba allí. Se había tomado la molestia de preparar un desayuno a base de café y tostadas, además de yogur y un poco de fruta.

—Supongo que no tendrás apetito —dijo él, mirando la comida—, pero lo he preparado de todas formas.

Ella suspiró, se sentó y alcanzó el yogur, al que echó una cucharada de miel. Leo se levantó entonces de la mesa y regresó segundos más tarde con una taza de infusión de jengibre.

Margo parpadeó, sorprendida.

—¿De dónde la has sacado?

—Te dejaste la caja en la cocina —contestó—. Y como dices que te sienta bien...

—Sí, es lo único que me sienta bien.

—No, no es lo único. También puedes tomar tostadas —le recordó.

—Ah, es verdad.

Ella probó la infusión y admiró los jardines del edificio, que se veían al otro lado de la ventana. La amabilidad de Leo le ponía los nervios de punta. Casi habría preferido que la tratara con frialdad o desdén. Al menos, no habría despertado emociones que creía superadas. Emociones cálidas, intensas, inquietantes.

—¿Por qué haces eso, Leo?

—¿De qué estás hablando?

—De todo esto... De la comida, de ser tan considerado...

Él sonrió con debilidad.

—¿Es que te disgusta?

—No, pero...

—No quiero que nos estemos peleando todo el tiempo, Margo. No es bueno ni para nosotros ni para el bebé. Y, hablando del bebé, he recibido una llamada de la doctora. Me ha dado el resultado de la prueba de paternidad.

Ella asintió.

—Bueno, ahora ya lo sabes...

—Sé lo que tú has sabido siempre.

—Te dije que no había estado con nadie más.

—Y yo te creí.

Leo no lo dijo con satisfacción, y Margo pensó que quizá le había dolido tanto la verdad como la mentira.

—Nos casaremos en el Ayuntamiento, a las dos en punto de la tarde —dijo él tras una pausa—. Luego volveremos a Villa Marakaios.

—Me parece muy bien.

—Pero necesitamos dos testigos para la ceremonia, así que se lo he pedido a dos trabajadores de nuestra delegación en Antenas.

—Lo comprendo.

A Margo no le importó demasiado. En primer lugar, porque el matrimonio no había estado nunca entre sus sueños y, en segundo, porque siempre había creído que viviría sola. Tan sola como lo había estado desde los doce años, cuando perdió a todo el mundo. Cuando perdió a Annelise.

—¿Tienes algo que ponerte? —preguntó él, mirando su ropa.

—No hay mucho donde elegir... No sabía que nos casaríamos tan pronto, y solo tengo este vestido o los vaqueros.

Él frunció el ceño.

—Entonces, iremos a comprarte algo adecuado.

Margo estuvo a punto de preguntar por qué se molestaba, si solo iba a ser un trámite legal. Sin embargo, no quiso arriesgarse a discutir con Leo y enturbiar el ambiente. Pensándolo bien, su amabilidad era preferible a su frialdad. Aunque le hiciera sentir cosas que no quería sentir.

Hora y media después, estaban paseando por la calle Voukourestiou, abarrotada de boutiques de ropa de diseño. Leo la acompañó al elegante interior de una de ellas, y Margo miró los vestidos con perplejidad. No sabía qué era lo más adecuado, pero pensó que, siendo su matrimonio una especie de acuerdo entre profesionales, una indumentaria profesional sería lo más pertinente. Al final, eligió un traje de color gris pálido y le preguntó:

—¿Te gusta?

Leo arqueó una ceja.

—No creo que sea muy apropiado para una boda...

—Bueno, tampoco se puede decir que sea una boda de verdad.

Él frunció el ceño.

—Por supuesto que lo es. Una boda civil es tan real como cualquier otra clase de boda —le recordó.

Leo señaló un vestido de seda, de color claro.

—¿Qué te parece ese?

Margo lo miró con inseguridad. Era bonito y muy femenino, al

contrario de las prendas que se solía poner. Pero, a pesar de ello, le gustó.

—Está bien. Me lo probaré.

Segundos más tarde, se miró en el espejo de uno de los probadores y se quedó atónita. Le quedaba muy bien, como si estuviera pensado especialmente para ella. El color realzaba el color de su piel y enfatizaba su cabello oscuro y sus ojos.

La dependienta entró al cabo de unos segundos con unos zapatos a juego, de tacón alto. Margo se los probó y decidió que eran perfectos para el vestido.

—¿Y bien? —preguntó Leo desde el exterior.

—Dicen que el novio no debe ver el vestido antes de la ceremonia, pero creo que en este caso no importará.

Al llegar a la caja, Margo se ofreció a pagar la factura, pero Leo sacudió la cabeza y dio su tarjeta de crédito a la dependienta. No era la primera vez que lo hacía. Siempre se empeñaba en pagarlo todo, desde las comidas hasta los hoteles donde se habían alojado durante su tórrida relación.

Sin embargo, aquello era distinto. Ya no eran simples amantes. Se iban a casar, y estaban comprando su vestido de boda.

—Será mejor que volvamos al piso —dijo él mientras recogía la bolsa—. Tienes que descansada para la ceremonia.

Horas después, Margo volvía a estar tan revuelta como de costumbre. Pero esta vez no era por las náuseas, sino por el nerviosismo.

Se había duchado, se había recogido el pelo y se había puesto el vestido y los zapatos de tacón alto. Afortunadamente, la cintura de la prenda era bastante alta, y disimulaba su vientre de embarazada.

—¿Te falta mucho? —preguntó Leo.

Margo se miró al espejo. En menos de sesenta minutos, estaría casada con él. Habría pronunciado sus votos y se habría convertido en su esposa.

—No, ya salgo —contestó.

Al verla, Leo asintió y la miró con una sonrisa.

—Estás preciosa...

Margo pensó que era un cumplido puramente formal, pero se ruborizó de todas formas, y fue más consciente que antes de su cercanía física.

—Tú tampoco estás mal.

Era cierto. Leo se había puesto un traje y una corbata gris que enfatizaban el color plateado de sus ojos, y que se llevaban maravillosamente bien con sus pómulos bien definidos y su cabello

oscuro, peinado hacia atrás.

—Deberíamos ir al Ayuntamiento —dijo él—. Se va a hacer tarde, y tengo mucho trabajo en Villa Marakaios.

Margo asintió. Por muy atractivo que estuviera, su matrimonio seguía siendo un simple acuerdo de conveniencia. Y sería mejor que lo recordara.

—Iré a buscar mi bolso.

El ambiente se cargó de tensión durante el trayecto al Ayuntamiento. Margo sabía que sería una ceremonia corta y sencilla, pero también sabía que implicaba una serie de promesas a Leo, a sí misma y a su bebé. Promesas que pretendía mantener. Promesas que aceleraron su corazón y humedecieron las palmas de sus manos.

Ya no había marcha atrás.

El Ayuntamiento de Atenas era un edificio impresionante del centro de la ciudad. Pero la ceremonia se llevó a cabo en una sala pequeña del último piso, y sin más presencia que los dos trabajadores de Marakaios Enterprises y el propio juez de paz.

Al final, Leo le puso una alianza de oro blanco, y Margo la miró con sorpresa.

—¿De dónde la has sacado? —preguntó.

—Pedí que me la enviaran...

Margo imaginó que se lo había pedido a su secretaria o algo así, y se sintió profundamente decepcionada. Pero era consciente de que no tenía motivos para estarlo. No se habían casado por amor, y no debía esperar romanticismo alguno.

Sin embargo, eso no impidió que volviera a sentirse mal cuando el juez de paz los declaró marido y mujer y Leo ni siquiera le dio un beso.

Minutos más tarde, salieron del edificio y se subieron al coche. Hacía un día precioso; brillaba el sol, y era el primer día de su matrimonio. Pero ninguno de los dos dijo nada, ni hubo nadie que les deseara un futuro feliz.

Leo condujo en silencio durante casi una hora, sumido en pensamientos que no se atrevía a verbalizar. La ceremonia había sido tan breve y sencilla como esperaba, pero sospechaba que Margo se había llevado una decepción. Y, a decir verdad, él tampoco estaba precisamente contento.

Miró el anillo que le había puesto en el dedo y pensó que por fin estaban casados. Ahora era su marido, y había adquirido toda una serie de responsabilidades en lo tocante a ella y al hijo que estaban esperando; responsabilidades que asumía de buen grado, pero que también podían ser enormemente pesadas. Empezando por la evidente

necesidad de presentar a Margo a sus familiares.

Leo no había sopesado todas las implicaciones de casarse sin avisar a nadie y presentarse de inmediato en Villa Marakaios. En sus prisas por tomar el control de la situación y establecer sus propias normas, no se había planteado que Xanthe y Ava, dos de sus tres hermanas, vivían en la propiedad de la familia, y que se llevarían una buena sorpresa cuando apareciera casado y con una esposa embarazada.

Además, la experiencia de Antonios no era precisamente tranquilizadora. Su hermano mayor había hecho lo mismo que él. Se había casado y se había presentado en Grecia con su flamante esposa, Lindsay, a quien había prometido que todo el mundo estaría encantado con ella. Pero no había sido así. Y eso que Lindsay ni siquiera estaba embarazada.

Preocupado, aferró el volante y lanzó una mirada a Margo.

—Supongo que mis hermanas estarán en casa —dijo.

—¿Hermanas? No sabía que tuvieras hermanas...

—Tengo tres. Y un hermano.

—Ah, sí, ya me habías hablado de Antonios. Era el presidente de la empresa, ¿verdad?

—En efecto —contestó—. Él no estará en la propiedad, pero dos de mis tres hermanas viven allí, y querrán conocerte.

—No lo entiendo... Si viven allí, ¿cómo es posible que no las viera cuando estuvimos?

—Es que se habían ido a ver a Parthenope, mi otra hermana. Vive con su familia, cerca de Patras —explicó.

—¿Parthenope es la madre de Timon?

—Sí.

Margo suspiró.

—¿Y tus padres?

—Me temo que han fallecido.

—Oh, lo siento... ¿Cuándo?

—Mi padre murió hace diez años. Mi madre, hace seis meses.

Ella lo miró con sorpresa.

—¿Hace seis meses? Eso significa que murió cuando tú y yo aún estábamos juntos...

—Así es.

En ese momento, Leo tuvo una revelación.

Margo había estado en lo cierto cuando dijo que su relación no tenía futuro. No se contaban las cosas importantes. Se limitaban a hacer el amor y a vivir un cuento de hadas, sin base real alguna. De hecho, él le había propuesto matrimonio porque lo acababan de nombrar presidente de la empresa y le pareció lo más conveniente. Y ella le había propuesto lo mismo porque se había quedado embarazada.

—Supongo que no se llevarán una alegría… —dijo Margo—. Tendrán que dar la bienvenida a una mujer que no conocen y que está esperando un hijo.

—Puede que no se alegren, aunque seguro que se llevan una sorpresa.

Margo soltó una carcajada.

—Eso es verdad. Pero… ¿saben algo de mí? ¿Saben que fuimos amantes?

Leo sacudió la cabeza, incómodo.

—No. No se lo dije a nadie.

—Y, a pesar de ello, me pediste que me casara contigo…

Él dudó antes de hablar.

—Sí, bueno… Supongo que no te lo esperabas…

—Por supuesto que no —dijo ella—. ¿Por qué me lo pediste, Leo? ¿Por qué te querías casar si no estabas enamorado de mí?

—Porque me pareció que había llegado el momento de sentar cabeza. Me había convertido en presidente de Marakaios Enterprises, y necesitaba un poco de estabilidad. Y como ya estábamos juntos…

—Te pareció lo más conveniente —sentenció.

Leo se encogió de hombros, pero no dijo nada.

—Tiene gracia que, al final, nos hayamos casado por ese mismo motivo —continuó ella—. Por conveniencia.

—En cualquier caso, me aseguraré de que mi familia te acepta como lo que eres, la nueva señora de Villa Marakaios. Y puedes estar segura de que tendrás todo mi apoyo.

—No quiero quitarle el sitio a nadie…

—Margo, ahora eres mi esposa, y tienes un papel que desempeñar.

—Lo sé… —Margo se recostó en el asiento y cerró los ojos—. Lo sé, Leo, e intentaré estar a la altura de mis responsabilidades. Pero concédeme un poco de tiempo, por favor.

Él asintió y cambió de conversación.

—¿Qué me dices de tu familia? ¿Hay alguien a quien debas avisar?

—No, no hay nadie.

—¿Tus padres? ¿Quizá tu madre…?

—No la he visto desde que tenía doce años.

—¿En serio?

—Sí.

Leo frunció el ceño.

—¿Por qué no?

Esta vez fue ella quien se encogió de hombros.

—Porque no se puede decir que fuera una buena madre.

Era evidente que Margo no tenía ganas de hablar de su familia, así que Leo decidió no presionarla. Al fin y al cabo, ya había tenido bastantes emociones en un solo día.

—Lo siento mucho, Margo.

—Y yo —dijo, visiblemente emocionada.

Leo consideró la posibilidad de detener el coche en el arcén y tomarla entre sus brazos, para hacer que se sintiera mejor; pero ella recobró la compostura y lo miró como si no hubiera pasado nada.

El resto del viaje transcurrió en silencio. Y, por fin, llegaron a Amfissa.

Capítulo 8

MARGO intentó relajarse mientras avanzaban por el camino que llevaba a Villa Marakaios. Obviamente, no era su primera visita. Ya había estado dos días antes, con el coche que alquiló en el aeropuerto; pero entonces no vio una casa que iba a ser su hogar, sino la mansión de otra persona.

Momentos después, Leo detuvo el coche en el vado. Ella echó un vistazo a su alrededor y contempló el resto de los edificios. La propiedad de los Marakaios no era una finca normal y corriente, sino una especie de localidad pequeña.

—¿Qué son esos edificios? —se interesó.

—Las oficinas de la empresa, los domicilios de los trabajadores, la casita de invitados y el chalet donde yo vivía antes de que me mudara a la mansión.

—¿Y cuándo te mudaste?

—Cuando me convertí en presidente.

Ella asintió.

—Nunca me has dicho por qué dimitió tu hermano...

—Porque se quería dedicar a otras cosas.

La contestación de Leo fue tan brusca y lacónica que Margo sospechó que había algo más. Por lo visto, desconocía muchas cosas del hombre que se había convertido en su marido. Sabía muy poco de su vida y de su familia.

Justo en ese momento vio que dos mujeres altas, morenas e increíblemente atractivas salían de la mansión. Margo supo que eran dos de las hermanas de Leo, y se sintió intimidada al instante.

Las mujeres se abalanzaron sobre su hermano en cuanto bajaron del coche. Mientras ellos hablaban en griego, Margo se dijo que sería mejor que aprendiera el idioma del país. Además de ser evidentemente útil, le serviría para entretenerse un poco durante los largos días del embarazo.

Y entonces, las hermanas de Leo la vieron.

—*Kalispera*... —dijo Margo, forzando una sonrisa.

Una de ellas le empezó a hablar en griego, a toda velocidad. Leo alzó una mano para interrumpirla y dijo:

—Habla en su idioma, Xanthe. Mi esposa todavía no habla el nuestro.

Xanthe se quedó boquiabierta.

—¿Tu esposa?

—Sí, mi esposa. Nos hemos casado hoy y, como ves, estamos esperando un hijo —Leo pasó un brazo alrededor de la cintura de Margo—. Xanthe, Ava... os presento a Margo Ferrars, que se acaba de convertir en Margo Marakaios.

Margo volvió a sonreír.

—Encantada de conoceros... —dijo.

Las hermanas de Leo guardaron silencio, pero ella no se lo tomó en consideración. Se habían quedado tan pasmadas con la noticia que no sabían qué decir.

—Bueno, ¿qué os parece si entramos en la casa? —preguntó él.

María los recibió en el vestíbulo y, tras intercambiar unas palabras con ella, Leo se giró hacia Margo y declaró:

—Como ya sabes, el ama de llaves tampoco habla tu idioma. Pero le he dicho que nos acabamos de casar.

Margo asintió. Estaba cansada y abrumada por las circunstancias, y no se sentía con fuerzas para afrontar una velada con tantos desconocidos. A fin de cuentas, había sido un día largo y difícil.

—Leo, me gustaría descansar un poco.

Solo eran las siete de la tarde, y Margo sabía que retirarse a descansar en ese momento no era una actitud precisamente educada. Pero necesitaba recuperarse. Ya tendría ocasión al día siguiente de ser la esposa perfecta.

—Sí, por supuesto. Te enseñaré tu suite.

Leo la llevó por un corredor y la invitó a entrar en una sala grande y suntuosa, decorada con tonos azules y marfil.

—Ya hemos llegado. Como ves, tiene un salón, un dormitorio y un cuarto de baño para ti sola —le informó.

Margo comprendió que no se iba a alojar en las mismas habitaciones que Leo, y no supo qué pensar.

—Gracias...

—Si quieres alguna cosa, díselo a María. Y si necesitas algo durante la noche, dímelo a mí... Duermo en la habitación contigua.

A ella se le hizo un nudo en la garganta. Era su noche de bodas; pero, a pesar de ello, iban a dormir separados.

—No te preocupes por mí. Estaré bien.

Leo se marchó entonces, y Margo se sentó en la cama y se llevó las manos a la cabeza. Se sentía más sola y aislada que nunca; lo cual era mucho decir, teniendo en cuenta que había estado sola durante casi toda su vida.

Echaba de menos su piso de París, su pequeño y cálido refugio, lleno de muebles familiares. Echaba de menos su vida anterior, el trabajo que le había dado tantas alegrías y a sus escasos amigos, empezando por Sophie.

Al pensar en ella, se dijo que debía llamarla por teléfono e informarla de lo que había pasado. Pero sabía que su amiga se preocuparía mucho, y no tenía ganas de dar explicaciones, así que tomó la decisión de descansar y, con un poco de suerte, de dormir.

Su noche de bodas iba a ser una noche como todas las demás. Solo esperaba que, al día siguiente, cuando abriera los ojos, las cosas le parecerían menos lúgubres.

Leo estaba en su habitación, mirando por la ventana. Sus hermanas lo habían sometido a un verdadero interrogatorio. Querían saber desde cuándo conocía a Margo y por qué se había casado con ella.

Como no les podía decir la verdad, se limitó a responder que se habían casado porque estaban esperando un hijo, lo cual lo llevó a un callejón sin salida. Xanthe alegó que eso era absurdo, que el mundo había cambiado y que la gente ya no estaba obligada a casarse en esas circunstancias. Leo lo sabía de sobra, y no tuvo más remedio que mentir con el argumento de que se habían casado porque él era un hombre chapado a la antigua.

Pero no era cierto. Y tampoco lo era que se hubiera casado con Margo porque estaba embarazada.

Ya no se engañaba a sí mismo. Se había casado con ella porque quería casarse con ella.

La deseaba tanto como el primer día, o quizá más. Y, sin embargo, estaba desaprovechando miserablemente su noche de bodas. En lugar de estar con ella y de volver a sentir su maravilloso cuerpo, estaba en su habitación con un vaso de whisky en la mano.

Leo se maldijo para sus adentros y se terminó el whisky. Sabía que iba a ser una noche muy larga.

A la mañana siguiente, Margo se despertó con un peso enorme sobre los hombros. Ya no había escapatoria posible. Tenía que ver a las hermanas de Leo y conocer a la plantilla de Villa Marakaios.

Resignada, se sentó en la cama, esperó a que pasara su mareo matinal y se levantó. No ardía precisamente en deseos de afrontar sus responsabilidades, pero se había visto en situaciones más comprometidas y las había superado. Además, estaba en su nuevo hogar. Y, por muy insegura que se sintiera, debía aceptarlo de una vez.

Se duchó, se puso un jersey y unos vaqueros y se dirigió a las escaleras.

Mientras bajaba, oyó las voces de las hermanas de Leo, que aparentemente estaban en el comedor. Hablaban en griego, pero no

necesitaba entender su idioma para saber que hablaban de ella. Se notaba en la tensión y hasta en el enfado de su tono.

Al llegar al umbral, respiró hondo y entró.

—*Kalimera*... —dijo.

Sus conocimientos de griego se limitaban a saludar y a dar las gracias, pero Margo esperaba que sirviera para demostrar que estaba dispuesta a aprender.

Xanthe y Ava sonrieron en silencio mientras ella se sentaba enfrente de Leo y se ponía la servilleta sobre un muslo. En la mesa había un servicio de café y otro de té, además del habitual surtido de yogur, frutas y bollería.

—Buenos días —dijo Leo—. ¿Has dormido bien?

Margo notó la extrañeza de sus hermanas. La pregunta de Leo solo tenía sentido si no habían dormido juntos, y debían de preguntarse por qué.

Leo se dio cuenta entonces, y se puso tenso al instante.

—Sí, muy bien, gracias.

—Se me ha ocurrido que podría enseñarte la finca cuando terminemos de desayunar —declaró él—. Si ya has recobrado fuerzas, por supuesto...

—Oh, sí, me encantaría.

Hablaban como si fueran dos desconocidos, manteniendo las formas. Pero Margo supuso que Leo lo hacía a propósito. Si su matrimonio era un simple acuerdo, no le importaría que sus hermanas lo supieran.

—Leo no nos ha hablado mucho de ti —dijo Xanthe al cabo de unos segundos de silencio incómodo—. ¿Dónde os conocisteis?

—En París. Yo vivía allí.

Xanthe sonrió.

—¿En París? ¡Adoro esa ciudad! Supongo que te habrá costado abandonarla...

—Sí, un poco, pero ahora tengo otras cosas en las que pensar.

Margo se llevó una mano al vientre, gesto que puso fin a la conversación de un modo tan eficaz como no premeditado. Xanthe y Ava se excusaron minutos después y la dejaron a solas con Leo.

—Siento que las cosas estén un poco tensas —dijo él—. Pero te aceptarán con el tiempo.

—Sí, es posible. Aunque tampoco importa mucho.

—Claro que importa. Esta es tu casa, y mi familia es tu familia —replicó—. Quiero que formes parte de Villa Marakaios, y que te sientas bien aquí.

—Lo sé —dijo ella, jugueteando con una raja de melón—. No te preocupes por mí. Respetaré nuestro acuerdo.

Para sorpresa de Margo, él se levantó, dejó su servilleta en la mesa y

dijo, tenso:

—No quiero hablar de acuerdos matrimoniales. Cuando estés preparada, házmelo saber y te enseñaré la propiedad. Estaré en mi despacho.

Margo no supo por qué le había molestado tanto su comentario, pero suspiró y comió un poco mientras se preparaba para afrontar el largo día que tenía por delante. Luego, salió del comedor y se dirigió a buscar a Leo.

Lamentablemente, no recordaba dónde estaba el despacho. Tuvo que dar muchas vueltas y abrir muchas puertas antes de dar con la adecuada. Y, cuando por fin entró, descubrió a Leo con el ceño fruncido y el cabello revuelto, como si se hubiera pasado las manos por la cabeza.

—¿Has comido algo? —preguntó él.

—Sí, un poco.

Leo la miró con más calidez.

—Las cosas mejorarán, Margo. Te lo aseguro.

—Eso espero, aunque a veces no sé lo que quieres... Antes, cuando te he dicho que respetaría nuestro acuerdo, has reaccionado como si te hubiera ofendido. Sin embargo, fuiste tú quien puso las cosas en esos términos.

—Lo sé.

Margo creyó que iba a decir algo más, que le daría algún tipo de explicación. Pero él no añadió nada.

—Solo quiero que nos entendamos, Leo —prosiguió ella—. Quiero saber que pisamos el mismo terreno.

—Bueno, sospecho que tardaremos un poco en saber de qué está hecho ese terreno. Pero, entre tanto, nos podemos encargar de los asuntos más prácticos... Necesitarás ropa y otras cosas. Las podemos comprar por Internet, o ir a Amfissa.

—Me gustaría recuperar lo que he dejado en París. Además, quiero hablar con la gente del trabajo y poner en venta el piso.

—No es necesario que lo vendas. Yo me puedo encargar de los gastos y, por otra parte, estaría bien que tuviéramos una casa en París.

Ella parpadeó, sorprendida por su generosidad.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto que sí —contestó—. ¿Por qué te extraña tanto? Nuestro matrimonio no tiene por qué ser un sacrificio permanente.

—No pretendía insinuar que...

—¿Ah, no? —la interrumpió, levantándose del sillón—. Pues cualquiera lo diría... Y, sinceramente, no entiendo tu actitud. Nos llevamos muy bien durante dos años. Aunque es posible que te libraras de mí porque ya estabas harta de verme.

—Eso no es verdad, Leo. Comprendo que estés enfadado conmigo,

pero…

—Yo no estoy enfadado.

—Oh, vamos, no me vengas con esas. A veces tengo la sensación de que me estás castigando todo el tiempo por haberte rechazado en París.

—No te estoy castigando, Margo. Ya no. Admito que lo hice al principio, cuando pensaba que me habías dejado por otro… Pero las cosas han cambiado. Tenemos que seguir adelante, y hacer que este matrimonio merezca la pena.

—¿Y cómo lo vamos a conseguir?

Leo se puso su chaqueta.

—Aún no lo sé, pero estoy convencido de que encontraremos el modo —respondió—. Y ahora, te enseñaré el resto de la propiedad.

Margo lo siguió a través de una serie de salas a cual más elegante. Pasaron por un salón grande y otro más pequeño; cruzaron el comedor donde habían desayunado y otro bastante menos formal. La mansión era sencillamente gigantesca. Tenía sala de música, una biblioteca y hasta una segunda cocina que utilizaban cuando daban fiestas o recepciones.

—¿Qué esperas exactamente de mí? —preguntó ella en determinado momento.

Leo frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—A mis responsabilidades. Dijiste que ahora soy la señora de la casa…

—Sí, pero solo pretendía ser un halago y un reconocimiento de tu posición. No espero que tengas ninguna responsabilidad.

Ella se quedó confundida.

—No te entiendo…

—¿Qué hay que entender? Nos hemos casado. Ahora eres mi esposa.

—¿Y qué significa eso, concretamente?

Él suspiró.

—Significa que puedes hacer lo que te venga en gana. Si quieres dirigir la casa y organizar las comidas con María, eres libre de hacerlo. Si la quieres redecorar, la puedes redecorar. Eres completamente libre.

—Ah…

Margo no supo qué decir, y se mantuvo en silencio durante los minutos siguientes. Pero aún tenía bastantes dudas, así que empezó por sus hermanas.

—¿Xanthe y Ava comen siempre en la mansión? Es decir… ¿tendremos que comer con ellas todos los días?

—No, van y vienen. Ninguna de las dos trabaja, aunque Xanthe echa una mano de vez en cuando en Marakaios Enterprises. En cuanto a Ava, viaja a Atenas con frecuencia. Sospecho que está saliendo con

alguien, aunque no suelta prenda al respecto.

Margo comprendió que las iba a ver muy a menudo, y la perspectiva le resultó tan inquietante que se estremeció.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Leo.

—Sí, no te preocupes... De hecho, estoy algo mejor que ayer. Pero tenías razón con lo que dijiste antes. Necesito ropa y otras cosas.

—Te llevaré esta tarde a Amfissa —anunció— y, si necesitas lo que tienes en París, haz una lista y me encargaré de que te lo traigan.

—De acuerdo.

Leo la acompañó entonces al piso superior, donde le enseñó las habitaciones de sus hermanas y una salita pequeña.

—¿Te gusta? He pensado que sería ideal para nuestro hijo.

Ella miró la estancia, decorada en todos verdes y blancos.

—Obviamente, puedes cambiar toda la decoración —continuó él—. Me pregunto si será niño o niña... ¿Tú no sientes curiosidad?

—Sí, por supuesto, aunque no me he atrevido a preguntármelo.

—¿Y eso? —dijo, extrañado.

—De momento, me contento con asegurarme de que el bebé se encuentra bien. Pero si quieres que salgamos de dudas...

Él asintió.

—Creo que sí. De ese modo, estaríamos mejor preparados. Y sería hasta un poco más real, ¿no crees?

—Sí, supongo.

—La doctora Tallos me recomendó un obstetra de la zona. Recuerda que tienen que hacerte otra ecografía dentro de tres semanas.

—Justo antes de Navidad...

Margo bajó la cabeza, nuevamente abrumada por la perspectiva de ser madre. Leo lo notó y, tras ponerle una mano en la mejilla, la miró a los ojos.

—¿Qué pasa?

—Nada. No me pasa nada —mintió.

—Pareces asustada.

Ella intentó sonreír.

—Es que... no quiero que le pase algo malo al bebé.

—¿Y por qué le iba a pasar algo malo?

Margo no le quiso decir que ya había perdido a una niña. Era demasiado doloroso. Un buen día, su Annelise de ojos negros y mejillas sonrosadas dejó de respirar. Y ella se sumió en un pozo de amargura.

—¿Margo? ¿Qué ocurre? —preguntó Leo, alarmado.

Ella dio un paso atrás.

—Nada —insistió, intentando fingirse tranquila—. Es que voy a ser madre. Es lógico que esté nerviosa.

Leo frunció el ceño. Evidentemente, no lo había conseguido



engañar.

Capítulo 9

UNA semana después, Margo empezó a pensar que Leo y ella estaban pisando el mismo terreno. Las cosas se habían asentado en una especie de rutina: él trabajaba casi todo el día y ella se dejaba llevar. Pero, de momento, no le importaba demasiado. Ya tenía bastantes problemas con las náuseas y el cansancio.

Con el transcurso de los días, las molestias se volvieron más llevaderas y Margo supo que debía hacer algo con su vida, encontrar algún propósito.

Xanthe y Ava se mostraban más amables, lo cual contribuía a facilitarle las cosas. Además, le habían llevado sus pertenencias de París, incluyendo algunos cuadros, objetos decorativos y muchos de sus libros, que había puesto en la suite para darle un aire más personal. Pero aún se sentía ajena a Villa Marakaios. Como si estuviera a la deriva en un mar completamente desconocido.

Sin embargo, la vida seguía adelante. Y ella también debía seguir.

Una tarde, se dirigió a Amfissa y se dedicó pasear y a ver tiendas. No hizo nada más. Entró en un establecimiento de muebles para niños, miró las cunas y los cochecitos de bebé y, al cabo de un rato, volvió al coche y regresó a la mansión. Pero, justo cuando acababa de aparcar, Leo salió de la casa, caminó hacia el vehículo a toda prisa y abrió la portezuela.

—¿Dónde estabas? —preguntó con urgencia.

—En Amfissa. Se lo dije a María…

Él frunció el ceño.

—¿Has ido sola?

Margo suspiró.

—Por Dios, Leo… Soy una mujer adulta.

—Una mujer adulta que está embarazada.

—El embarazo no es una enfermedad —alegó.

—Puede que no, pero sufres náuseas matinales y te mareas con frecuencia. Imagina que te hubiera pasado algo…

Margo no había considerado la posibilidad de que le pudiera ocurrir nada malo, y se puso tensa. Cuando por fin conseguía relajarse un poco, él le recordaba sus peores temores.

—No me puedo quedar en la casa, Leo. Me siento como la pobre Rapunzel, encerrada en su torre… Si no salgo de vez en cuando, me volveré loca.

—¿Como Rapunzel? —preguntó Leo, sonriendo de oreja a oreja—. Vaya, qué idea más curiosa...

Margo le devolvió la sonrisa.

—Me siento exactamente así. Y ni siquiera tengo una tonelada de cabello rubio para compensar —bromeó.

—Tu pelo no tiene nada de malo. A mí me parece precioso.

Margo se sintió tan halagada que no supo qué decir.

—Me encantaba mirarte por la noche, cuando te quitabas las horquillas —prosiguió él.

Ella se acordó de aquellos momentos de intimidad en habitaciones de hotel, cuando se soltaba el pelo y se preparaba para la larga noche de amor que tenían por delante.

Tenía la sensación de que había pasado un siglo desde entonces, pero seguía siendo tan real que recordaba hasta los detalles más pequeños.

—Comprendo que tengas que salir. Sin embargo, habrá que hacer algo con tu teléfono móvil... Aquí no funciona, y no me puedo poner en contacto contigo.

—En ese caso, me compraré uno. Pero no puedo ser una especie de prisionera.

—Ni yo quiero que lo seas. Encargaré un móvil nuevo hoy mismo. Tendría que haberlo pensado antes... Lo siento.

Ella asintió.

—Ah, he pensado que podríamos organizar una fiesta —añadió Leo —. Ya sabes, para darte la bienvenida de forma oficial y presentarte a los vecinos y amigos. Pero solo si te sientes con fuerzas, claro.

—No te preocupes por eso. Me siento mucho mejor. Estaré encantada.

Margo fue completamente sincera con él. Con un poco de suerte, la fiesta serviría para romper el hielo y empezar a sentirse parte de aquella comunidad.

Para sorpresa de Margo, Xanthe y Ava se mostraron entusiasmadas con la fiesta. Fijaron un día, se pusieron en contacto con una empresa de restauración y enviaron invitaciones a diestro y siniestro.

Incluso se la llevaron de compras.

Al principio, Margo se resistió. La idea de tener a las dos mujeres a su lado, revoloteando como mariposas, era de lo más alarmante. Pero las hermanas de Leo insistieron y, al final, no tuvo más remedio que acompañarlas a Amfissa.

—Todavía no es necesario que lleves ropa de embarazada —comentó Ava, mirando su estómago—. ¿De cuánto estás?

—Algo más de dieciocho semanas...

—Pues nadie imaginaría que esperas un hijo —intervino Xanthe—. Eres tan esbelta… ¿Es que no comes nunca?

Margo se encogió de hombros.

—Últimamente, no como demasiado.

Justo entonces, se acordó de los malvaviscos que llevaba en el bolso y sonrió. Eran su pequeño secreto. Un secreto que solo conocía Leo.

—Qué curioso —dijo Ava—. Acabas de sonreír como un gato satisfecho…

—Es que me he acordado de una cosa. No es nada importante.

Las dos hermanas la miraron con curiosidad, pero no se interesaron al respecto. En cambio, Xanthe hizo una pregunta que incomodó inmediatamente a Margo.

—¿Qué está pasando entre Leo y tú?

—¿A qué te refieres?

—Bueno, es evidente que habéis estado juntos… De lo contrario, no podrías estar embarazada de él —observó—. Pero también es evidente que ahora no…

Xanthe dejó la frase sin terminar, y Margo soltó un suspiró. Sabía que las intenciones de las dos hermanas eran buenas, y pensó que merecían algún tipo de explicación.

—Salimos juntos durante algún tiempo, pero las cosas se empezaron a enfriar, por así decirlo. Y luego, descubrí que me había quedado embarazada.

—¿Por accidente? —preguntó Xanthe.

Ava bufó y dijo, con ironía:

—Pues claro. Por supuesto que fue un accidente… ¿Y qué hiciste al saberlo, Margo? ¿Se lo dijiste a Leo?

—Sí. Yo no tenía intención de tener hijos, pero…

—¿Por qué no? —se interesó Xanthe.

Margo dudó antes de responder. No les podía decir que le daba pánico la idea de quedarse embarazada y perder el bebé, así que solo les dijo la mitad de la verdad:

—Porque estaba centrada en mi trabajo.

—Pues ahora tienes todo el tiempo del mundo —dijo Ava—. ¿Y qué mejor manera de aprovecharlo que ir de tiendas y comprar vestidos?

Margo pasó una tarde de lo más agradable con las dos hermanas. Xanthe tenía la manía de meter las narices en todo, y Ava era bastante brusca y algo mandona. Pero resultaban muy divertidas, y se notaba que la querían de verdad.

Por primera vez, se empezó a sentirse parte de una familia. Una sensación que no había tenido desde su infancia.

Al final, todas estuvieron de acuerdo en que se comprara un vestido de color magenta que disimulaba perfectamente su embarazo y enfatizaba sus rasgos y el color de sus ojos y su cabello.

—Sencillo, elegante y sexy —dijo Ava, satisfecha—. Es perfecto. Estoy segura de que a Leo le encantará.

Margo se dio cuenta entonces de que quería que a Leo le gustara. Quería que la volviera a desear.

Era un sentimiento peligroso, pero estaba tan contenta que no lo pensó mucho. Al fin y al cabo, se trataba de su marido. ¿Qué había de malo en que deseara estar atractiva para él? ¿Qué había de malo en gustarle?

La noche de la fiesta, se miró en el espejo de su dormitorio y se preguntó qué pensaría Leo cuando la viera con aquel vestido. Se había recogido el pelo en un moño, pero dejando algunos mechones sueltos. Y había tenido especial cuidado con el maquillaje, desde rímel que enfatizaba sus ojos hasta el rojo carmín que decoraba sus labios.

La imagen que vio le pareció muy cercana a la de la mujer que había sido, la antigua Margo de zapatos de tacón de aguja y ropa de diseño. Pero se sentía diferente. Su cara era más redonda y su embarazo, más visible. Y ya no estaba tan tensa como antes.

Por lo visto, vivir en Grecia le estaba sentando bien. La había suavizado un poco. Había eliminado parte del sentimiento de soledad que la había perseguido toda su vida.

Momentos después, oyó que Leo llamaba a la puerta que comunicaba sus dormitorios. Él la usaba de vez en cuando, para darle las buenas noches o comentar algún asunto de importancia; pero siempre llamaba antes.

Margo carraspeó y dijo:

—¿Sí?

—¿Ya estás...?

En lugar de responder, Margo abrió la puerta del cuarto de baño y salió.

Leo estaba tan guapo que la dejó sin aliento. Era la primera vez que lo veía con esmoquin, y la elegancia de la prenda, combinada con su piel morena, su cabello de color azabache y las duras y contundentes líneas de su mandíbula hicieron que deseara alzar una mano y acariciarlo.

Pero, por muy intenso que fuera aquel anhelo, palideció ante la mirada que Leo le dedicó. Había tanto deseo en sus ojos que se sintió como si ardiera por dentro.

—Vaya... Iba a preguntar si estabas preparada, pero es evidente que sí. Estás impresionante, Margo. Absolutamente impresionante.

Ella se ruborizó.

—Gracias. Tú también...

Leo sonrió de forma seductora y Margo notó que el ambiente se cargaba de tensión. Pero esta vez no era una tensión mala, sino buena. Tensión sexual.

—¿Nos vamos? —preguntó él.

Leo le ofreció una mano y ella la aceptó, encantada.

Llevaban dos semanas de casados, pero casi no habían tenido ningún contacto físico. Y, al sentir sus dedos, Margo se excitó un poco.

Leo la sacó de la suite y la llevó escaleras abajo hasta el vestíbulo, donde los empleados de la empresa de restauración se dedicaban a servir bebidas y canapés. Al ver a tanta gente, la excitación de Margo se convirtió en nerviosismo. Pero Leo, que se dio cuenta, le apretó suavemente la mano.

—Ánimo —dijo con dulzura—. Estás tan bella como arrebatadora.

Ella lo miró, sorprendida por su tono. Era evidente que lo decía con sinceridad, y se preguntó qué había pasado entre ellos para que se comportara de ese modo. Ya no parecían un par de desconocidos.

Lamentablemente, no tuvo ocasión de interrogarlo al respecto. Antes de que se diera cuenta de lo que pasaba, se encontró entre la multitud y no tuvo más opción que interpretar el papel de anfitriona. Había pasado mucho tiempo desde la última vez, pero se sentía tan guapa como elegante y, además, contaba con el apoyo de Leo, que no se separó de su lado.

De repente, él alzó su copa de champán y propuso un brindis a los invitados. Un brindis que la hizo sentirse aún mejor.

—Por mi maravillosa esposa. Espero que aprendáis a quererla y respetarla tanto como la quiero y respeto yo.

Margo sonrió y brindó con él, aunque se había quedado atónita.

¿Quererla? ¿Sería verdad que la quería?

Tras pensarlo unos momentos, llegó a la conclusión de que solo eran palabras bonitas, sin otra intención. Pero, por primera vez, se planteó la posibilidad de que se enamoraran. Y le encantó.

Naturalmente, sabía que era una posibilidad bastante remota. Incluso en el caso de que estuviera dispuesta a enamorarse de él, incluso en el caso de que se atreviera a correr ese riesgo, no había ninguna garantía de que Leo se enamorara de ella.

Sin embargo, habían llegado a un grado de complicidad que facilitaba mucho las cosas. Era agradable, sin llegar a ser peligroso. Y no quería nada más.

Hacia el final de la velada, los zapatos de aguja le estaban haciendo tanto daño que ardía en deseos de quitárselos de una vez. Afortunadamente, Leo lo debió de notar, porque le pasó un brazo alrededor de la cintura y dijo:

—Pareces cansada. ¿Qué tal si nos retiramos?

—No quiero parecer grosera...

—Los griegos adoran las fiestas. Se quedarían hasta el amanecer si no los echo a patadas —bromeó.

Ella sonrió y se apoyó ligeramente en su brazo. Fue un gesto casi

imperceptible, pero suficiente para que se sintiera segura y querida.

—¿Los vas a echar personalmente?

—No, dejaré ese placer a los empleados —contestó—. Yo prefiero acompañarte.

Para sorpresa de Margo, Leo no la dejó en la entrada de su suite, como tenía por costumbre. Pero no se dio cuenta de inmediato, y ya se estaba quitando las horquillas del pelo cuando vio que la había acompañado al interior.

Nerviosa, bajó los brazos. Y se quedó helada al oír el súbito tono ronco de su voz.

—No pares —dijo.

Margo se acordó de que a Leo le encantaba mirarla mientras se quitaba las horquillas, y fue una sensación tan íntima que casi resultó erótica.

Cuando ya había terminado de quitárselas, se sacudió el pelo. Lo tenía tan largo que casi le llegaba a la cintura. Y los ojos de Leo brillaron con tal hambre que el corazón de Margo se aceleró.

—Margo...

Ella notó algo extraño y se llevó una mano al vientre. Suponía que serían los nervios, pero se dio cuenta de que era otra cosa.

—Oh...

—¿Qué ocurre? —preguntó Leo, preocupado—. ¿Qué te pasa?

—Creo que...

—¿Sí?

—Creo que acabo de sentir una patada.

—¿En serio? —preguntó él con incredulidad.

Margo rio.

—¡Sí! ¡Acabo de sentir otra! Dios mío, qué sensación más extraña... Ahora ya creo que llevo una persona dentro de mí.

Leo soltó una carcajada.

—¿Me permites? —le preguntó.

—Por supuesto...

Él le puso una mano en el vientre.

—Espera un poco —dijo ella.

Leo tuvo que esperar un rato, pero la patada llegó.

—¡Dios mío! ¡Lo he sentido! ¡Una patadita!

Ella lo miró con una sonrisa de oreja a oreja. Sin embargo, la sonrisa se apagó en sus labios cuando vio que la jubilosa incredulidad de Leo se había transformado en algo distinto.

Entonces, él alzó una mano, le acarició el cabello y cerró los dedos sobre su nuca, con suavidad. Luego, la abrazó, inclinó la cabeza y la besó con suma dulzura. Pero no se detuvo ahí. En lugar de esperar la respuesta de Margo, asaltó su boca y la tomó con pasión mientras se apretaba un poco más contra ella.

Margo se dejó llevar sin resistencia alguna. Cerró las manos sobre las solapas de su esmoquin y respondió a su pasión con deseo desbordante.

Y entonces, justo entonces, el bebé volvió a pegar una patada.

Ella se detuvo de inmediato, sorprendida con lo que estaban haciendo y con lo que pasaba en su interior. Leo dio un paso atrás y la miró de forma tan extraña que Margo sospechó que los dos estaban pensando lo mismo: que se habían casado solo por eso. Solo porque se había quedado embarazada.

El silencio posterior fue tan incómodo que Margo busco algo que decir, cualquier cosa que lo rompiera. Sin embargo, estaba tan confundida que no se le ocurría nada.

Al final, fue él quien los sacó del punto muerto. Y lo hizo con dos sencillas palabras:

—Buenas noches.

Leo dio media vuelta y desapareció por la puerta que comunicaba sus dormitorios.

Margo se quedó en el centro de la habitación, con una mano en el vientre y otra en los labios que su esposo acababa de besar.

Capítulo 10

LEO estaba caminando de un lado a otro, ansioso por volver a besar a Margo, ansioso por tomarla de nuevo.

Había estado a punto de conseguirlo. Pero ella se había detenido y, al notarlo, Leo llegó a la conclusión de que lo estaba rechazando. No podía saber que la reacción de Margo no tenía nada que ver con eso.

Al cabo de unos minutos, suspiró, se sentó en la cama y se llevó las manos a la cabeza. La deseaba tanto que consideró la posibilidad de abrir la puerta de nuevo y ejercer sus derechos como marido. Se habían casado, tanto si a Margo le gustaba como si no. Y no había ninguna razón por la que no pudieran disfrutar el uno del otro.

Pero no lo hizo. No se acostaría con Margo hasta que ella se lo pidiera. Y tendría que ser muy convincente.

¿Cómo era posible que la noche hubiera terminado así? Todo había salido a pedir de boca. Margo había estado magnífica en su papel de señora de la casa. Había vuelto a ser la mujer refinada y elegante que era en París. Y cuando sintió la patadita del bebé, Leo tuvo la sensación más maravillosa que había tenido en toda su vida.

El beso solo había sido una continuación natural de aquel momento mágico. No se habría podido refrenar aunque hubiera querido, y no había querido.

Pero ¿qué había salido mal? ¿Qué había asustado a Margo?

Leo se acordó entonces del brindis que había hecho durante la fiesta y pensó que quizá se había asustado por sus palabras. A fin de cuentas, había dicho que la quería. Y se suponía que el amor no tenía nada que ver con su relación.

¿Habría sido por eso?

En cualquier caso, eso no le preocupó tanto como la posibilidad de que esas palabras hubieran sido sinceras. Las había pronunciado sin darse cuenta, sin ser demasiado consciente de lo que hacía. Y, sin embargo, podía ser verdad.

Leo sacudió la cabeza y se dijo que no era posible. Ya lo habían rechazado demasiadas veces a lo largo de su vida. No necesitaba que Margo se sumara otra vez a la lista que encabezaban Antonios y su difunto padre. Sobre todo, cuando le había dejado bien claro que no se había casado con él por amor.

Sería mejor que lo tuviera presente. Margo solo quería un hogar estable para su hijo. Lo mismo que él.

Margo dudó al llegar al comedor, donde ya habían servido el desayuno. Leo notó su inseguridad y se obligó a mostrarse amable. Habían desayunado juntos todos los días, y aquella mañana no iba a ser diferente a las demás.

Tras levantarse y servirle una infusión de jengibre, la miró a los ojos y dijo:

—Buenos días. ¿Has descansado bien?

—Sí, gracias.

Margo se sentó al otro lado de la larga mesa. Leo la observó con más detenimiento y vio que estaba más pálida que de costumbre.

—¿Seguro que has dormido bien?

Ella sonrió con debilidad.

—A decir verdad, no mucho.

—Lo siento —dijo él mientras le daba la taza de infusión—. Habrá sido por la fiesta. Siempre cuesta dormir después de algo así.

—No, no ha sido por la fiesta, Leo.

Él se sentó y la volvió a mirar.

—Entonces, ¿por qué?

—Por el beso.

Leo pensó en lo que había pasado, y su libido se despertó al instante. Pero habló con suma tranquilidad.

—Fuiste tú quien se detuvo —le recordó.

—No fui yo, sino tú.

—No te escudes tras lo obvio, Margo. Es verdad que dejé de besarte, pero solo porque noté tu renuencia.

Margo apartó la mirada.

—Lo sé.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó él, aunque no estaba seguro de querer saberlo—. No fue porque no lo desearas... Noté tu deseo, Margo. Era más que evidente.

—Sí, eso también lo sé —dijo con suavidad—. Pienses lo que pienses de mí, no he dejado nunca de desearte.

—Sí, ya —dijo con ironía—. Soy consciente de que no tienes problemas con el deseo. Los tienes con el amor.

—¿Con el amor? —preguntó ella, desconcertada—. Pero si tú no me amas...

—No, claro que no —dijo él, incómodo—. De hecho, ni siquiera sé por qué estamos hablando de esto.

—Porque los dos queremos que esta relación salga adelante. Y porque no estoy segura de que sea capaz de soportarla si nos comportamos como un par de desconocidos o, peor aún, como simples socios.

—Pues parece que lo sobrellevas bien…

—Es posible. Pero anoche, cuando sentí la patadita del bebé, me di cuenta de que es verdad que vamos a ser padres —Margo soltó una risita nerviosa—. Bueno, es evidente que ya lo sabía, pero me pareció mucho más real… Tendremos un niño o una niña y tendremos que quererlo en cualquier caso.

—¿Qué pretendes decir?

—Que no sé si nuestro acuerdo será una buena base para criar a un niño —contestó—. No sé si servirá para que tengamos una familia o, por lo menos, la clase de familia que siempre he deseado.

Leo la miró fijamente.

—Fuiste tú quien dijo que este matrimonio es un sacrificio.

Margo asintió.

—Sí, pero solo lo dije porque sabía que seguías enfadado conmigo. Y es lógico que lo estuvieras, teniendo en cuenta que te convencí de que me había ido con otro.

—¿Por qué hiciste eso, Margo? —preguntó él con dureza—. ¿Por qué mentiste de un modo tan despreciable?

—Ya te lo he dicho. Porque era la única forma de conseguir que te marcharas.

—Ah, sí, es verdad, ya me lo habías dicho —ironizó—. Pero ¿por qué tenías tantas ganas de que me fuera?

Ella no respondió, y Leo la miró de forma extraña.

—Comprendo —se limitó a decir.

Luego, se hizo un largo e incómodo silencio.

Margo había bajado a desayunar con intención de hablar con Leo y de cambiar los términos de su relación. No sabía exactamente lo que quería, pero sabía que no quería que su matrimonio fuera un simple acuerdo entre dos adultos. Se parecía demasiado a un negocio, y estaba cansada de tener que andar con pies de plomo.

Pero ¿cuál era la alternativa? ¿Cómo poner el corazón en ello, y quizás el alma, sin arriesgarse a perderlo todo?

No se había atrevido a confesarle que el miedo era la razón que la había empujado a rechazarlo en París. Su vida era una historia de pérdidas. Annelise, su madre y los padres adoptivos que se la habían quitado de encima porque no era lo que esperaban. Y ya no soportaba la pérdida. No quería arriesgarse a sufrir otra decepción.

Pero su negativa a contestar la pregunta de Leo los había arrojado a un silencio cargado de tensión. Él se había encerrado sobre sí mismo, y se dedicaba a leer el periódico con expresión distante.

—¿Qué vas a hacer hoy? —le preguntó, intentando romper el hielo.

—Trabajar, como siempre.

—Tengo que ir a París en algún momento. Es importante que hable con mis antiguos jefes de Achat.

Él se encogió de hombros.

—Si te encuentras bien, no veo por qué no puedes ir —dijo con desinterés.

Margo se sintió culpable. Había entrado en el comedor con idea de mejorar las cosas entre ellos, y solo las había empeorado.

—Me has enseñado la mansión, pero no he visto el resto de la propiedad... Y tampoco he visto los olivares. ¿Me los podrías enseñar?

Leo alzó la cabeza y entrecerró los ojos. Margo no estaba segura de que fuera a aceptar su rama de olivo, pero la aceptó.

—Sí, por supuesto —dijo—. Te los enseñaré después de comer.

Margo se preparó con tanto cuidado como si, en lugar de ir a ver unos olivares, se tratara de una primera cita con un hombre. Aunque no tenía mucha experiencia al respecto. Sus relaciones anteriores a Leo habían sido tan cortas e insatisfactorias que llegó a preguntarse si estaba hecha para el amor.

Faltaban dos semanas para la Navidad y, como hacía frío, Margo se puso los vaqueros. Pero no se pudo subir completamente la cremallera y, por supuesto, tampoco se pudo cerrar el botón. Por suerte, tenía un abrigo de cachemira que le llegaba a las rodillas y ocultaba el humillante problema.

Se dejó el pelo suelto, se puso carmín en los labios y se pintó la raya de los ojos. No quería estar excesivamente maquillada, pero tampoco quería pasar desapercibida.

Por desgracia, Leo ni siquiera le dirigió la palabra cuando se encontraron en el vestíbulo; y Margo se llevó una decepción, aunque sabía que su aspecto no era el más apropiado para recibir halagos de un hombre.

Momentos después, salieron al exterior. Leo la llevó por un camino que pasaba junto a las oficinas de Marakaios Enterprises y, acto seguido, abrió una verja de hierro forjado.

—Es invierno, y me temo que no hay mucho que ver en los olivares —dijo él—. Los árboles están desnudos. No empezarán a florecer hasta marzo.

—Bueno, quiero verlos de todas formas. A fin de cuentas, este es mi hogar. Y no sé absolutamente nada de olivos ni de aceite de oliva.

—No es necesario que aprendas...

—Pero quiero aprender, Leo. Me dijiste que quieres que forme parte de las cosas. Y quiero formar parte de ellas.

Él se limitó a mirarla, y ella decidió cambiar de estrategia.

—Háblame de tu infancia. ¿Jugabas al escondite entre los olivos?

—Sí, claro. Pasé toda mi infancia en este lugar...

—¿Y te gustaba?

Leo asintió.

—Desde luego que sí. Adoraba los árboles, sus flores de primavera, su aroma en verano, los matices del aceite... Puede que te parezca ridículo, pero lo adoraba.

Margo frunció el ceño. Leo estaba siendo sincero y, sin embargo, había un fondo de amargura en su voz.

—En ese caso, es una suerte que te dediques al negocio del aceite de oliva...

—Lo es.

—Pero tengo la sensación de que no me lo estás contando todo.

—¿A qué te refieres?

Ella se encogió de hombros. Tenía miedo de preguntar, pero quería saber más cosas de su esposo.

—No sé... —dijo—. Cuando has dicho que lo adorabas, había un fondo de tristeza en tu voz. Casi de rabia.

Leo guardó silencio. Durante unos segundos, el único sonido que se oía era el viento en las ramas de los árboles.

—Supongo que yo soy así. O que lo era. Pero creo que lo estoy superando.

Él no dijo nada más, pero Margo se dio cuenta de que estaba haciendo un verdadero esfuerzo por explicarse.

—¿Por qué, Leo? ¿Qué te pasó?

Leo suspiró.

—Es complicado. Asuntos de familia.

—Cuéntamelo.

Él dudo y dijo:

—Mi abuelo creó este negocio a partir de la nada. Se dedicaba a recoger basuras, pero ahorró unos cuantos dracmas, compró un terreno pequeño y lo sacó adelante con suerte y trabajo. A su muerte, mi padre se hizo cargo de la empresa; y, cuando mi padre falleció...

—Te hiciste cargo tú.

—Sí, pero no fue tan fácil.

—¿Te refieres a tu hermano?

La expresión de Leo se volvió sombría.

—En efecto. Antonios siempre había sido el favorito de mi padre. Era su hijo mayor, y supongo que era lógico hasta cierto punto.

—Los padres deben ser cuidadosos con eso de los favoritismos —observó ella—. Si tenemos más de un hijo, los trataremos a todos por igual.

Él la miró con interés.

—¿Quieres tener más de uno?

Ella tragó saliva. En realidad, no se lo había planteado.

—Sinceramente, no lo sé…

Leo asintió y apartó la mirada.

—Sea como sea, Antonios era el favorito de mi padre. Yo no lo aceptaba, y hacía lo posible por ganarme su afecto y su confianza.

Él se detuvo, y ella sintió el deseo de abrazarlo. Pero supo que, si lo tocaba en ese momento, reaccionaría mal.

—Es una historia larga —continuó él—. Pero, en resumen, no lo llegué a conseguir. Sufrió un infarto, llamó a Antonios y le dijo la verdad sobre Marakaios Enterprises. Como ya sabes, mi padre había tomado una serie de decisiones altamente dudosas que pusieron la empresa al borde de la quiebra. Estuvimos a punto de perderlo todo. Y le hizo prometer a Antonios que no se lo contaría a nadie. Ni siquiera a mí.

—Y no te lo contó.

Leo sacudió la cabeza.

—Lo guardó en secreto durante años. Me mantuvo en la ignorancia, condenado a sacar todo tipo de conclusiones equivocadas sobre su actitud. Ni siquiera sé por qué me sorprendió tanto la verdad. Si mi padre no había confiado en mí, ¿por qué había de confiar mi hermano?

—Bueno, tu hermano estaba en una posición muy difícil…

—Mi hermano tampoco confió en mí —insistió—. No me dijo nada hasta que perdí la paciencia con él. Y, a pesar de eso, creo que solo me lo contó porque Lindsay, su esposa, estaba harta del mal ambiente que se respiraba en la familia.

—Pero ya se ha arreglado todo, ¿verdad?

Leo se encogió de hombros.

—Supongo que nos llevamos mejor… Antonios me dejó la presidencia de Marakaios Enterprises, y ahora lleva la sección de inversiones.

—¿Y cómo estás ahora? ¿Eres más feliz?

Leo apartó la mirada.

—No lo sé —le confesó—. No lo sé…

Ninguno de los dos dijo nada durante los minutos siguientes. Se limitaron a seguir caminando. Pero no era un silencio incómodo, y Margo tuvo la extraña sensación de que, cuando llegaran a los olivares, todo cambiaría para mejor.

Justo entonces, tropezó en una raíz y salió disparada hacia delante. Durante un par de segundos, fue como si el tiempo se hubiera congelado. Se vio cayendo en cámara lenta y, aunque tuvo ocasión de poner las manos, se dio un buen golpe en el vientre.

Aún perpleja, se incorporó a duras penas y se quedó sentada en el suelo.

—Margo…

Leo se puso de cuclillas.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, creo que sí…

Ella se llevó una mano al vientre, esperando sentir una tranquilizadora patada. Leo se había quedado completamente pálido.

—¿Qué ocurre, Margo?

—Yo…

Leo no perdió el tiempo. Sacó el teléfono móvil y marcó el número de urgencias.

Aún no había empezado a hablar cuando Margo sintió algo húmedo y cálido entre los muslos. Y, al bajar la mirada, vio un reguero de sangre que avanzaba sobre la tierra.

Capítulo 11

MARGO soltó un grito que desgarró el corazón de Leo.

—¡No...! ¡No, Dios mío, no...!

—¿Urgencias? Necesitamos una ambulancia en Villa Marakaios. Dense prisa, por favor... —rogó él por teléfono.

Momentos después, Leo se guardó el móvil y se giró hacia Margo, que estaba temblando de terror.

—Respira hondo —le ordenó—. Tranquila... Todo saldrá bien.

Ella respiró hondo varias veces, hasta que por fin pudo volver a hablar.

—No me mientas, Leo. No te atrevas a mentirme. Esto no va a terminar bien.

—Que estés sangrando no significa que el bebé...

Margo sacudió la cabeza. Había empezado a llorar.

—No es posible. No me puede pasar a mí... No otra vez...

Leo frunció el ceño, y estuvo a punto de preguntar a qué se refería. Pero no le pareció adecuado en esas circunstancias.

—La ambulancia llegará dentro de pocos minutos. Te sacaré del olivar, porque tendrían dificultades para sacarte de aquí.

Él la tomó en sus brazos y la llevó hasta el vado de la mansión, intentando no dar importancia a la sangre que le caía por los pantalones y le manchaba la piel.

Acababan de llegar cuando la ambulancia apareció en el camino y frenó en seco. Leo se acercó a toda prisa, en compañía de María y de sus dos hermanas, que habían salido de la casa al oír las sirenas.

—¡Leo! —exclamó Xanthe—. ¿Qué ha pasado?

Mientras los enfermeros se encargaban de Margo, él contestó:

—Te lo contaré luego. Te llamaré por teléfono.

Leo se subió a la ambulancia y permaneció junto a su esposa mientras los enfermeros la examinaban. Uno de ellos le preguntó por lo sucedido; pero Margo no se encontraba en condiciones de hablar, y Leo se lo explicó tan bien como pudo.

La media hora siguiente transcurrió entre el viaje al hospital de Amfissa y el traslado de Margo a una de las salas. Leo no se apartó de ella en ningún momento. La intentaba animar, restando importancia al asunto, aunque estaba verdaderamente preocupado por la salud del bebé.

Por fin, apareció un médico que se acercó a Margo a toda prisa.

—Empezaremos por una ecografía —les informó—. Necesito saber el alcance de los daños.

Durante varios minutos, el médico se dedicó a explorar en silencio. Margo ni siquiera se atrevía a mirar la pantalla de la máquina de ultrasonidos. Seguía llorando, y las lágrimas descendían lentamente por sus mejillas.

—Bueno, ya está... —dijo el médico en griego.

—¿Qué ocurre, doctor? —preguntó Leo.

—Nada grave. Solo ha sido una placenta previa parcial.

El médico le explicó que la placenta cubría el cuello uterino y esto se había agravado como consecuencia de la caída, lo cual había causado la hemorragia. Pero añadió que no era un problema demasiado relevante.

Leo se giró entonces hacia ella y dijo:

—El bebé está bien...

Margo parpadeó, sin decir nada.

—Nuestro hijo está bien —insistió Leo.

El doctor sonrió y subió el volumen de la máquina para que pudieran oír los latidos del corazón del bebé, tan rítmicos y fuertes como de costumbre. Leo pensó que Margo se sentiría aliviada y que reiría de felicidad, pero se puso a temblar como una hoja.

Desconsolado, le pasó los brazos alrededor del cuerpo y dejó que llorara en su hombro. El médico apagó la máquina, limpió la crema que había puesto a Margo en el vientre y declaró, mirando a Leo:

—Tendrá que quedarse esta noche, en observación. Mañana le haremos más pruebas, para asegurarnos de que todo está bien.

Al cabo de un rato, Margo dejó de llorar y se tranquilizó. Un enfermera entró en la sala y empujó la camilla hasta una de las habitaciones del hospital, donde pidió a Margo que se quitara la ropa y se pusiera una bata.

Mientras tanto, Leo llamó por teléfono a sus hermanas y les contó lo sucedido. Cuando volvió a la habitación, Margo estaba tumbada en la cama.

—Él médico ha dicho que tienes placenta previa parcial. Me ha dado todo tipo de detalles, pero el lenguaje médico es tan incomprensible que no me he enterado de gran cosa —admitió—. Buscaré un doctor que hable tu idioma, para que te lo explique.

—No es necesario. Sé lo que significa.

Él se sentó a su lado y la tomó de la mano.

—Lo importante es que el bebé se encuentra bien.

—Sí. Por ahora.

Margo se mordió el labio, y los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas.

—No hay motivo para tener miedo —dijo él.

—Claro que lo hay.
Leo arqueó una ceja.
—¿A qué te refieres?
Margo no contestó.
—¿Qué es lo que no me estás diciendo?
Ella sacudió la cabeza.
—Olvídalo. No importa.
—¿Que no importa...?
—No es nada. Es que... Tengo miedo. Siempre he tenido miedo —contestó—. Por eso no quería tener hijos.
Leo se quedó completamente confundido, y escudriñó sus ojos intentando encontrar una respuesta a sus dudas. Siempre le había parecido una mujer valiente, que no tenía miedo de nada. Era una de las muchas cosas que le gustaban de ella. Iba de un lado a otro con sus largas piernas, sus zapatos de tacón alto y sus vestidos elegantes, aparentemente inmune a todo lo demás.
Pero quizá no era tan inmune como le había parecido en París. Quizá no era tan segura. Quizá guardaba secretos que él desconocía.
—No tengas miedo, preciosa.
Leo le volvió a apretar la mano, pero ella la apartó y él se quedó tan frustrado como en tantas otras ocasiones. Una vez más, Margo se cerraba sobre sí misma y lo excluía. Una vez más, Margo lo rechazaba.
Se levantó de la cama a regañadientes y preguntó:
—¿Necesitas algo? ¿Quieres que te traiga algo de beber o de comer? Si quieres, puedo ir a buscar ropa o un pijama...
Ella sacudió la cabeza.
—No, gracias. No es necesario.
Leo odió que se mostrara tan distante y formal. Paradójicamente, se estaba comportando como él mismo había querido hasta aquella misma mañana; pero las cosas habían cambiado. Todo había cambiado tras la conversación del olivar y lo que sucedió después. Y también Margo había cambiado, aunque no en el sentido que él deseaba.
Por su actitud, supo que estaba esperando a que se fuera. Sin embargo, Leo no la podía dejar solas en esas circunstancias, así que se acercó a una de las sillas y se sentó.
Ninguno de los dos volvió a hablar. Y, al cabo de un rato, Margo se quedó dormida.

Margo sintió pánico cuando se despertó y vio que la habitación estaba a oscuras. Había tenido una pesadilla sobre Annelise, y estaba tan alterada que se sentó en la cama y se llevó una mano al vientre, temiéndose lo peor.
—Leo...

—Estoy aquí.

Ella no lo podía ver, pero sintió que se acercaba y sintió sus dedos cuando los cerró sobre su mano.

—He tenido un sueño espantoso. Ha sido horrible.

—No es nada, Margo. Solo ha sido eso, un mal sueño... Pero todo va a salir bien. El bebé se encuentra bien.

Ella asintió con desesperación, queriendo creer que estaba en lo cierto. Por desgracia, su pesadilla no había sido un simple sueño. Había sido tristemente real. Un recuerdo del peor día de su vida.

Sin embargo, Leo no lo podía saber. Porque ella no se lo había contado.

—No me dejes —le rogó.

—No te dejaré.

Margo necesitaba sentir un poco de calor, así que dijo:

—¿Me puedes abrazar?

—Por supuesto.

Leo se incorporó, apartó la sábana, se quitó los zapatos y, tras tumbarse en la cama junto a ella, la abrazó con delicadeza.

Margo se apretó contra él, cerró los ojos y hundió la cara en su cuello, aspirando su reconfortante aroma. Necesitaba a Leo. Lo necesitaba más de lo que estaba dispuesta a aceptar. Y así, acurrucada entre sus brazos, completamente inmóvil mientras él le acariciaba el pelo, se fue tranquilizando poco a poco.

Leo no dijo nada, y Margo se sintió culpable por no habérselo contado todo. Había estado a su lado desde el mismo momento del accidente. No se había apartado de ella. No había flaqueado. Le había ofrecido su apoyo incondicional.

Estaba tan cómoda que debió de quedarse dormida en algún momento, porque el sol ya iluminaba la habitación cuando volvió a abrir los ojos.

Leo seguía en la cama, vestido; aunque se había desabrochado la camisa y quitado la corbata. Era obvio que no se había cambiado de ropa desde el día anterior y, por el aspecto de su cara, también estaba claro que no se había afeitado.

Momentos después, la puerta se abrió y apareció una enfermera.

—Es hora de examinarla —dijo.

Margo la miró con sorpresa.

—Vaya, habla mi idioma...

—Sí. El señor Marakaios nos dijo que no entiende el griego, así me han enviado a mí —explicó la mujer.

Leo se despertó y se sentó mientras la enfermera tomaba la temperatura y la tensión a Margo. No se sentía muy bien. Al fin y al cabo, había dormido en una cama de hospital; y completamente vestido.

—¿Te encuentras bien? —preguntó a Margo.
Ella asintió.
—Sí...
Leo sonrió a su esposa y salió de la habitación con intención de tomarse un café y afeitarse en alguna parte.
—El médico vendrá dentro de poco —dijo la enfermera a Margo—. Pero, antes, le serviremos el desayuno.
La enfermera ya se había marchado cuando Leo volvió a la habitación con dos tazas; una de café y otra de infusión de jengibre.
—¿Dónde la has conseguido? —preguntó Margo, mirando la infusión.
—Siempre llevo algunas bolsitas encima. Por si acaso.
—No puedo creer que seas tan atento...
Leo rio.
—¿Por qué no? ¿Es que te sorprende?
—Por supuesto que me sorprende —respondió—. No me he cruzado con muchas personas que me traten con tanta delicadeza.
Leo frunció el ceño, y Margo apartó la mirada. No estaba preparada para decirle nada más, aunque era consciente de que su esposo querría respuestas en algún momento, y de que ella se las tendría que dar.
Poco después, apareció otra mujer con el desayuno. Y, minutos más tarde, llegó una doctora que le hizo una nueva ecografía.
Mientras le estaba pasando el aparato, Margo sintió una patadita.
—¡Se está moviendo! —exclamó, encantada—. No había notado nada desde que me caí...
—Es obvio que su bebé tiene mucho carácter —dijo la doctora con humor.
—¿Está bien?
—Sí, está perfectamente. Tendremos que hacerle más pruebas dentro de unos días, pero no hay motivo para que permanezca en el hospital —contestó la doctora con una sonrisa—. Se puede ir cuando quiera.
Margo no necesitó que se lo dijera dos veces. Y, cuando y se había vestido y subido al coche para volver a Villa Marakaios, Leo se giró hacia ella y dijo, muy serio:
—Tenemos que hablar.
Ella se puso tensa al instante.
—Sé que me estás guardando algún tipo de secreto —insistió él.
—No tiene importancia —afirmó Margo.
—Por supuesto que la tiene —replicó—. Si no la tuviera, no habrías estado tan asustada en el hospital.
—Es lógico que estuviera asustada —se defendió—. Tenía miedo de perder mi bebé.
—Nuestro bebé —puntualizó Leo.

Ella se limitó a morderse el labio.

—No me expulses de tu vida, Margo. Ni de la vida del niño.

Margo se giró hacia la ventanilla y guardó silencio. Un silencio que duró hasta que llegaron a la propiedad de los Marakaios.

Capítulo 12

AL llegar a la mansión, Leo ayudó a Margo a salir del coche y la tomó del brazo. Xanthe, Ava y María se reunieron con ellos en el vestíbulo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Ava con ansiedad.

—Sí, perfectamente...

—¿Y el bebé?

—No le ha pasado nada.

—Menos mal...

—Será mejor que lleve a Margo a su habitación —intervino Leo—. Ha sido una noche increíblemente larga, y ninguno de los dos hemos dormido demasiado.

A decir verdad, Margo había dormido mejor que en muchos meses, arropada por los brazos de Leo; pero daba por sentado que él no lo había pasado tan bien, teniendo en cuenta que apenas cabía en la estrecha cama y que, además, estaba vestido.

Subieron al primer piso y, cuando Margo entró en su dormitorio, soltó un suspiro de alivio. Ardía en deseos de meterse en la enorme cama y de quedarse en ella, por muy bien que hubiera dormido.

—Necesito ducharme y cambiarme —dijo Leo—, y supongo que tú también te querrás refrescar. Hablaremos después.

—Estoy muy cansada, Leo...

—Tendrás tiempo de sobra para descansar —replicó él, implacable —. No voy a permitir que me sigas dando largas.

Leo la miró como si quisiera decir algo más, pero dio media vuelta y salió de la habitación.

Margo se metió entonces en el cuarto de baño y abrió el grifo de la ducha. Mientras el agua caía sobre su cuerpo, imaginó que Leo estaba con ella. Se habían duchado juntos en muchas ocasiones, pero tenía la sensación de que había pasado un siglo desde la última vez. Y ya no se sentía la misma.

En algún momento, había perdido la máscara de mujer despreocupada y se había transformado en otra persona. Pero se alegraba de ello, porque solo había sido eso, una máscara; un truco que utilizaba porque no se atrevía a ser nada más ni a buscar nada profundo o duradero en sus relaciones personales.

Sin embargo, ahora tenía un problema. En cuestión de minutos, Leo exigiría las respuestas que no le había dado; y no tenía más remedio que ser sincera con él. Se lo merecía.

Cuando terminó de ducharse, se puso una sudadera y unos pantalones de chándal y se sentó junto al balcón que daba a los jardines de la mansión. Leo llamó a la puerta poco después, la abrió y miró a Margo. Tenía el pelo mojado como si acabara de salir de la ducha, y se había puesto una camisa de color gris y unos vaqueros que se ajustaban perfectamente a sus duras y musculosas piernas.

Durante unos momentos, nadie dijo nada. Entonces, Margo abrió la boca y dijo, sin más:

—No soy quien crees que soy.

—¿Y por quién crees que te he tomado?

—Por la mujer que conociste en un bar. Por una mujer segura, sexy y con glamur —respondió ella—. Puede que suene un poco arrogante, pero es cierto. Eso es lo que pretendía ser. Lo que intentaba parecer.

—¿Y quién eres entonces?

Ella lo miró a los ojos.

—Un rata callejera de Marsella.

Él no pareció sorprendido en modo alguno.

—¿Y que pasó para que una rata marsellesa terminara convertida en una ejecutiva de París?

Margo se encogió de hombros.

—No lo sé. Supongo que fue cuestión de suerte y de trabajo duro —dijo—. Pero siempre me he sentido esa rata callejera.

—Eso no significa que lo seas, Margo —alegó él—. No creo que nadie sea como la imagen que ofrece al mundo.

Ella se fingió sorprendida.

—¿Insinúas que no eres un ejecutivo arrogante todo el tiempo?

Él sonrió.

—Bueno, obviamente yo soy la excepción a la norma.

Margo soltó una carcajada y sacudió la cabeza.

—Oh, Leo, si supieras la infancia que tuve...

—Pues háblame de ella.

Ella soltó un suspiró.

—Mi metáfora de la rata no es una exageración. Soy una chica de barrio que tuvo la mala suerte de tener una madre drogadicta. Y la droga la controlaba por completo.

—Lo siento mucho, Margo.

—Y yo. No imaginas cuánto.

—¿No podía cuidar de ti? —preguntó.

—Lo intentaba, aunque no se le daba muy bien... Supongo que, al principio, cuando aún no había caído en la adicción, fue una buena madre. Al menos, consiguió sacarme adelante. Pero todo cambió cuando mi padre la abandonó. Por entonces, yo solo tenía cuatro años... Apenas lo recuerdo.

—Debió de ser muy duro.

—Lo fue.
—¿Y qué pasó luego?
—Buenos, digamos que mi madre se dejó llevar.
Margo prefirió no darle demasiadas explicaciones, porque había sido una época verdaderamente triste. A veces estaba con su madre y, a veces, en hospicios que no siempre eran muy recomendables. Pero, al final, siempre acababa de vuelta con ella. Y ella siempre le prometía que dejaría las drogas. Y siempre las dejaba, durante unas cuantas semanas.
Durante esos periodos, su vida era relativamente normal. En más de una ocasión, llegó a creer que su madre había cambiado y que todo iría mejor en lo sucesivo. Pero luego volvía del colegio y la encontraba inconsciente o fuera de sí.
El ciclo se repitió una y otra vez. Hasta que llegó Annelise.
Pero no quería hablar de Annelise.
—Cuéntame más, Margo. Si no podía cuidar de ti, ¿cómo sobreviviste?
Ella se encogió de hombros.
—Como podía. Pasé de hospicio en hospicio y de familia de acogida en familia de acogida. Hasta que tuve la edad suficiente para cuidar de mí misma.
—¿Cuántos años tenías entonces? —preguntó en voz baja.
—Siete u ocho. Aprendí a cocinar, y me las arreglaba bastante bien.
Él sacudió la cabeza.
—Oh, Margo... ¿Por qué no me lo habías dicho?
—Porque no me gusta hablar de mi infancia. Fue demasiado difícil. Y, de todas formas, tú y no nunca tuvimos una relación que me animara a contarte estas cosas.
Leo la tomó de la mano.
—Pero ahora la tenemos, ¿no?
A ella se le encogió el corazón.
—No lo sé.
Leo la miró con intensidad y, tras unos segundos, dijo:
—Cuéntame más cosas.
—No sé qué quieres que te diga. Podría entrar en detalles, pero estoy seguro de que te lo puedes imaginar. No fue agradable.
—Ya lo supongo. Pero hay algo más, ¿verdad? Algo que no me has dicho.
—Sí.
—¿Y qué es?
Ella respiró hondo.
—Cuando yo tenía once años, mi madre tuvo una niña. Se llamaba Annelise.
—¿Se llamaba? —preguntó él, frunciendo el ceño—. ¿Qué le pasó?

—Que murió.
—Oh, lo siento…
Margo cerró los ojos e intentó no imaginar la preciosa cara que tenía cuando descansaba en la cuna o se giraba hacia ella y sonreía.
—Mi madre tuvo suerte de que no se la quitaran cuando nació. Teniendo en cuenta su historial, habría sido lo más lógico… Pero las autoridades se despreocuparon, y yo pensé que todo iba a salir bien —le explicó—. Mi madre estaba en una fase buena. Parecía que había superado su adicción.
—Y no la había superado…
—No, por supuesto que no. Esas cosas no se superan con tanta facilidad. Pero se encontraba bastante recuperada, y me pareció capaz de cuidar de mi hermanita. Por lo menos, durante una temporada.
—¿Una temporada?
—Eso me temo. Perdió el interés, y la dejó de lado. Sin embargo, a mí no me preocupaba mucho. Annelise me tenía a mí, y me encantaba cuidarla.
—Pero tú tenías que ir al colegio.
Ella sonrió.
—No… Abandoné el colegio. Lo hice por su bien. Les dije que nos íbamos a mudar a otra casa, y nadie se tomó la molestia de comprobarlo. Las autoridades no se suelen preocupar por esas cosas.
—Así que te quedaste en casa y cuidaste de tu hermana.
—En efecto.
—¿Y de dónde sacabas el dinero?
—Bueno, recibíamos un pequeño subsidio del Estado, y mi madre…
Margo no terminó la frase. No se atrevía a decir que su madre se prostituía para pagarse las drogas. Pero Leo lo adivinó y dijo con caballerosidad:
—Encontró la forma, por así decirlo.
—Sí, por así decirlo.
Él asintió.
—¿Y qué pasó después?
—Que me convertí en la madre de Annelise —contestó—. Yo lo hacía todo. Me encargaba de todas sus necesidades.
—Pero no salió bien, claro…
—No.
Margo bajó la mirada. Habían pasado diecisiete años desde entonces, y le dolía tanto como el primer día.
—¿Cómo murió?
—Fue un catarro. Un simple catarro… —Margo derramó una lágrima solitaria—. Al principio, solo tenía un poco de fiebre. Le di un analgésico infantil y la acosté en mi cama, pero su fiebre empeoró y me asusté mucho… Sabía que, si la llevaba a un hospital y se

enteraban de su situación, me la quitarían; así que me limité a bajarle la temperatura con agua fría y a darle otro analgésico.

Leo guardó silencio.

—Luego, cuando empezó a sufrir convulsiones, comprendí que teníamos que llevarla a urgencias. Se lo dije a mi madre, pero estaba tan dopada que ni siquiera se enteró, así que la llevé yo misma... Desgraciadamente, no pudieron hacer nada. Ya estaba muerta cuando llegué al hospital.

—Oh, Margo...

—Fue culpa mía, Leo. Murió por mi culpa.

Ella nunca había pronunciado esas palabras en voz alta. Y, al pronunciarlas ahora, se sintió tan insoportablemente vacía y llena al mismo tiempo que bajó la cabeza y cerró los ojos, en un esfuerzo por refrenar las lágrimas.

Leo le pasó los brazos alrededor del cuerpo.

—Lo siento muchísimo Margo. Pero no fue culpa tuya... Solo eras una niña. Y ninguna niña debería asumir esa clase de responsabilidades.

—Ya no era tan niña —replicó ella—. Y claro que fue culpa mía. Si hubiera ido antes al hospital, le habrían dado antibióticos y le habría bajado la fiebre. Es posible que las autoridades nos la hubieran quitado, pero estaría viva.

Leo era consciente de que ninguna palabra podía cambiar las cosas, así que se limitó a abrazarla.

Al cabo de unos momentos, preguntó:

—¿Qué pasó después?

—Que volví al circuito de las familias de acogida.

Margo lo dijo con distanciamiento, porque no quería entrar en detalles. No quería hablar de la mujer que la había arrastrado por el pelo hasta el cuarto de baño ni de la familia que la había abandonado delante del ayuntamiento, con la ropa que llevaba puesta y poco más, porque ya no les gustaba.

—Fueron años duros. Echaba de menos a Annelise... La extrañaba tanto que no me portaba muy bien, y me convertí en una adolescente difícil. Pero, a los dieciséis años, empecé a tranquilizarme. Pasé un año entero con la misma familia, y fueron muy buenos conmigo. Me ayudaron a encontrar un trabajo y a salir adelante.

—¿Sigues en contacto con ellos?

—No. No manteníamos ese tipo de relación. Cuidaban de muchos niños como yo, así que estaban muy ocupados. Nos carteamos durante un tiempo, pero... —Margo se encogió de hombros—. De todas formas, les estoy muy agradecida. Y en cuanto a los demás... Bueno, supongo que no tengo derecho a quejarme. Hacían lo que podían. Y yo era una chica muy complicada, difícil de tratar.

—Eras una menor en una situación extraordinariamente dura —observó él.

—Sí, pero era muy madura para mi edad. Había aprendido a serlo, y tendría que haberme portado mejor.

Leo la miró con cariño y dijo:

—¿Por eso tenías tanto miedo de que le pasara algo malo al bebé? ¿Por lo que le pasó a la pobre Annelise?

Ella sintió.

—Sé que no es un miedo racional, pero todas las personas que se han cruzado en mi camino me han dejado en la estacada o han muerto. Y perder a Annelise fue lo peor. No soportaría otra situación así. Sinceramente, no lo soportaría.

—Eso no va a pasar.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Leo le puso una mano en la barbilla y le giró suavemente la cara para que Margo lo mirara a los ojos.

—No puedo estar seguro. Nadie tiene una bola de cristal... Pero créeme cuando te digo que haré todo lo que esté en mi mano, absolutamente todo, para que nuestro hijo crezca sano y a salvo. Yo no te dejaré en la estacada. Te lo prometo.

—Gracias —susurró.

Margo se echó hacia delante, reduciendo el espacio que había entre ellos, y le dio un beso en los labios. Fue poco más que una caricia. No hubo en ello nada sexual, nada romántico; pero, al mismo tiempo, también fue más profundo y cariñoso que un beso de pasión.

—Gracias a ti por habérmelo dicho. Por haber confiado en mí.

—Tendría que habértelo contado antes...

Él sonrió.

—Por usar tus mismas palabras, no teníamos ese tipo de relación.

Margo se preguntó si la tenían ahora, pero guardó silencio.

—En fin, deberías descansar un rato —continuó Leo, que se levantó —. Han sido unos días llenos de emociones...

—Sí.

Margo no estaba cansada y, cuando Leo se marchó, se puso a caminar de un lado a otro, preocupada con la conversación que habían mantenido.

Le había contado muchas cosas. Le había mostrado el fondo de una mujer más difícil y oscura de lo que Leo había imaginado cuando aceptó su oferta de matrimonio. ¿Qué pasaría ahora? ¿Decidiría que era demasiado complicada para él? ¿Que no estaba preparado para enfrentarse a los temores irracionales de una neurótica?

Cansada de formularse preguntas sin respuesta, decidió dejar de pensar y hacer algo práctico. Salió de la suite, entró en la salita que iba a ser la habitación del niño y se dedicó a hacer planes para

cambiar la decoración.

Llevaba varias semanas sin pensar en otra cosa que no fueran Leo y su bebé. Necesitaba recordar que había sido una mujer creativa y trabajadora, y que aún podía dedicar sus fuerzas a objetivos más útiles que lamentarse.

Además, estaba harta de dar vueltas y más vueltas a su doloroso pasado. Quería superar sus temores y construir una buena relación con Leo Marakaios. Una relación de afecto, que mereciera la pena.

Solo tenía que atreverse.

Capítulo 13

DURANTE los días posteriores a su conversación con Margo, Leo se dedicó a pensar en lo que le había dicho y a unir la línea de puntos de la silueta que, hasta entonces, le había parecido un comportamiento inexplicable.

Por fin, empezaba a entender su actitud. Y empezaba a comprender por qué le había pedido matrimonio.

Tras una infancia como la suya, era lógico que Margo quisiera un hogar estable para su hijo. Aunque no estuvieran enamorados. Pero ¿era cierto que no lo estaban? A decir verdad, Leo no lo sabía. La deseaba con locura, y admiraba su carácter y su determinación. Si se dejaba llevar, si levantaba sus defensas y se abría ella, todo era posible.

Sin embargo, no estaba seguro de que lo quisiera. Margo ya lo había rechazado una vez y, aunque ahora comprendiera mejor sus motivos, no ardía precisamente en deseos de que lo volviera a poner en la misma situación.

En cualquier caso, no podía negar que su relación había mejorado mucho. Comían juntos con frecuencia y hablaban sobre todo tipo de cosas, empezando por la redecoración del dormitorio del niño, que Margo se había tomado muy en serio. Poco a poco, estaban recuperando la amistad que habían tenido en París. Pero más profunda y más real.

Una mañana, durante el desayuno, Leo le informó de que Antonios y Lindsay iban a pasar a visitarlos después de Navidad.

—¿Tienes ganas de verlos? —preguntó ella, clavándole sus ojos oscuros.

—Sí, creo que sí.

Leo no había visto a su hermano desde el entierro de su madre. Antonios y Lindsay se habían mudado a Nueva York, y el había estado muy ocupado con la dirección de Marakaios Enterprises. Naturalmente, hablaban por teléfono y se cruzaban mensajes de correo electrónico con frecuencia, pero eso no significaba que sus problemas hubieran desaparecido. Leo ni siquiera sabía si podría estar con él en la misma habitación.

Había demasiadas cosas entre ellos, demasiados recuerdos desagradables.

—Bueno, yo estaré encantada de conocer a más miembros de tu

familia. Por desgracia, no te puedo devolver el favor.

Margo lo dijo con toda tranquilidad, pero Leo notó un fondo de preocupación en sus ojos y supo que lo estaba tanteando. Quería saber cómo se sentía después de conocer su triste historia. Necesitaba saber en qué punto estaban.

—No necesitamos más familia, Margo. Nosotros ya lo somos.

Ella parpadeó varias veces y sonrió, encantada.

—Has dicho algo muy bonito, Leo...

—Es la verdad.

—Pero sigue siendo muy bonito.

Aquella tarde, se fueron a Amfissa para que examinaran nuevamente a Margo. Era la primera vez que iban al hospital desde el accidente en los olivares, y ella estuvo muy nerviosa hasta que vieron la silueta de su bebé en la pantalla del ecógrafo.

—Todo va bien —dijo la doctora, para alivio de los dos—. La placenta está volviendo a su sitio y, con un poco de suerte, será un parto sin complicaciones. Pero estaremos atentos a su evolución. En el peor de los casos, solo tendríamos que hacer una cesárea.

Margo asintió, algo pálida.

—¿Quieren que saber si va a ser niño o niña?

La pregunta de la doctora fue tan súbita e inesperada que los dos se quedaron sin habla.

—Solo lo he dicho porque las parejas suelen sentir curiosidad —continuó la mujer—. Pero si no lo estiman necesario...

Leo miró a Margo y dijo:

—¿Nos lo podría poner por escrito?

—Por supuesto.

—Guárdelo en un sobre, y lo leeremos los dos a la vez.

—El día de Navidad —intervino Margo, sonriendo—. Será una especie de regalo.

Leo le devolvió la sonrisa, encantado con la situación. Volvían a ser cómplices. Y a divertirse juntos.

Margo estaba decidida a que las Navidades fueran maravillosas. Las de su infancia nunca habían sido particularmente felices y, más tarde, cuando se mudó a París, se limitaba a intercambiar regalos con Sophie. Pero esta vez podían ser distintas.

Leo ya le había contado que no eran fechas relevantes en su país. El culto mayoritario en Grecia era el de la Iglesia ortodoxa, y celebraban más la Pascua. Comían con la familia el veinticinco de diciembre y se hacían regalos el día de Reyes; pero, por lo demás, los griegos no le daban importancia.

A pesar de ello, Leo había dicho que aquel año tenían muchas cosas

que celebrar y que, en consecuencia, podían cambiar un poco la tradición.

Y Margo se había mostrado de acuerdo.

Pero celebrar las Navidades no significaba que no pudieran respetar las costumbres griegas, así que habló con el ama de llaves y prepararon dulces típicos como *melomakarona*, una especie de pastelitos con miel y frutos secos y *kourambiedes*, que venían a ser galletas espolvoreadas de azúcar.

En cuanto a Leo, compró un árbol de Navidad y dejó su decoración en manos de Margo, que pidió ayuda a Parthenope y a Timon cuando, poco después, pasaron a verlos. Margo disfrutó mucho con el sobrino de su esposo, y le gustaba pensar que, algún día, podría decorar el árbol con su hijo.

Todo iba tan bien que Margo empezaba a creer en las posibilidades de su relación con Leo. Pero nunca hablaban del futuro ni de lo que sentían el uno por el otro, y ella no tenía el coraje necesario para confesarle que sus sentimientos se acercaban cada vez más al amor. De hecho, ni siquiera se atrevía a decírselo a sí misma. Tenía miedo de que su felicidad saltara en mil pedazos, como siempre.

Sin embargo, tenían muchas cosas que celebrar.

El día de Nochebuena, se fueron a Amfissa y disfrutaron con los festejos de la localidad. Margo descubrió que en Grecia no se cantaban villancicos, sino *kalandas*; pero, a pesar de que no conocía los ritmos ni las letras, se lo pasó en grande.

De noche, Ava y Xanthe se retiraron a sus habitaciones y los dejaron a solas en el salón, junto al árbol de Navidad y el fuego que crepitaba en la chimenea. Entonces, Leo sacó el sobre que llevaba en el bolsillo y dijo:

—¿Lo abrimos?

—Aún no es Navidad —protestó ella.

—Por supuesto que lo es. Pasan varios minutos de la medianoche.

—Bueno, en ese caso...

Leso se sentó en la alfombra, delante del fuego, y la invitó a sentarse a su lado.

—Lo abriremos juntos, y así lo leeremos al mismo tiempo.

—Genial.

Momentos más tarde, descubrieron que el sobre que les había dado la doctora contenía una sencilla nota con solo tres palabras: Es un niño.

—¡Un niño! —repitió Margo, entusiasmada.

Estaba tan contenta que no cabía en sí de la emoción. Se lo había preguntado muchas veces y, ahora que por fin lo sabía, todo le parecía más real y menos real a la vez.

—Un hijo. Vamos a tener un hijo —continuó—. ¿No es maravilloso?

—Y tanto que lo es…
—Casi no puedo creerlo —le confesó.
—A mí me pasa lo mismo —declaró Leo—. Pero… no estarás decepcionada, ¿verdad?
—¿Decepcionada? ¿Por qué iba a estarlo?
—Por Annelise.
Ella sacudió la cabeza.
—No, Leo. Aunque fuera niña, eso no cambiaría las cosas —dijo—. Nadie puede sustituir a Annelise.
—Lo sé, pero tal vez te habrías sentido mejor…
—No, lo prefiero así. Será un principio nuevo. Para todos.
Margo lo dijo con toda sinceridad; y, al ser consciente de lo que implicaba, se estremeció. Leo debió de darse cuenta, porque pronunció su nombre en voz alta y, a continuación, clavó la mirada en sus labios y le dio un beso.
Fue un momento casi perfecto, un momento increíblemente íntimo.
—Te deseo —dijo él—. Te deseo con toda mi alma. Pero si tú no me deseas a mí…
Leo la miró con tanta inseguridad que a ella se le hizo un nudo en la garganta. Luego, alzó una mano, le acarició una mejilla y replicó:
—Yo también te deseo, Leo. No imaginas cuánto.
—Pero ¿podemos…?
—¿Hacer el amor? Sí, claro que sí —contestó ella con una sonrisa—. La doctora dijo que no hay ningún problema. Y además tiene la ventaja de que no tendremos que preocuparnos por los métodos anticonceptivos.
Él soltó una carcajada y la besó de nuevo; pero, esta vez, con pasión.
—¿Prefieres que subamos al dormitorio? —le preguntó.
Margo miró el árbol de Navidad, pasó la vista por las llamas de la chimenea y sacudió la cabeza lentamente.
—No —dijo en voz baja—. Quedémonos aquí.
Iba a ser la noche de bodas que no habían tenido, y Margo no tenía intención alguna de mostrarse tímida. Llevó las manos a su camisa, le desabrochó los botones y se la quitó. Acto seguido, inclinó la cabeza y le besó en el cuello porque necesitaba sentir su piel, tan cálida y suave.
Leo gimió al sentir el contacto de su lengua.
—Si sigues así, terminarás conmigo antes de que empecemos… —le advirtió.
Ella lo miró con picardía.
—¿Y eso es malo?
—Sí, muy malo, porque quiero saborear cada momento.
Leo sonrió y le quitó el vestido de lana que llevaba, dejándola en

ropa interior. Pero Margo no sintió vergüenza, aunque la curva de su estómago le daba un aspecto muy distinto al que había tenido la última vez que estuvieron juntos.

—Eres preciosa, Margo.

—¿Incluso embarazada?

—Sobre todo, embarazada —afirmó—. Llevas un hijo mío, y eso te vuelve irresistible.

Leo le dio un beso en el vientre, le quitó el sostén y las braguitas y la tumbó suavemente en la alfombra. Margo lo miró con deseo y se dejó hacer mientras él le succionaba los pechos y llevaba una mano hacia su pubis.

Momentos después, él descendió y le abrió las piernas. Margo soltó un grito ahogado al sentir su lengua, sin sentirse expuesta en absoluto. Pero no iba a permitir que Leo hiciera todo el trabajo, así que se incorporó lo suficiente, volvió a sonreír y dijo:

—Ahora me toca a mí.

—Si insistes...

Margo asaltó su boca y, cuando ya lo tenía loco de placer, lo despojó de los pantalones y los calzoncillos, cerró las manos sobre su duro sexo y, tras ponerse sobre él, se lo metió en la boca y empezó a chupar.

—Oh, Margo...

Ella estaba cada vez más excitada. Los ojos de Leo ardían de deseo, y avivan el suyo con igual intensidad.

Al cabo de unos instantes, Leo extendió los brazos, cerró las manos sobre sus hombros y la puso a horcajadas. Margo bajó las caderas y soltó un suspiro de alivio que se transformó en un gemido de satisfacción cuando él la penetró y se empezó a mover con un ritmo exquisito, aferrado a su cintura.

El fuego del hogar proyectaba luces y sombras sobre sus cuerpos a medida que se movían, acercándose cada vez más al clímax. La leña crepitaba, las chispas saltaban, y el silencio restante se quebró en mil pedazos con sus gritos de placer.

Por fin, llegaron al orgasmo. Y se quedaron juntos en la alfombra, sin dejarse de abrazar, mientras recobraban el aliento.

—Menos mal que María no ha bajado a por un vaso de leche —dijo Leo.

Margo se puso tensa.

—No me digas que...

Él le dio un beso en la frente.

—Tiene la costumbre de tomarse uno cuando no puede dormir. Pero no es habitual. Y, por otra parte, es obvio que no ha venido. Solo estás tú.

Ella rio.

—Y tú.

—Sí, de eso no cabe duda… —Leo sacudió la cabeza—. Dios mío, cuánto tiempo había pasado…

Margo frunció el ceño. No quería romper la magia del momento, pero necesitaba saber una cosa.

—¿Ha habido alguien más? Desde la última vez que estuvimos juntos, quiero decir.

—No, nadie. Desde que te conocí, tu eres la única mujer de mi vida.

—Y tú, el único hombre de mi vida —le aseguro—. ¿Me crees?

—Por supuesto.

Leo lo dijo con tanta seguridad que ella se relajó al instante. El simple hecho de formular esa pregunta la había puesto nerviosa.

Estuvieron así un buen rato, sin hacer nada salvo disfrutar del contacto de sus cuerpos y del calor de las llamas. Margo se sentía completa y maravillosamente satisfecha. Por fin tenía la relación que deseaba.

Pero no sabía si iba a durar.

Capítulo 14

ANTONIOS y Lindsay llegaron a Villa Marakaios pocos días después de Navidad. Margo se había preparado a conciencia. Estaba ansiosa y a la vez nerviosa ante la perspectiva de conocer al hermano de Leo y a su cuñada. Era importante para los dos.

Su relación se había afianzado mucho durante los últimos días, pero seguía siendo frágil. Aún no habían pronunciado las palabras más importantes. Aún no habían dicho que se querían. Y, por muy bien que fueran las cosas, Margo recaía con demasiada frecuencia en su temor a perderlo todo.

Además, la inminente llegada de Antonios había sumido a Leo en una especie de depresión. Se acostaban cada noche, para alegría y satisfacción de Margo; pero el resto del tiempo, Leo se recluía en su despacho y mantenía las distancias.

Por supuesto, Margo quiso saber lo que le pasaba. Y una noche, después de hacer el amor, se lo preguntó.

—¿Qué te pasa, Leo?

—Nada. No me pasa nada.

—¿Te preocupa la perspectiva de ver a Antonios?

—En absoluto.

—Pero es evidente que te pasa algo. Ya no eres el mismo...

—Olvídalo, Margo. Estoy bien.

Fuera lo que fuera, el reencuentro de los dos hermanos era inevitable. Y, cuando el coche alquilado de Antonios y Lindsay se detuvo en el vado de la mansión, Leo y Margo ya los estaban esperando en la entrada.

Lindsay fue la primera en salir del vehículo. Era una mujer muy bella, de una palidez que le deba un aspecto vagamente etéreo. Leo le había dicho a Margo que sufría de ataques de ansiedad, aunque estaba aprendiendo a sobrellevarlos con la ayuda de su esposo. Aquel detalle hizo que Margo se reafirmara en su pretensión de facilitarle las cosas y de llevarse lo mejor posible con ella, así que la recibió con una gran sonrisa.

—Me alegro mucho de conocerte...

—Y yo de conocerte a ti —dijo Lindsay, que miró a Leo con humor —. Aunque Leo no nos ha contado demasiado de su flamante esposa.

Margo supo que Lindsay no sabía nada de su tumultuosa y complicada relación. Pero, obviamente, no tenía intención alguna de

sacarla de su ignorancia.

—¿Qué os parece si entramos? —sugirió Margo—. Me estoy quedando helada...

Antonios acababa de salir del coche, y Margo notó la tensión que había entre los dos hermanos. Sin embargo, hizo caso omiso y acompañó a Lindsay al interior.

—Vaya, la casa está preciosa... ¿Quién la ha decorado? ¿Tú?

—Sí —contestó Margo con timidez—. Quería darle un aire navideño, así que la he llenado de guirnaldas y esas cosas.

—Pues te ha quedado muy bien. Está mucho más bonito que mi piso... Nunca he tenido talento para la decoración. Lo mío son los números, y poco más.

—Lo dudo mucho.

Leo le había dicho que Lindsay era un genio de las Matemáticas, y que daba clases en una universidad de Nueva York. Además, parecía una mujer muy segura, y Margo se sintió intimidada.

Justo entonces, aparecieron Xanthe, Ava y Parthenope, quienes saludaron a Lindsay con el entusiasmo y la alegría de las viejas amigas. Margo sintió un poco de envidia y se recordó que aún tenía trabajo por delante en lo relativo a las hermanas de Leo; pero sabía que solo era cuestión de tiempo, y las invitó a sentarse en el salón tras pedirle a María que les sirviera unos cafés.

—Leo siempre ha sido tan reservado... —declaró Lindsay—. Ni siquiera sabía que estuviera saliendo con alguien.

Margo se puso tensa.

—Sí, supongo que lo es...

—Mira quién fue a hablar —intervino Xanthe, sonriendo—. Te recuerdo que Antonios se presentó contigo sin previo aviso.

Lindsay soltó una carcajada.

—Eso es cierto.

Desesperada por desviar la conversación lejos de sí, Margo dijo:

—Vaya, eso suena a una historia interesante...

—Y que lo digas.

Lindsay le contó que Antonios y ella se habían conocido en Nueva York y que se habían casado al cabo de una semana.

—El amor es así —dijo, dedicándole una sonrisa cómplice—. Cuando llega, llega.

Margo se empezó a sentir cómoda con su cuñada, aunque sus inseguridades no habían desaparecido. No conseguía seguía olvidar que todos la abandonaban más tarde o más temprano, y que nadie estaba con ella cuando lo necesitaba. Su vida había sido tan difícil que le costaba pensar de otro modo.

Antonios y Leo entraron por fin en el salón, pero la cara de Leo era tan inescrutable que Margo no alcanzó a adivinar si el reencuentro de

los dos hermanos había sido satisfactorio. La conversación se centró entonces en Parthenope y su hijo, y Margo se dedicó a disfrutar de la sensación de formar parte de una familia.

Al cabo de un rato, Leo la miró a los ojos y sonrió.

Margo se sintió inmediatamente mejor. Las cosas iban a salir bien. Y, si no salían bien, no sería porque ella no lo hubiera intentado.

Aquella noche, cuando se fueron a la cama, Margo decidió interesarse por el encuentro de Leo y Antonios. Habían estado muy ocupados a lo largo de la tarde, y no habían tenido ocasión de hablar.

—¿Qué tal te ha ido con Antonios?

—Tan bien como cabía esperar, supongo.

Leo se estiró. Tenía casi todas sus cosas en su dormitorio, pero se había llevado algunas a la suite de Margo: libros, sus gafas de leer y sus pijamas. Objetos íntimos, que hablaban de una vida común.

—¿Qué significa eso?

Margo se soltó el pelo como todas las noches, se desnudó rápidamente y alcanzó un camisón de satén. Leo admiró sus curvas antes de que ella se lo pusiera y se tumbara a su lado.

—Significa que han sido muchos años de relación difícil. Por mucho que hablemos e intentemos superarlo, no es tan fácil.

—No, claro que no.

Leo supo que estaba pensando en su propia vida, y se preguntó si sería capaz de olvidar todo el dolor que le habían causado. Pero, sobre todo, si los dos serían capaces de olvidar el dolor que se habían causado el uno al otro.

En cualquier caso, no tenía intención de sacar el tema. Le recordaba sus viejos temores, y no quería pensar en su padre.

—¿Crees que las cosas mejorarán con el tiempo?

Durante un segundo, Leo pensó que se refería a la relación que mantenía con ella; pero luego comprendió que se refería a Antonios.

—Es posible —dijo, encogiéndose de hombros.

Dispuesto a poner fin a una conversación tan inquietante, le apartó un mechón de la cara y se apretó contra ella. Margo sonrió y lo besó en los labios, pero se apartó con rapidez cuando le acarició sus senos, que cada vez estaban más grandes.

—¿Qué pasa? —quiso saber.

Ella soltó una risita nerviosa.

—Nada... solo son los temores normales de una mujer embarazada.

—¿Temores?

—Sí, es que me siento gorda —le confesó.

Él se quedó atónito.

—¿Gorda? ¿Cómo puedes decir eso? Tú no estás gorda... Estás más

bella que nunca —dijo con sinceridad—. Te encuentro más sexy desde que te has quedado embarazada.

—¿Lo dices en serio?

—¿Es que dudas de mí?

—Sí.

—Entonces, tendré que demostrártelo.

Leo se inclinó, metió la cabeza entre sus senos y les dedicó toda su lasciva atención, arrancándole gemidos y suspiros de placer.

—¿Satisfecha? —preguntó con picardía.

—En absoluto.

—Pues no tendré más remedio que demostrártelo más...

—Sí, por favor.

Leo rio e introdujo una mano entre sus muslos.

—Está bien. Seré aún más explícito... Si es lo que deseas.

—Es lo que deseo.

Margo arqueó las caderas contra él y, durante los minutos siguientes, se dedicaron a darse y recibir placer.

Al día siguiente, Leo y Antonios se marcharon a las oficinas de Marakaios Enterprises. Tenían que hablar de asuntos de negocios, y Lindsay se presentó en la habitación del niño, donde Margo estaba comparando tejidos.

—Hola —dijo, asomando la cabeza por la puerta.

Margo sonrió.

—Oh, siento haberte dejado sola... No me estaba escondiendo. Solo intento tomar una decisión sobre unas telas.

Lindsay rio.

—Pues a mí no me pidas ayuda. No sé nada de esas cosas —dijo—. Leo mencionó que has trabajado en decoración...

—Sí, era jefa de compras en un establecimiento parisino.

—¿Y lo echas de menos? Te lo pregunto porque yo extrañaba mucho mi trabajo cuando estuve aquí con Antonios.

Margo frunció el ceño. De las palabras de Lindsay se deducía que había tenido algún tipo de problema con él.

—Bueno, no se puede decir que lo eche de menos exactamente. Pero a veces siento la necesidad de ser más útil, más productiva.

Lindsay asintió y dijo:

—Sospecho que ayer metí la pata contigo, aunque no me sorprende demasiado... No me siento muy cómoda cuando estoy con gente... Me refiero a lo que dije de que no sabía que Leo y tú estuvierais saliendo. Obviamente, no es asunto mío. No pretendía que te sintieras incómoda, Margo.

—Me extraña que te dieras cuenta —dijo Margo con humor.

Lindsay se ruborizó un poco.

—Lo siento mucho.

—No lo sientas. Solo estaba ironizando sobre mi escasa habilidad para disimular mis emociones —declaró—. Y, por otra parte, no me habría sentido incómoda si mi relación con Leo no fuera tan... complicada, por así decirlo.

—Lo comprendo perfectamente.

Margo miró a su cuñada con curiosidad.

—¿En serio? Porque, desde fuera, parece que Antonios y tú vivís un cuento de hadas...

—¡Dios mío, no digas eso!

Margo arqueó una ceja.

—¿Por qué?

—Porque, al principio, cuando nos conocimos en Nueva York, me pareció que estaba viviendo un cuento de hadas. Pero la vida no es un cuento. La realidad te alcanza más tarde o más temprano. Y, cuando nos alcanzó a Antonios y a mí, nos complicó mucho las cosas.

—¿En qué sentido?

—Supongo que Leo te habrá hablado de mi fobia social.

—Sí, un poco.

—Cuando nos casamos, Antonios me trajo a Villa Marakaios y me puso a cargo de la mansión. Pensaba que me estaba honrando con ello, pero avivó mis temores más profundos. Tengo un desorden de ansiedad desde la infancia; me pongo nerviosa cuando soy el centro de atención o tengo que hablar delante de la gente. Y, al verme aquí, sometida al escrutinio de sus hermanas y su difunta madre, el mundo se me vino encima.

—Pero sus hermanas te adoran.

Lindsay sonrió.

—Ahora, sí. Lo cual no significa que se mostraran precisamente contentas cuando Antonios se presentó conmigo.

—Pobrecillas. Deben de estar hartas de tantas sorpresas —ironizó Margo—. Tampoco sabían nada de mí.

—¿Cuándo te casaste con él? ¿Cómo os conocisteis? No pretendo meterme donde no me llaman... Es que me recuerdas un poco a mí cuando llegué a Villa Marakaios. Me pareces un poco abrumada, y un poco perdida.

—¿Tú crees?

Lindsay volvió a ruborizarse.

—No me digas que me he equivocado...

—En absoluto. Has acertado de lleno. Me siento exactamente así, aunque mis circunstancias no se parezcan mucho a las tuyas. Digamos que no estoy acostumbrada a las casas y las familias grandes. He estado sola casi toda mi vida.

—Igual que yo.

Margo la miró con sorpresa.

—Vaya... Por lo visto, tenemos muchas cosas en común.

—No es extraño que nos hayamos casado con dos Marakaios.

Margo y Lindsay rompieron a reír, pero Margo se puso seria enseguida.

—Al menos, Antonios parece loco por ti...

—Bueno, puede llegar a ser muy obstinado. Es de los que no ven nada hasta que se lo haces saber. Reiteradamente —puntualizó—. Pero lo amo con toda mi alma, y él también está enamorado de mí. Eso es lo importante.

—Estoy segura de ello.

Margo se acordó de la noche anterior y se preguntó si la delicadeza y la pasión que se demostraban en la cama significaba que se habían enamorado. Todo parecía indicar que sí, pero los dos se refrenaban un poco, como si tuvieran miedo de ir más lejos.

Desde luego, también cabía la posibilidad de que Leo estuviera contento con esa situación y no deseara otra cosa.

Pero ella quería más. Quería el cuento de hadas.

Capítulo 15

LOS invernales días de enero transcurrieron para Margo entre la decoración del dormitorio del niño, la dirección de la casa y la confraternización con las hermanas de Leo, a las que cada vez conocía mejor.

Pero también conocía más al propio Leo. Ya habían pasado más tiempo juntos en Villa Marakaios que en sus dos años de fines de semana en habitaciones de hotel. Hablaban de todo, desde política hasta música, pasando por literatura y sitios que deseaban visitar.

Además de amantes, ahora eran grandes amigos.

Margo aún notaba cierta renuencia en Leo, y en ella misma. No hablaban del futuro y, por supuesto, tampoco habían pronunciado las palabras mágicas. No se habían dicho que se querían. Pero, con el paso del tiempo, ella empezó a pensar que tal vez era lo mejor. De ese modo, podían seguir juntos y disfrutar de sus cuerpos sin arriesgarse a salir malparados.

Por desgracia, el juego de mantener las distancias no impedía que, de vez en cuando, Margo se planteara la posibilidad de perder a Leo. Y entonces, se sentía profundamente deprimida.

Un día de finales de mes, Leo entró en la casa y le pidió que lo acompañara a su despacho. Margo, que estaba hojeando un catálogo de juguetes, lo miró con extrañeza.

—¿A tu despacho? ¿Por qué?

—Porque necesito que me des tu opinión sobre una cosa.

Sorprendida, lo acompañó hasta el largo y bajo edificio que estaba antes de llegar a los olivares de la propiedad.

—Bueno, ¿qué te parece?

Leo señaló una caja de productos para el cuarto de baño, preparados a partir de aceite de oliva. Margo los examinó y los olió.

—Parecen de gran calidad, pero huelen a aceite de cocinar…

Él asintió.

—Eso me temía. Quiero desarrollar una gama de gel y jabones, pero no creo que esto esté a la altura de lo que busco.

—Es una buena base para empezar —observó ella.

—Tal vez, pero necesito que me eches una mano. Si te apetece, por supuesto… Necesito una persona que tenga buen ojo y que no tenga

miedo a decir lo que piensa.

Margo se le quedó mirando.

—No es necesario que trabajes demasiadas horas —continuó él—. Dentro de poco darás a luz, y supongo que te querrás dedicar a nuestro hijo. Pero tienes talento y experiencia que ofrecer, y no quiero desperdiciarlo.

Dos días más tarde, Margo empezó a trabajar en Marakaios Enterprises. Su labor consistía en revistar los distintos productos de la gama y ofrecer su opinión y su experiencia sobre la mejor forma de comercializarlos.

A decir verdad, estaba encantada con ello. Especialmente, porque ahora estaba más cerca de Leo. Porque habían formado un equipo.

Leo miró a su esposa y sonrió al ver que apoyaba la taza de infusión en el estómago. Margo, que aquel día llevaba el pelo suelto, estaba leyendo una revista de arte. Solo llevaban dos meses casados, pero se comportaban como si llevaran muchos años juntos. Hasta el punto de que cada cual leía sus propias publicaciones cuando bajaban a desayunar.

Sin embargo, a Leo no le importaba. Le encantaba desayunar con Margo, aunque hablaran poco. El simple hecho de estar con ella lo hacía feliz.

Unas semanas antes, Margo le había preguntado precisamente eso, que si era feliz. Y Leo no había sido capaz de responder. Pero, al mirarla ahora, llegó a la indiscutible conclusión de que lo era. Era muy feliz con ella. Y estaba enamorado.

Para él fue toda una revelación; una revelación que le entusiasmó y le dio miedo a la vez. Quiso decírselo, pero tuvo miedo de lo que pudiera pasar. ¿Qué haría si Margo no lo amaba? ¿Qué haría si no sentía lo mismo que él?

—¿Te gustaría ir a París? —preguntó de repente.

Ella apartó la mirada de la revista y lo miró con sorpresa.

—¿A París? ¿Por qué?

—Tengo que ir por asuntos de negocios, pero he pensado que también nos vendrían bien unas vacaciones. Nos podríamos alojar en tu piso. Podríamos ver la ciudad y visitar los lugares adonde solíamos ir.

—Suena bien —dijo Margo lentamente, como si no las tuviera todas consigo—. Así tendría la oportunidad de hablar con mis compañeros de trabajo. No tuve ocasión de despedirme adecuadamente de ellos.

—Excelente. En ese caso, ¿te parece bien que nos marchemos mañana?

Margo asintió y lo miró con detenimiento, pero Leo apartó la vista.

Le estaba preparando una sorpresa, y no quería que su expresión lo delatara.

Salieron a la mañana siguiente. Fueron al aeropuerto de Atenas, tomaron un vuelo a París y, a media tarde, ya habían llegado al piso de la Île de la Cité. Cuando entraron en el salón, Leo se quedó mirando las vistas de la ciudad, con las torres gemelas de Notre Dame en la distancia. Era muy consciente de que estaban en el lugar donde le había ofrecido matrimonio por primera vez, y también lo era del dolor que había sentido al saberse rechazado.

Pero las cosas habían cambiado mucho. Ahora conocía a la verdadera Margo, a la persona que se ocultaba tras aquella mujer sensual, refinada y segura que había sido su amante durante dos años.

—¿Sabes una cosa, Margo? Siempre nos quedará París...

Leo lo dijo con intención de ser romántico, pero Margo se lo tomó como un recordatorio de las cosas que aún los separaban.

—¿Tú crees? —preguntó con tristeza.

Al parecer, los recuerdos de aquella época pesaban demasiado. Y seguirían con ellos, tanto si querían como si no.

Margo intentó no preocuparse cuando Leo frunció el ceño. Estaban en la ciudad donde se habían conocido, en la misma casa donde ella lo había rechazado. Y era evidente que los recuerdos de aquel día habían hecho acto de presencia.

Pero Leo sonrió un momento después, y habló como si no hubiera pasado nada.

—¿Sabes una cosa? Antes de que me enseñaras tu piso, pensaba que sería uno de esos lugares modernos, llenos de sillones de cuero y obras de arte.

—¿Como tu piso de Atenas? No, yo prefiero sitios más cálidos.

—¿Por eso comprabas muebles para tu empresa?

Ella sonrió.

—Supongo que sí...

—¿Cómo te metiste en ese negocio? —se interesó él.

—Como ya sabes, empecé a trabajar en Achat a los dieciséis años. Entonces era una simple dependienta; pero, poco a poco, fui ascendiendo. Y, cuando surgió la oportunidad de pasarme al departamento de hogar, no lo dudé. Era lo que siempre me había gustado.

—Es evidente que hiciste bien...

—¿Por qué lo dices?

Leo echó un vistazo a su alrededor.

—Por tu casa. Es verdaderamente bonita. Tienes talento para la decoración... Sabes conseguir que un sitio sea bello y cómodo a la vez.

—Gracias.
—Si te quieres llevar más cosas a Grecia, solo tienes que decirlo. Me encargaré de que te las lleven.
—Acepto tu ofrecimiento —replicó—. Mañana mismo, echaré un vistazo y meteré en cajas lo que necesite.
Leo sonrió y la tomó entre sus brazos. Margo se apretó contra su cuerpo, encantada de sentirse tan querida y segura.

Mientras Margo iba a Achat para despedirse de sus antiguos compañeros, Leo se fue a solucionar sus misteriosos asuntos de negocios. Ella había notado que últimamente se comportaba de forma extraña, y habría dado cualquier cosa por saber lo que ocurría. Pero no tenía más remedio que esperar y ver.
Fuera como fuera, la visita a Achat le ofreció la oportunidad de retomar contactos y ponerse al día con Sophie, quien la llevó a un café que se encontraba a pocas manzanas de su antigua empresa. En cuanto se sentaron, su amiga pidió dos tazas de chocolate caliente con una nube de nata.
—Es para celebrarlo —proclamó—. Se nota que las cosas te van bien...
—¿Cómo lo sabes? —preguntó mientras probaba el chocolate.
—Lo sé porque no me has enviado ningún mensaje lleno de preocupaciones. Y, sobre todo, porque pareces feliz. De hecho, no te había visto nunca tan contenta.
—Sí, bueno, supongo que soy feliz...
Sophie arqueó una ceja.
—Lo dices como si no estuvieras muy segura.
—Es que la felicidad puede ser tan voluble... Además, Leo no me ha dicho que me ame.
—¿Y tú? ¿Se lo has dicho a él?
Margo sacudió la cabeza.
—No.
—Pues no sé de qué te quejas. No estarás esperando a que dé el primer paso, ¿verdad?
—No, claro que no.
—¿Y por qué no le has dicho que estás enamorada de él?
—Porque tengo miedo de que no sea lo que quiere oír.
Sophie sonrió.
—Deja de agobiarte con tus temores. Atrévete, Margo. Díselo.
—No es tan sencillo, Sophie... Es que... Me asusta la posibilidad de decir demasiado y poner en peligro lo que tenemos. Me asusta que todo se derrumbe como un castillo de naipes, por no tener base suficiente para...

—¿Para qué?

—No sé… Para soportar las cosas malas que puedan ocurrir —contestó.

—Te estás dejando llevar por el miedo, Margo. Estás permitiendo que gobierne tu vida.

—Puede que sí, pero no quiero perder lo que tengo. Prefiero ser una cobarde.

Sophie la miró con humor.

—Bueno, si eres feliz así…

Margo no dijo nada.

Pero las palabras de su amiga resonaron una y otra vez en su cabeza a lo largo de aquel día. Era posible que su amiga tuviera razón. Incluso era posible que Leo no le hubiera dicho que la amaba porque, al igual que ella, tenía miedo de estropear las cosas.

Solo había una forma de salir de dudas. Aquella noche habían quedado a cenar, y era la ocasión perfecta para sincerarse con Leo.

Para decirle que se había enamorado de él.

Aquella noche, Margo dedicó mucho tiempo a preparase. Primero, estuvo un buen rato en la bañera; después, se hizo las uñas, se peinó y se maquilló y, por último, se enfundó un vestido de color negro, con cuello de pico, que enfatizaba las ventajas de estar embarazada y disimulaba el inconveniente.

Cuando terminó, se puso sus zapatos de aguja preferidos y se dedicó a esperar, porque Leo no había aparecido todavía.

Su esposo le había dicho que pasaría a recogerla a las siete, pero los minutos pasaban y Margo se empezaba a preocupar. Era bastante extraño que, justo cuando había tomado la decisión de decirle lo que sentía, Leo llegara tarde. Parecía un mal augurio.

A las ocho menos cuarto, le envió un SMS. A las ocho en punto, se quitó los zapatos y los pendientes y se tumbó en la cama.

El teléfono sonó quince minutos después.

—Margo, lo siento mucho…

—¿Qué ha pasado? —preguntó, dolida.

—Tenía una reunión con unos clientes nuestros, Adair Hotels. Era importante, y está durando más de lo previsto. No me había dado cuenta de la hora que era.

—No tiene importancia —mintió ella—. ¿Cuándo vas a volver?

—No lo sé, pero creo que tarde —contestó Leo—. Como te decía, la reunión no ha terminado; y supongo que tendré que tomarme algo con ellos cuando concluya. Es mejor que no me esperes despierta, porque…

Margo estaba tan dolida que no lo pudo evitar. A pesar de saber que

era una actitud ridícula, histérica y excesiva desde cualquier punto de vista, le colgó el teléfono y lo dejó con la palabra en la boca.

Leo se quedó mirando el móvil con desconcierto. Margo le acababa de colgar el teléfono. Y solo porque no podía ir a cenar.

Suspiró y dejó el aparato en la mesa. Tenía la sensación de que había pasado algo importante, algo que ni siquiera alcanzaba a adivinar, y no le gustó en absoluto. Aunque, por otro lado, tampoco podía decir que le pillara por sorpresa. Estaban en un momento extraño de su relación. Vivían una especie de cuento de hadas; pero ninguno de los dos parecía preparado para dar el paso que faltaba: confesarse que se querían.

—¿Leo?

Leo se giró hacia la puerta, donde estaba uno de sus empleados.

—¿Estás preparado?

Él asintió. La reunión era importante, y no podía permitir que su preocupación por Margo lo desconcentrara.

Pero, a pesar de ello, volvió a pensar en su esposa cuando entró en la sala de juntas. Pensó en la tristeza que había notado en su voz y en el desconcertante hecho de que le hubiera colgado el teléfono. Pensó en las cosas que le había contado sobre su infancia, y en todas las cosas que él no le había dicho.

Una hora después, interrumpió la reunión.

—Lo siento, caballeros —declaró—, pero tendremos que dejarlo para mañana. Mi esposa me está esperando.

Tras colgar el teléfono a Leo, Margo se desnudo y se volvió a bañar. Se dijo que el agua caliente la relajaría un poco y aliviaría su dolor o, por lo menos, que la ayudaría a ver las cosas con más perspectiva.

A fin de cuentas, solo se habían perdido una cena. No era para tanto.

Suspiró, se metió en el agua y cerró los ojos. Estaba terriblemente angustiada, y se sentía como si tuviera una roca sobre el pecho.

Al principio, pensó que solo era una consecuencia de la decepción que se había llevado. Pero, más tarde, cuando las molestias aumentaron, comprendió que se trataba de un dolor físico, no psicológico.

Algo iba mal.

Se llevó las manos al vientre y, justo entonces, cayó en la cuenta de que el bebé llevaba varias horas sin dar patadas. Estaba completamente segura, porque se había acostumbrado a ellas y ahora eran tan normales que las echó en falta.

Un momento después, bajó la mirada y vio que el agua se había llenado de sangre.

Capítulo 16

EL piso estaba en silencio y aparentemente vacío cuando Leo volvió, alrededor de las nueve de la noche.

—¿Margo?

Dejó las llaves en la mesa y frunció el ceño. ¿Dónde se habría metido? ¿Lo habría abandonado? No podía creer que hubiera hecho semejante cosa.

—¿Margo? —repitió.

No hubo respuesta. Nada salvo un silencio inquietante.

Se dirigió al dormitorio y vio que la lámpara de la mesita de noche estaba encendida y que había luz en el cuarto de baño. Pero no se oía nada, y ya se disponía a volver sobre sus pasos cuando oyó sonido de agua.

Entró en el servicio a toda prisa.

Margo estaba en la bañera, terriblemente pálida.

Y el agua estaba teñida de rojo.

—¡Margo...! —exclamó—. Margo...

Ella lo miró con ojos vidriosos.

—He perdido el bebé, ¿verdad?

—Yo... No sé...

Leo no terminó la frase. Margo se acababa de desmayar.

Margo se sorprendió al verse en una camilla cuando recuperó la conciencia. Dos enfermeros la llevaban a una ambulancia, y ella tuvo tanto miedo que casi no pudo hablar.

—Mi bebé...

Uno de los enfermeros le informó de que la iban a llevar al hospital. Leo apareció entonces a su lado y la tomó de la mano. Tenía la mano muy fría. Tan fría como la suya. Y Margo supo que había pasado lo peor que podía pasar.

¿Cómo era posible que la vida cambiara tan deprisa? De ser una mujer feliz, que horas antes estaba a punto de declarar su amor al hombre de sus sueños, había pasado a ser la mujer más desgraciada de la tierra.

Todo se había hundido de repente.

Las cosas no volverían a ser igual. Se habían casado porque estaba esperando un hijo y, si había perdido al bebé, su matrimonio ya no

tenía sentido.

Pero no tenía fuerzas para pensar en eso. Ya tenía bastante con la pérdida del bebé. Así que se obligó a dejar la mente en blanco y, tras unos instantes de terror, se sintió dominada por un vacío intenso que no había experimentado desde el día en que perdió a Annelise.

—La presión sanguínea está cayendo —dijo un enfermero.

—Margo... Margo... —dijo Leo, que seguía a su lado—. No te preocupes, *agapi mu*. Te prometo que todo saldrá bien.

Margo reconoció las dos palabras en griego que Leo le acababa de dedicar: «amor mío». Pero, en ese momento, no significaron nada para ella.

—No prometas cosas que no puedas cumplir.

La ambulancia los llevó a uno de los hospitales más antiguos de la capital francesa, un edificio precioso que estaba al otro lado de la Île de la Cité, y que Margo conocía de sobra porque había paseado mucho por los alrededores.

Minutos más tarde, se encontró en una de las salas de urgencias, rodeada de médicos. Leo estaba en la entrada, discutiendo con una enfermera para que lo dejara entrar.

—¿*Madame* Marakaios?

Margo se giró hacia el médico que le había hablado.

—Tiene un desprendimiento de placenta. ¿Sabe lo que es?

—¿Mi bebé se está muriendo? —replicó.

—No lo sabemos todavía, pero es urgente que le hagamos una cesárea. ¿Nos da su consentimiento?

—¿Una cesárea? Solo estoy de veintisiete semanas —objetó.

—Es la única oportunidad que tiene su hijo, *madame*.

Margo no tuvo más remedio que asentir.

Rápidamente, la empezaron a preparar para la operación. Ella rompió a llorar, pensando que su vida era un círculo vicioso de desgracias. Siempre le pasaba lo mismo. Se encariñaba con alguien y lo perdía.

El último pensamiento que cruzó su cabeza antes de que la anestesia surtiera efecto no pudo ser más lúgubre: que, para acabar así, era mejor no amar.

Capítulo 17

LEO caminaba de un lado a otro, con los puños apretados. No habían permitido que accediera a la sala de operaciones, y estaba tan furioso como asustado. No podía perder a su hijo. No podía perder a Margo.

Lamentó no haber tenido el coraje de confesarle que la amaba. Habría sido lo más sencillo del mundo, pero tenía tanto miedo al rechazo que no había sido capaz. Y ahora se sentía completamente idiota. Un idiota miedoso que ni siquiera le había podido decir la verdad a su esposa.

—¿*Monsieur* Marakaios?

Leo corrió hacia la puerta al ver al médico.

—¿Se sabe algo nuevo? ¿Cómo está mi mujer...?

—Su mujer y su hijo están bien, aunque un poco débiles.

—¿Débiles?

—Ella ha perdido mucha sangre. Ahora está estable, pero tendrá que quedarse varias semanas en observación.

—¿Y el bebé? —preguntó, angustiado.

—Está en la Unidad de Cuidados Intensivos de pediatría —le informó—. Es muy pequeño, y sus pulmones no se han desarrollado del todo.

Leo asintió.

—¿Podría ver a mi esposa?

—Por supuesto.

El médico lo acompañó hasta una habitación privada de la misma planta, donde lo dejó a solas con ella.

—¿Margo?

Margo lo miró.

—Todo ha salido bien, cariño —dijo Leo, con los ojos llenos de lágrimas—. Te encuentras bien, y nuestro hijo se va a poner bien.

—¿Está vivo...?

Leo parpadeó.

—Sí, claro. Me han dicho que es pequeño y que sus pulmones no están totalmente desarrollados, pero está fuera de peligro.

—No puedes saber eso.

—El médico me acaba de decir que...

Ella sacudió la cabeza y él la tomó de la mano.

—Todo va a salir bien, Margo.

Margó apartó el brazo con brusquedad.

—Deja de hacer promesas que no puedes mantener.

—Mira, sé que te has llevado un susto de muerte, pero…

—¡Tú no sabes nada! —lo interrumpió entre sollozos—. No sabes lo que se siente al perder constantemente a tus seres queridos.

—Pero tú no… Nosotros no…

—¡Márchate! —Ella cerró los ojos—. Márchate, por favor.

—Margo…

Leo no la quería dejar a solas. Quería decirle que estaba enamorado de ella. Pero optó por respetar sus deseos y, tras salir de la habitación, buscó al médico que había hablado con él y le pidió más detalles.

—Bueno, aún no podemos saber lo que va a ocurrir. La ciencia ha avanzado mucho, y hoy en día sabemos cómo tratar los partos prematuros. Pero no le puedo hacer promesas —declaró—. El sistema inmunológico del bebé está tan poco desarrollado como sus pulmones, y cualquier infección podría ser fatal.

Leo asintió con un nudo en la garganta. Le había prometido a Margo que todo iba a salir bien, pero ella tenía razón: no debía hacer promesas que no podía cumplir.

Al cabo de un rato, volvió a la habitación de Margo. Estaba despierta, y sentada en la cama.

—El médico me ha dicho que las próximas semanas serán cruciales.

Margo asintió con frialdad, casi indiferente a la noticia.

—Tendrá que estar en el hospital durante una temporada. Por lo menos, un mes.

Ella volvió a asentir.

—No lo pueden sacar de la UCI. Pero, si quieres, te puedo llevar en la silla de ruedas para que lo veas…

Margo sacudió la cabeza.

—No, es mejor que no.

Leo la miró con horror.

—Margo…

—Ya te lo he dicho antes. Quiero estar sola.

—Margo, por favor, dime lo que pasa.

—No me pasa nada. Es que no lo puedo soportar… Es demasiado para mí…

—¿De qué estás hablando? ¿A qué te refieres?

—A todo esto —dijo con gesto de desesperación—. A la maternidad, al matrimonio, a todo. No quiero amar a alguien para perderlo después. No quiero.

—Margo, yo no te voy a dejar…

—Puede que no me dejes físicamente. A fin de cuentas, tienes sentido del honor. Pero tú mismo me dijiste hace tiempo que no me amas.

—Eso fue hace meses…

—Y no ha cambiado nada, ¿verdad?

Leo guardó silencio. Estuvo a punto de decir que todo había cambiado, pero no sabía si era cierto. El hecho de que estuviera enamorado de ella no significaba que ella lo estuviera de él. Quizá fuera eso lo que intentaba decir.

—¿Lo ves? No ha cambiado nada —prosiguió Margo—. Hemos vivido dos meses maravillosos, pero no hay nada más.

—No, no... Te equivocas. Y no voy a permitir que hundas nuestro matrimonio solo porque tienes miedo.

—Por supuesto que tengo miedo —dijo con rabia—. ¿Tienes idea de lo que significa perder a alguien?

—Claro que la tengo. Te recuerdo que he perdido a mis padres.

—Sí, es verdad... —reconoció ella—. Pero perder un bebé... Un bebé del que yo era responsable, que necesitaba mi amor...

—Oh, Margo...

Leo se sentó en el borde de la cama y la tomó entre sus brazos. Ella se quedó completamente inmóvil.

—Margo, te amo. Te amo con locura. Y eso no va a cambiar... Pase lo que pase.

Ella se apartó de él y lo miró con asombro.

—Oh, Leo... No te merezco.

—¿Merecerme? ¿Qué quieres decir?

—Yo tuve la culpa de que Annelise muriera, y puede que también sea responsable de que nuestro hijo esté al borde de la muerte.

Leo le secó las lágrimas de la cara.

—No digas eso, por favor. Deja de culparte. Lo que le pasó a Annelise le podría haber pasado a cualquiera... Y tú solo eras una niña —le recordó—. En cuanto a nuestro hijo, tú no has hecho nada malo. He estado contigo todo el tiempo. Lo sé. No ha sido culpa tuya.

Ella sacudió la cabeza, pero no dijo nada.

—Tienes que olvidar el pasado y perdonarte a ti misma. Tienes que pensar en el futuro; en nuestro futuro y el de nuestro hijo. Yo te amo, y solo me arrepiento de no habértelo dicho antes. Ojalá lo hubieras sabido antes de que te llevaran a la sala de operaciones... Así habrías tenido algo a lo que aferrarte.

—¿Lo dices en serio, Leo? ¿Lo dices realmente en serio?

—Y con todo mi corazón —contestó.

—Pero aún no sabes si yo también te quiero...

Leo se encogió de hombros.

—Si no me amas... Bueno, qué se le va a hacer. Supongo que esperaré a...

—Te amo —lo interrumpió—. Pensaba decírtelo esta noche, durante la cena.

—Por lo visto, nada ha salido como esperábamos... —Leo se inclinó

y le dio un beso en la mano—. Pero ahora sabemos lo que sentimos. Y tenemos a nuestro hijo. Y haré todo lo que pueda por conseguir que te sientas a salvo y que...

—¡Te creo...! —dijo ella, con una sonrisa débil—. No te esfuerces por convencerme. No es necesario.

—Por supuesto que lo es. De hecho, tengo intención de dedicar el resto de mi vida a convencerte —replico él—. Y ahora, ¿qué te parece si vamos a ver a nuestro pequeño?

El corazón de Margo latía tan deprisa cuando Leo la llevó a la UCI que se creyó enferma. Él detuvo la silla de ruedas delante del cristal, y Margo miró los tubos, los cables, las incubadoras y a las pequeñas criaturas que estaban en ellas hasta que sus ojos encontraron un apellido: Marakaios.

Allí estaba su hijo.

—Oh, Leo...

—Es un chico con mucho carácter. O, al menos, es lo que dice el médico —dijo Leo, emocionado—. Luchará por sobrevivir.

Margo sintió vergüenza por haber considerado la posibilidad de protegerse contra el dolor de amar a aquel niño, y de amar al propio Leo. Llevaba toda una vida encerrada en sí misma. Pero el cariño, la comprensión y el amor de su marido la habían sacado de su cárcel particular. Había conseguido que luchara. Y que luchara con todas sus fuerzas, como su hijo.

—Lo siento —empezó a decir.

Leo sacudió la cabeza.

—No lo sientas. Disfruta del momento. Disfruta de tu familia.

—De nuestro pequeño hombrecito.

Él sonrió, con ojos húmedos.

No había garantías. Ni para ellos ni para nadie. No había promesas de un final feliz ni de un trayecto fácil. La vida era una corriente salvaje, y lo único que se podía hacer era aferrarse a los seres queridos y estar a su lado.

Margo lo había descubierto al fin, y eso era exactamente lo que iba a hacer.

Epílogo

ADÓNDE vamos? —preguntó Margo.

Habían pasado tres largos y duros meses desde el nacimiento de su hijo, y los médicos le iban a dar el alta al día siguiente. Para celebrarlo, Leo le había dicho que la invitaba cenar. A fin de cuentas, tenían motivos de sobra para una celebración. El niño había sufrido varias infecciones pulmonares y, para horror de Margo, habían estado a punto de perderlo un par de veces.

Pero el apoyo y el afecto de Leo la habían ayudado a superar sus temores. Y el niño había sobrevivido al final.

Leo la llevó a la calle y paró un taxi. Antes de entrar en el vehículo, se inclinó sobre la ventanilla y dio la dirección al conductor. Pero lo hizo en voz baja, con la intención evidente de que Margo no lo escuchara. Y a ella le pareció divertido.

Al cabo de unos minutos, el taxi se detuvo delante de la torre Eiffel.

—¿Vamos de visita turística?

—Algo parecido —contestó.

Bajaron del coche y caminaron hasta la base de la torre, donde estaba el ascensor. Un hombre los invitó a entrar y dijo:

—*Bon soir, monsieur* Marakaios.

—Buenas noches...

Margo entró con Leo y lo miró con ojos entrecerrados.

—¿Se puede saber qué pasa?

—Ya lo verás.

Momentos después, salieron a la plataforma donde se encontraba el restaurante. Pero todo estaba vacío, y a ella le extrañó.

—¿Cómo es posible que...?

—Lo he reservado para nosotros.

—¿Has reservado la torre Eiffel? ¿Toda la torre?

—Toda la torre.

—Eso no se puede hacer...

—Pues yo lo he hecho.

Margo soltó una carcajada.

—No me extraña que estés tan pagado de ti mismo —declaró con humor.

Ella entró en el restaurante, donde les habían preparado una mesa con dos velas encendidas.

—Oh, Leo, esto es precioso...

—Me alegra que te guste. Tenía miedo de que te pareciera algo excesivo.

—No. Es maravilloso. Es perfecto… —dijo, mientras se sentaba—. No puedo creer que hayas alquilado toda la torre.

Un camarero se acercó entonces y les sirvió vino y un plato de ostras antes de desaparecer.

—Es posible que te hayas excedido un poco —ironizó Margo.

—Bueno, quería hacerlo bien esta vez…

—¿A qué te refieres?

Él tomó un poco de vino y la miró con suma seriedad.

—A pedirte que te cases conmigo.

—Pero si ya estamos casados…

—Sí, técnicamente, sí.

—¿Quieres otra ceremonia nupcial?

—No se trata de que quiera otra ceremonia. Ya tuve bastante con la primera —contestó—. Pero, como decía, quiero hacerlo bien. Quiero que esta vez signifique algo.

—Leo, no hace falta que…

—Lo sé —la interrumpió—. Pero quiero hacerlo de todas formas. Porque te amo con locura.

—Y yo a ti.

Leo clavó una rodilla en el suelo, le dedicó una sonrisa y dijo:

—Marguerite Marakaios, te amo más que a mí mismo. Te amo más que a la propia vida. Amo a la mujer que eres, a la esposa que eres, a la madre que eres. Todo en ti me causa asombro y admiración.

—Leo, yo…

Él la acalló con un suave movimiento de cabeza.

—Lo he dicho muy en serio, Margo. Eres fuerte, valiente y…

—¡Pero si he estado asustada toda mi vida! —protestó.

—Y lo has superado, como has superado tanto dolor y tanta tragedia —observó él—. Eso es ser fuerte. Eso es ser valiente.

Ella le puso una mano en la mejilla.

—Tú también eres fuerte, Leo. Eres mi roca.

—Y, sin embargo, también he vivido dominado por el miedo.

—¿Tú? ¿Por el miedo?

Leo asintió.

—Sí, por supuesto que sí. Por el miedo al rechazo. No importaba que se tratara de mi padre, de mi hermano o de ti… Pero me has ayudado a superarlo. Me has ayudado a comprender que el amor es lo único que importa, que tú eres lo único que importa.

—Oh, Leo…

Justo entonces, Leo sacó una caja forrada de terciopelo negro y preguntó:

—¿Aceptas entonces mi anillo?

Ella asintió con entusiasmo y miró el contenido de la caja. Era un zafiro con un diamante a cada lado.

—Qué preciosidad...

—Tiene tres piedras, una por cada uno de los miembros de nuestra familia. Tú, yo y nuestro hijo —explicó él mientras se lo ponía en un dedo—. Pero aún no has contestado a lo más importante... ¿Te quieres casar conmigo?

Ella rio de felicidad.

—Ya estoy casada contigo.

Leo se inclinó sobre ella y la besó dulcemente en los labios.

—Lo sé. Y no sabes cuánto me alegro.